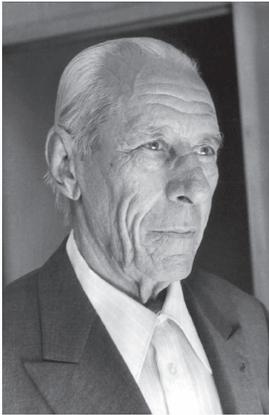


Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

Las aguas turbias

Diego R. Oxley



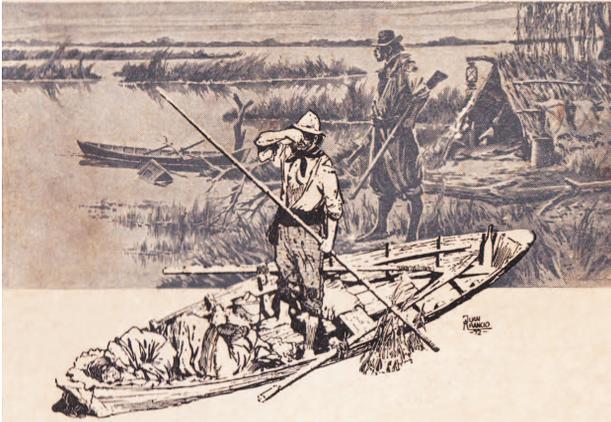


Tras veinte años de trabajo como docente rural en el nordeste santafesino, los quebrachales, las llanuras, las costas e islas bañadas por el río San Javier, se volvieron para **Diego Oxley (1901-1995)** un lugar de existencia y una verdadera obsesión literaria. Criollos, mocovíes, familias de peones, de pescadores, de nutrieros, solitarios buscavidas perdidos entre las islas, nadie plasmó con tanto fervor como él las historias de esos pobladores de la intemperie insular. Así como las aventuras de hombres rebeldes a toda ley.

Oxley se retiró de la docencia y se mudó a Santa Fe, donde ejerció el periodismo en el diario *El Litoral*. La vida mundana no le impidió volver por largos períodos al San Javier, «como un auténtico islero de adopción», tal como lo definió Eugenio Castelli.

Al igual que Velmiro Ayala Gauna y Luis Gudiño Kramer, Oxley publicó su primer libro después de los 40 años. A *Quebrachos*, ese título inaugural, le siguió *El dolor de la selva*, *Teutaj*, *Tierra arisca*, *Encono*, *Cenizas*, *El remanso*, *Agua y sombra* y *Soledad y distancias*. También escribió una obra de teatro, *Se borran las huellas*.

DIEGO R. OXLEY



Las Aguas Turbias

EDICIONES COLMEGNA
SANTA FE - ARGENTINA

La presente edición electrónica de *Las aguas turbias* se basa en la primera edición del libro, publicado en Santa Fe por Ediciones Colmegna en 1975.

A los fines de optimizar la fluidez de lectura, se decidió modernizar la acentuación ya en desuso de ciertos monosílabos y normalizarla allí donde aparece de forma irregular. Mientras que la puntuación, incluso en los casos más caprichosos y arbitrarios, se respetó siguiendo el original. Por último, se corrigieron las erratas evidentes.

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

Las aguas turbias

Diego R. Oxley

PRÓLOGO

Soy, por principio, refractario a los prólogos. Considero que las obras literarias deben emprender su camino por el mundo, y difundirse y alcanzar reconocimiento y perdurabilidad (en resumen, correr su suerte, ya que en ello —difusión y fama— con mucha frecuencia, mejor dicho, casi siempre, intervienen factores de índole circunstancial y azarosa), sin más respaldo ni más garantía que el nombre de su autor. Ningún prologuista, por encomiásticos y laudatorios que sean sus conceptos, convencerá al lector si la lectura de la obra en sí no lo convence, ni suplirá en ella, por vía de persuasión retórica, las virtudes —talento, originalidad, interés— de cuya asistencia el autor estuvo privado al escribirla. En este caso el efecto será contraproducente, y el lector sospechará, no sin motivo, que con el prólogo lo que se intenta es dorar la píldora, hacer que el gato pase por liebre, y al rechazo de la obra se sumará el disgusto de haber sido víctima de un fraude, de una falta de respeto. En cambio, si la obra vale, si posee auténtica calidad, preferirá que no se lo digan, que no le escamoteen el placer de descubrirlo él, con el agregado de que el prólogo antes bien lo inclinará desfavorablemente, curándose en salud, porque, lector ducho y perspicaz que es, estará escarmentado, por experiencias anteriores, de tanta palabrería complaciente y engañosa.

La lectura, que supone un diálogo íntimo y silencioso entre autor y lector, como activa colaboración recreativa a la que este se sentirá arrastrado con gusto si aquel consigue atraerle en la medida indispensable, no tiene necesidad, a mi entender, de la intromisión previa de un tercero, prologuista, por grande que sea su prestigio y autorizada su opinión, puesto que con su tercería oficiosa lo único que logrará será enturbiar el disfrute de leer, en el cual lo sorprendente y lo inesperado juegan un papel principalísimo, son condición esencial.

A pesar de tales razones he aceptado poner algunas palabras en este libro de Diego R. Oxley. Es que, en ciertos casos especiales, admito que un prólogo pueda ser útil y conveniente. Por ejemplo, cuando se presenta a un escritor con fines didácticos y hay que aliviar la labor de los alumnos proporcionándoles información previa y elementos de juicio que les permitan ubicarlo y ubicarse ellos

a su respecto, o cuando se busca difundirle en un área idiomática o cultural diferente o en un núcleo o nivel de lectores todavía no abordado, máxime si se trata de un autor que pueda considerarse clásico o, si es moderno, que haya realizado una obra significativa, con valores de permanencia. También cuando, como aquí, en una antología hecha con propósitos de recapitulación y síntesis, se recoge lo mejor y más caracterizado de una obra que ya ha corrido o está corriendo esa suerte a que aludí al principio.

Ello importa una doble responsabilidad, con el autor por cuanto no me reconozco títulos suficientes para problematizar ni mucho menos para juzgar a Oxley escritor, y con los lectores debido a que me disgustaría predisponerlos, ya que, no obstante mi ferviente deseo proselitista, mi esperanza es que por sí mismos, libres de toda influencia, lleguen a estimarle literariamente al igual que yo. De manera que me cuidaré, en estas breves páginas, de circunscribir mi cometido a una referencia objetiva y a apuntar algunos rasgos fundamentales, definidores. Que de lo demás se encargue el lector. Pero si mi modesta contribución incide en que la obra oxleyana sea más leída y ayuda para que el círculo de sus seguidores se agrande, habré logrado mi finalidad, que no tengo inconveniente en admitir: que Oxley sea leído por un público numeroso y fiel. Porque, escritor verdadero que es y que acata su mandato vocacional en condiciones personales y ambientales adversas, como casi todos los que escriben tierra adentro, alejados de la capital, y que además lo hace perseverantemente, sin ceder al desaliento, con heroica dedicación, necesita de ese estímulo y merece esa recompensa.

Desde su primer volumen de cuentos, *Quebrachos* (1947), Oxley ha venido afirmando sin titubeos, libro a libro, una vigorosa personalidad literaria que le confiere un lugar de preeminencia entre los narradores argentinos de los últimos veinte años y lo consagra, con sobrados méritos, como el más representativo cultor del género en las provincias del litoral. Dos circunstancias importantes debieron conjugarse para hacer posible la firmeza de esta trayectoria de permanente superación: una, el haber comenzado a escribir en la madurez, cuando ya había completado su visión del hombre y de la vida, lo cual le ahorró los tropiezos de aprendiz del que se inicia a temprana edad y debe emprender la doble y simultánea tarea de acabar de formarse como individuo y de forjar su propio instrumento de expresión, y otra, el conocimiento profundo y henchido de fervor (logrado merced a una prolongada carrera de maestro rural en su nativa Santa Fe, y en sus incursiones de viajero lúcido e infatigable por la región mesopotámica) de paisajes, seres, idiosincrasias y actitudes vitales que le proporciona los personajes, ambientes y asuntos que utiliza en sus creaciones. De esta inmersión en la realidad geográfica y humana provienen el interés con que sus historias se apoderan de quien se introduce en el mundo áspero y primitivo que nos ofrece y el convincente efecto de autenticidad que, como

saldo satisfactorio, deja la lectura de las mismas.

La obra narrativa de Oxley, que abarca la novela (*Teutaj*, 1952; *Tierra arisca*, 1955, y *El remanso*, 1956) y el cuento (*Cenizas*, 1955; *Agua y sombra*, 1958, y *Soledad y distancias*, 1966, además del título ya citado), e incursiona en el relato (*El dolor de la selva*, 1950) —para mencionar tan solo la publicada en libro, por cuanto, aparte de dos novelas aún inéditas, tiene en su haber una copiosa producción desperdigada en periódicos—, se ubica preferentemente en dos escenarios ricos en sugerencias que, a la vez que le proveen de una temática original e inexplorada, la distinguen y caracterizan.

Son estos las llanuras del norte santafesino, antes boscosas, que la tala irracional y depredadora de los quebrachales ha librado a las tareas agrícolas y ganaderiles, cuando no a la erosión y la sequía, y el caudaloso Paraná, «padre de los ríos», con sus afluentes y sus islas, sus pajonales y sus lagunas y pantanos adyacentes. En el primero de ambos escenarios la acción suele transcurrir en estancias rústicas, en las que impera el atraso de los métodos de labor y donde los personajes viven adscriptos al grupo a que pertenecen, en una atmósfera masculina que casi excluye a la mujer; en el segundo, en el rancho inhóspito erigido en alguna orilla distante, o en la canoa que surca las aguas, o en el paciente acecho de la presa, nutria o pez, y los protagonistas —y sus familias, cuando la tienen— soportan en el aislamiento que a tan dura existencia los somete, los rigores de la falta de relación con el prójimo. Estas dos geografías, diferenciadas e inconfundibles, las facilitan —en forma directa o por contrario sensu, según el asunto abordado— el planteo de algunos esquemas que le son gratos, como ser una actitud estoica frente a la adversidad y a las desventajas para salir adelante en la vida, y las virtudes de un criollismo periclitante, que se ciñe a un código bárbaro, imbuido todo ello de una concepción ética no por simple menos elevada.

La segunda de estas grandes líneas o vertientes temáticas constituye el objeto de la presente antología. Singular acierto editorial, porque permitirá, a quienes aún no le conocen, aprehender a Oxley en su faceta más fértil e insólita, y ser conducidos, por la magia de su talento narrador, a un territorio insospechado, en el que habita, sufre y se desvive un espécimen fluvial e isleño, que se basta o procura bastarse a sí mismo, marginado (y que se automargina, por atavismo, temperamento o imposición de circunstancias) de las concentraciones humanas, por minúsculas y rurales que sean. Por lo general sus esfuerzos están dirigidos a satisfacer las necesidades más inmediatas, a luchar por una precaria e indigente supervivencia. Sin embargo con tan restringida gama de motivos Oxley logra situaciones interesantes, por su novedad e intenso clima dramático. Es que los asuntos que escoge, y los argumentos en base a los cuales los desarrolla, acontecen más en el plano interior, en la conciencia de los individuos, que fuera de ellos. De ahí que con muy pocos elementos exteriores, ob-

jetivos, con un mínimo de hechos susceptibles de narración, consiga transportarnos al orbe denso y cerrado en que se debaten sus creaturas, y a través de la hendija de un episodio cualquiera, a menudo insignificante, hacernos conocer en su totalidad y hasta en sus pliegues más recónditos una existencia, con sus padecimientos, conflictos y desesperanzas, su pasado de privaciones y dolor y su futuro desprovisto de porvenir. La clave de esta feliz aptitud reside, como lo señalé más arriba, en el conocimiento adquirido por Oxley, en sus frecuentes viajes, acerca de esta arisca humanidad.

El lector advertirá, no sin asombro, que los personajes de sus cuentos carecen de disposición para el diálogo, que casi no hablan y menos aún conversan. Sus palabras se reducen a lo necesario imprescindible para la convivencia, en la escasa medida en que conviven con alguien, ya que a menudo no alternan con nadie más que con ellos mismos. En cierto modo son personajes sin interlocutor, que ignoran el desahogo expansivo de la charla y cuya incomunicación con el mundo externo, con sus semejantes, les ha anquilosado la facultad de discurrir y los constriñe a una especie de rumia monológica. Por ello no debe sorprendernos que con frecuencia, estando a solas, se expresen en voz alta, y que sus frases, de por sí lacónicas, sean predominantemente exclamativas, interjeccionales. Se trata de seres en los que la soledad —que conforma su hábitat, y a la que pertenecen y de la que no pueden, no intentan ni se les ocurriría evadirse— ha impreso su marca indeleble y mutilante. No la soledad interior, metafísica, que suele padecerse aun en medio de la muchedumbre, sino la otra, la que proviene de fuera del contorno físico. Soledad que introduce en el alma ese sentimiento de angustia cósmica que debió sobrecoger al hombre primitivo cuando advirtió su pequeñez enfrentada a la vastedad de la naturaleza.

Ya dije más arriba, de pasada, que en las narraciones de Oxley cuya acción transcurre en tierra firme, en estancias ganaderas, la mujer está virtualmente excluida. Ello refleja una situación determinada por el latifundio y su régimen laboral, basado en la utilización de peones solteros que se alojan en un galpón común, sin posibilidades de vida individual ni familiar, un tanto a la manera de la cuadra del cuartel. Diferente es en el río y en las islas. Allí el hombre solitario busca integrarse en la pareja, y por ello en la mayoría de los cuentos de esta línea encontramos personajes femeninos, y también, lógicamente, hijos. El papel protagónico por lo general corresponde al varón, y a su lado la mujer casi nunca es más que un reflejo, un accesorio, una sombra de aquel. No obstante, qué mujeres. Así se trate de la compañera adicta y laboriosa, de la hembra complaciente o desleal, o de la madre abnegada y sufrida, a pesar de su rol secundario y pasivo terminan por imponerse con la fuerza incontrastable de lo elemental. Ellas suelen ser las destinatarias de los esfuerzos del hombre, el móvil de sus afanes o la causa de su desazón, pero también sus víctimas, porque cuántas veces el potencial resistente y sacrificado que albergan debe emplearse

en proteger la prole y la tranquilidad doméstica de la imprevisión, la extravagancia o la locura masculina.

Una característica saliente de esta producción es que el motivo de los cuentos no siempre se circunscribe a la anécdota en torno de la cual giran, sino que esta suele servir de pie para el verdadero asunto, que se va configurando a medida que la narración avanza, en base a sugerencias y sobreentendidos. El arte de sugerir constituye una notable particularidad de Oxley, que en sus mejores logros expresa más con lo que significativamente calla que con lo que dice. Ello gravita en sus procedimientos, en los cuales prevalece lo estático y descriptivo sobre la simple acción, y otorga al estilo esa belleza reprimida, nada grandilocuente, que se impone con extraño sortilegio. Oxley es un escritor sobrio, de recursos llanos y directos. Hay en él una reluctancia por los excesos verbales que lo induce al empleo del vocablo cabal, insustituible, despojado de adornos y de connotaciones superfluas, y en esta modalidad se encierra el secreto de la eficacia de su prosa. Su pluma restaura el significado prístino de las palabras y las hincha de fuerza evocativa. Es así como, al pasar al papel con la plenitud de su contenido originario, dejan de ser monedas opacas, gastadas por el uso. Un par de trazos le bastan para caracterizar a un personaje, y unos pocos antecedentes para instalarnos en el punto crítico de una situación. El paisaje, elemento de importancia primordial en su obra, asume en las sencillas pinturas que le dedica una virtualidad muy activa y poderosa. De ahí que los reflejos del sol en las aguas del Paraná nos hieran con tanta intensidad la retina, y que el silencio del atardecer apacible en la laguna o el pajonal, únicamente alterado por el grito de algún ave acuática, nos infiltre hasta el tuétano su melancolía.

Sin una adecuada promoción comercial, que es la clave de los grandes éxitos de librería, espectaculares y efímeros, y privado del favor de los grupos que, en hábil y concertada función recíproca, concitan sobre sus miembros la atención incauta de los lectores, la obra de Oxley ha alcanzado trascendencia. Desde luego que no proporcionada a la calidad de la misma, sino la discreta pero sólida y efectiva a que puede aspirar el escritor de tierra adentro que, además, no se vale para difundirse de factores extraliterarios. Su nombre pertenece ya a la literatura argentina, por legítimos merecimientos, y no dudo de que sus libros próximos a publicarse, y los que aún habrá de escribir, lo consagrarán definitivamente como uno de los narradores representativos de nuestra época. Ojalá que esta antología abra camino hacia el amplio reconocimiento que se le debe.

W. G. WÉYLAND

SE AGITARON LAS SOMBRAS

I

—Parece que ya no viene el patrón.

—Ahá.

Apenas se percibe la voz del hombre. Más que respuesta es un gruñido que no se concreta. Simultáneamente sus cejas ásperas se juntan en un gesto hosco y el brillo de sus ojos se oculta bajo los párpados abultados.

La mujer entra en la cocina arrastrando las chancletas sucias, mientras el sol oculta sin premura su disco encendido detrás del horizonte engalanado con fulgores purpúreos. Una quietud melancólica y somnolienta se extiende en la soledad encrespada de la isla y el arroyo es un espejo inerte reflejando el cielo sangriento y profundo.

Valentín Díaz vuelve a escupir los tientos que está trenzando y tironea apoyando la mano izquierda en la cadera. Luego inspecciona con mirada aguda el trabajo realizado y en seguida se quita los trapos que le cubren las manos y el delantal de lona, para tirarlos contra la quincha de la ramada. Saca un cigarrillo del bolsillo de la blusa, lo enciende y aspira con ansias el humo picante y fuerte, hasta llenar los pulmones. Mira el pajonal amarillento y luego las aguas mansas del arroyo, en cuyas costas dormitan algunos camalotes.

—Sirvite un amargo.

La mujer le alcanza un mate que él toma sin volverse, como si su pensamiento lo mantuviera absorto y alejado de cuanto lo rodea, la mirada perdida en un infinito oscuro. La tarde muere en un estremecimiento hondo, nacido de la tierra endurecida y salvaje.

—¿Qué le habrá pasao?

La voz de la mujer lo sacude y lo vuelve a la realidad. Devuelve el mate vacío.

—¿A quién?

—Al patrón, que no yega.

—Ah...

Busca a su alrededor. Luego empuja con un pie un tronco de ceibo que sirve

de banco y se sienta manteniendo el cigarrillo humeante entre los labios apretados. Tres perros flacos, de pelambre áspera, dormitan echados debajo de la ramada y un tero grita su alerta desde un bajo próximo.

Principio de otoño. Fresco húmedo y perspectivas de un mayor abandono, de una crueldad más aguda. El pajonal amarillento parece más duro, más hermético; la soledad, más desamparada y hostil.

Toma otra vez el mate y lleva la bombilla a los labios para sorber el líquido amargo y caliente, inmutable el gesto, ausente la mirada turbia. La noche, que llega presurosa, cierra su círculo de sombras para reducir el paisaje, mientras el cielo despejado se ahonda mostrando una que otra estrella pálida, indecisa y nerviosa.

—Ta refrescando. Vamos pa la cocina —invita la mujer, al tiempo que transpone la puerta.

Con el hombre, entran los perros.

El fogón está en el suelo, alimentado por varios troncos. Lejos de las paredes de paja. Un candil de sebo, colgado en el horcón, apenas descorre las sombras para mantenerlas agazapadas en los rincones, listas para extender sus dominios. Contra la pared de paja ennegrecida por el humo, está sentada la hija sobre unos trapos sucios. La Rosa. Ojos verdes, grandes, inexpresivos, y cara morena, embadurnada con moco y con tierra. Cabello enmarañado, color de paja seca.

—Ahá.

Los perros buscan ubicación cerca del fuego y se acurrucan metiendo el hocico entre las patas.

Ojos verdes, cabellos rubios. Como un año de edad.

Valentín Díaz se sienta en un pequeño banco de tablas rústicas, se quita el sombrero y lo deja en el suelo de tierra endurecida. Un mechón de pelo renegrido le cae sobre un ojo para acentuar su gesto duro.

El mate va y viene. El silencio se ahonda y desde la noche que se va encerrando bajo el cielo estrellado, llega el latido de la soledad alentada y expectante, para marcar una presencia definitiva y tenaz. Parpadea la luz amarillenta del candil, haciendo estremecer las sombras en los rincones.

—A lo mejor mañana...

El hombre la mira fugazmente desde abajo y luego tira el cigarrillo en el fuego con ademán desganado.

—Hace tres días que lo esperamos —agrega la mujer, mientras se agacha y mueve los tizones debajo de la olla del guiso, ennegrecida y grasienta.

En seguida destapa la vasija humeante y revuelve el contenido con una cuchara.

—Ya va' estar. Vi' acostar a la Rosa que s' está durmiendo.

La toma en brazos y sale para llevarla a la cama. Valentín deja el mate en el

suelo, junto al tarro de la yerba. Saca otro cigarrillo y lo enciende con una brasa que toma con los dedos curtidos, a manera de pinzas.

—Ta güeno...

El humo azulado que asciende por su cara, a ras de piel, lo obliga a entornar los ojos y a torcer el gesto. A torcer el gesto...

—Eso es.

Ha vivido torciendo el gesto, porque no ha tenido otro medio para exteriorizar su desagrado, porque es la única expresión de los amigos de esa rebeldía que nunca llegó a concretarse.

Ahí está su vida. Uniforme, dura, inquebrantable. La infancia sin caricias, sin voces; la adolescencia volcándose en recodos y en sombras oscuras. Siempre soportando el hambre y el desamparo, el rigor de la miseria y la soledad sin tregua. Golpes y desaliento y el peso de los días que pasan como si no tuvieran más propósito que apabullarlo y hundirlo para siempre en una indiferencia sin protestas y sin esperanzas.

Las islas no perdonan. Castigan y golpean hasta que se acalla el último grito de dolor, hasta que muere la última vibración de encono y de rebeldía. Su salvajismo erizado y legendario, aprisiona y domina, moldea a golpes.

Arroja el cigarrillo entre las brasas Valentín Díaz, y se toma las manos rodeando las rodillas, mientras su mirada recorre las pajas del techo como si buscara algo a través de la espesa capa de humo que lo cubre. Siente los pasos de la mujer que ha vuelto, pero no se mueve.

—A lo mejor ha ido p'ajuera.

—¿Quién?

—Don Justo, pues, que no yega.

—Ah.

Hace casi dos años, es decir, desde que se juntó con «la» María, está de puestero, aquí, en Los Laureles, con don Justo Avendaño. Doscientos pesos mensuales y la yerba, la grasa y la harina. Ochocientas vacas, en esta isla de más de tres mil hectáreas.

—Ahá.

Mucho trabajo para un hombre solo, pero él «se da maña», aunque tiene que andar todo el día sobre el caballo, con buen tiempo o con lluvia, con calor o con frío. «La vida 'el pobre». Es claro que es peor andar «cuchariando», cortando sauce o cazando nutrias y carpinchos. Ahora, por lo menos, tiene un rancho y tiene mujer que lo atiende.

—Hum...

Deja de mirar el techo y fija sus ojos en el fuego, cuyas llamas abrazan a la olla que deja escapar una tenue nube de vapor por debajo de la tapa.

La vida se desliza sin muchos sobresaltos, el rancho da abrigo en las noches crudas de invierno y no falta yerba para el mate, ni grasa para un guiso de patos o

de nutria. Además, tiene quien le ponga un remiendo en la bombacha y una voz, una presencia, que constituye una tregua en la soledad oscura de toda su vida. Es un refugio tibio este rancho, luego de una jornada de trabajo, larga y dura.

La mujer le alcanza un plato de lata lleno de guiso que él acomoda sobre las piernas recogidas para empezar a comer, tomando los trozos de carne de pato con los dedos. Se alertan los perros y permanecen con los ojos fijos en los movimientos del hombre y atentos a los chasquidos de satisfacción de su lengua. Cada hueso que cae produce un corto revuelo y algunos gruñidos amenazantes. La mujer come de la olla, al lado del fuego.

Mucho trabajo, mucho sacrificio, pero esa seguridad que lo alienta ahora y que lo ayuda a sobreponerse le daría sentido a su vida si su patrón...

Bueno. Don Justo Avendaño es brusco, autoritario y «medio manos largas» si se ofrece la oportunidad, es decir, si se lo contraría. A gritos y a insultos lo maneja y en sus ojos verdes, de mirada penetrante, siempre hay una amenaza anidándose detrás de los párpados apenas entreabiertos. Además...

Él ya no tiene fuerzas para rebelarse. Las perdió en los primeros pasos dados en el mundo, porque su mundo lo constituyen estas islas que ablandan y que aplastan. Pero ha conseguido afirmar su capacidad para soportar el sufrimiento y los golpes, encerrándose en una hosquedad resignada e indiferente. Resbalan sobre ese caparazón aislante, sin herirlo mucho, todas las miserias que lo han rodeado siempre y comprende que está hecho «pa cabrestiarle a la mala».

Suspira Valentín Díaz, y deja el plato vacío en el suelo para que se abalancen los perros sobre él. Si hubiera tenido torta asada habría pasado un pedazo para recoger los vestigios de grasa y de pimentón que cubren el fondo y los bordes. Hace días que se terminó la harina y si don Justo no viene, se quedarán sin yerba también.

La mujer se agacha y toma el plato que los perros han llevado a lengüetazos, hasta afirmarlo contra una pared de paja. Lo pone sobre la olla vacía y luego se sienta frente al fuego, sobre un tronco de ceibo con forma de banco.

—Capás que le haiga pasao algo.

—Capás.

Valentín vuelve a torcer el gesto y baja la cabeza como si temiera que su desagrado se perciba a través de su mirada turbia. Sus manos van a crisparse, pero se tienden sobre las piernas en ademán de caricia o de abandono.

Desagrado y rabia.

Quisiera cerrar los ojos ante esa evidencia que ha venido madurando con los días para agregar sombras a su infortunio, pero solo ha conseguido aturdirse y olvidarla de a ratos, sin aliviar su expectativa. Esa misma ansiedad de su mujer se lo confirma y azuza su pasividad angustiada.

—Si no yega mañana...

Se pone de pie sin levantar los ojos y se encamina al camastro hecho con

trapos y con ponchos, en un rincón del rancho. El llanto de la criatura lo detiene un instante frente a la puerta recortada en sombras. Agacha más la cabeza y entra arrastrando los pies.

Ni eso es suyo. Ojos verdes y pelo color de paja seca...

II

Cuando sale al patio, luego de tomar mate, una neblina apenas gris se levanta sobre el arroyo y se extiende rozando el alto pajonal de la isla, mientras el sol asoma detrás del horizonte su disco encendido. El paisaje se exalta en la luz rojiza que refleja el cielo engalanado y profundo y un vocerío salvaje y áspero cruza el espacio desde los cuatro rumbos, mezclado con algún mugido que llega arrastrándose a través de la distancia.

Va hacia el corral, enfrenta el malacara y vuelve con él para ensillarlo. El rocío le ha empapado las alpargatas y las polainas de lona blanca.

Trae el apero pobre y pasa un rato acomodando las «pilchas», una tras otra, sobre el lomo del animal. Aprieta la cincha, pone el cojinillo de cuero de oveja y luego el pegual de cuero crudo. Mientras, el día adquiere todo su esplendor para destacar la extensión erizada de pajonales mustios en su quietud profunda, con uno que otro curupí emergiendo de esa chatura amarillenta, brillante de rocío, y allá, en lo alto, un chajá recrea sus ansias de espacio y hace sonar su clarín destemplado y agudo, con afán de dominio.

Valentín mira a su alrededor, indeciso, como si buscara algo. Ahí, debajo de la ramada, anda trajinando la mujer, con una escoba de palmas entre las manos y su vestido rosado, limpio, que marca sus formas rotundas y firmes. La ve moverse ágil y diligente, abstraída en la ocupación de limpiar el piso y de ordenar los trastos.

Monta con movimientos pausados y armónicos y vuelve el caballo tironeándolo de las riendas. Los perros se aprestan a seguirlo.

Entra en un sendero tortuoso, entre matas de paja brava, y se aleja al paso, siguiendo el curso del arroyo. Sus ojos están puestos en la lejanía, fruncido el entrecejo, apretados los labios. Las pajas le van rozando las piernas cubiertas con tiras de lona.

—¡Lindo día! —exclama, como si deseara distraerse.

Se ha disipado la niebla y una tonalidad dorada brilla en la atmósfera y se refleja en las aguas quietas de la corriente. Todo el salvajismo de las islas está alerta en este despertar triunfante y mientras los gritos se multiplican, las bandadas surcan el cielo con el solo propósito de bañarse en la luz radiante del sol que hace transparente el aire.

De pronto se interna en la isla, dejando el curso del arroyo dormido. El caba-

llo sigue una senda marcada por el paso de la hacienda y los perros trotan detrás, con la cabeza baja y la cola metida entre las patas. La soledad se hace más profunda en ese infinito uniforme, que no alcanza a cerrar el horizonte lejano.

Saca un cigarrillo y lo enciende.

—Hoy vi'a tener que cueriar.

Echa el sombrero hacia la nuca y vuelve a fijar los ojos en la lejanía.

—Algunos cuervos —murmura, entrecerrando los párpados—. No me equivoqué. ¡Qué me vi'a equivocar!...

Esas dos vacas viejas que encontró caídas ayer no tenían defensa ya. Era de esperar que los primeros fríos terminaran con esa resistencia, más aparente que real.

—¡Qué me vi'a equivocar!...

Se le enturbia la vista y se mezclan imágenes borrosas en su imaginación excitada. El rancho de sus padres, allá en la costa del Guaycurú; su infancia abandonada estirando los días; el hambre, el frío, los golpes. Su largo ambular por arroyos, bañados y lagunas, cazando o «cuchariando». Su fatiga infinita y ese desgano que lo hubiera perdido en sombras en cualquier recodo del camino, a no mediar el instinto más primario. Su rancho, María, don Justo, la hija y esta perspectiva vislumbrada como a través de una niebla, que marcará su destino y acabará por hundirlo.

Tira el cigarrillo con ademán brusco y le pega un chirlo al caballo que sacude la cabeza, mueve la cola sorprendido y luego inicia un trote desacompañado.

Algo crece dentro de su pecho que le hincha los músculos y que le endurece el gesto.

—Ta güeno...

Tira de las riendas y se deja mecer por el paso lerdo del malacara, como si su ánimo lo hubiera abandonado de pronto. Ya no tiene fuerzas para rebelarse. Las perdió en los primeros pasos dados en el mundo, porque su mundo lo constituyen estas islas que ablandan y que aplastan. Su hermetismo lo defiende, su hosquedad lo encierra y no le permite mostrar su dolor, exhibir sus llagas.

Levanta la cabeza y mira el cielo donde algunos cuervos describen amplios círculos con las alas extendidas. Hasta sus oídos llegan graznidos ásperos que le indican el lugar preciso en que está la vaca muerta. Va hacia ahí sin apuros, mientras los perros se le adelantan saltando entre la maraña, animados por la perspectiva de un hartazgo de carne.

Sofrena el caballo y desmonta dejando las riendas sujetas debajo del cojinillo.

—Las dos —murmura—. Tengo pa entretenerme.

Se aproxima a los animales caídos y saca el cuchillo y la chaira de la cintura.

—A esta habrá que despenarla. Tuavía resueya.

Pone manos a la obra rodeado por los tres perros. Su cuchillo abre el cuero y con movimientos rápidos y precisos va separándolo limpiamente. En un ins-

tante queda el animal mostrando la carne desnuda y sanguinolenta y los perros se abalanzan para clavar sus dientes y desgarrarla entre gruñidos hostiles y jadeos anhelantes.

Tira el cuero extendiéndolo sobre una mata de paja brava, se pasa el antebrazo por la frente, levantando el ala del sombrero, y queda como obsesionado mirando la voracidad de los perros que muestran el hocico ensangrentado y los ojos salientes. Desde la altura transparente le llegan algunos graznidos aislados.

Vuelve a chairar el cuchillo. Luego se agacha y lo hunde en la olla de la vaca agonizante. El animal apenas se estremece y abre la boca como si le faltara el aire. Mientras la mira desangrarse otra vez se confunden en su cerebro imágenes borrosas. Don Justo, María, la hija y un chorro de sangre roja y caliente que brota a los costados del cuchillo hundido en la carne palpitante. Sus manos húmedas y enrojecidas perciben esa caricia viscosa, cuyo calor le llega al pecho y se anida. Gritos de miedo y su risa que se enrosca en su brazo para infundirle fuerza y firmeza.

Cuando se pone de pie, un mareo fugaz le nubla la vista y lo obliga a cerrar los ojos. Deja el cuchillo y la chaira sobre la panza temblorosa de la vaca y se limpia las manos restregándolas en la pelambre áspera.

Siente deseos de fumar, pero se contiene porque le nace un apuro inusitado por terminar esta tarea. Durante un tiempo que él no puede medir, trabaja febrilmente, sin darle reposo a los brazos que se mueven con rapidez y precisión. El sudor le moja la cara y su respiración se hace ruidosa y anhelante.

Por último tironea el cuero y lo arrastra para doblarlo en dos. Lo alza y lo atraviesa sobre el anca del caballo. Hace lo mismo con el otro y se vuelve para mirar a los perros que están echados y jadeantes, con la panza hinchada que destaca más los huesos salientes.

Monta y toma el camino de regreso, manteniendo el caballo al trote. Los cueros chicotean en las patas del malacara y rozan los pajonales crujientes.

Mira el sol entrecerrando los ojos.

—Como las dies —dice, arrastrando las palabras.

Otra vez siente deseos de fumar, pero se mira las manos cubiertas de sangre seca, hace un gesto ambiguo y se pasa una manga de la blusa por los labios.

—Vi'a yegar medio temprano.

Sin embargo, talonea al caballo para que no abandone el trote, sin habérselo propuesto, sin que medie un deseo definido de llegar al rancho en menos tiempo. Su cerebro se oscurece y su ansiedad escondida lo mantiene enhiesto sobre los bastos, mientras su mirada va y viene como si escrutara el infinito.

El paisaje parece abrumado por la luz radiante del sol. El cielo se diluye en un gris lechoso y el silencio ahonda esa soledad cohibida y sin alientos, que ensancha su latido recóndito y pertinaz.

Valentín Díaz se balancea sobre el caballo sin percibir el paso inalterable del

tiempo. Cuando acuerda está frente al arroyo. Mueve las riendas para tomar el sendero que lo costea, mientras los perros descienden la pequeña barranca para beber en la corriente.

Después del primer recodo distingue su rancho que está como agazapado debajo de los tres laureles que le dan abrigo. Humilde, silencioso, abismado en un abandono definitivo.

El caballo sigue avanzando con trote monótono, la cabeza baja. El corral, la ramada y detrás, el tordillo de don Justo atado en el palenque del patio.

Las manos del hombre aprietan más las riendas y en sus ojos se enciende una chispa fugaz que agudiza la mirada, pero las facciones se mantienen inalterables.

Sigue trotando el malacara.

Se arrima al corral y desmonta dejándolo con las riendas sueltas y con los cueros sobre el anca. Camina hacia el rancho con paso lerdo y desganado. No ve a nadie y oye gotear el silencio sobre sus hombros.

En la puerta de la cocina se detiene y escucha. No hay nadie.

Sus ojos se achican ahora y lleva la mano derecha a la cintura para empuñar el mango del cuchillo crispando los dedos curtidos y duros. Una mueca le estira los labios, mientras sus músculos vibran y su mirada se fija en la puerta entornada del otro rancho que hace las veces de dormitorio.

Rencor, coraje y dolor lo aprietan con la misma fuerza en medio de su expectativa. Pero de pronto, una pausa lejana y oscura le llega para rodearlo. Los brazos caen a lo largo del cuerpo, la cabeza se inclina sobre el pecho y los ojos se clavan en la tierra como si fueran a vaciar su cansancio.

Es su hosquedad resignada e indiferente. Las islas ablandan y aplastan.

Se vuelve, va hacia el caballo y lo monta. Entra en el sendero tortuoso bordeado de paja brava y en seguida se pierde en una lejanía arisca...

EL RIGOR DE LAS ISLAS

I

Frente a la desembocadura del Guaycurú se abre en agua y cielo el panorama extendido. Gris y azul profundo.

Ahí está detenido Jesús Altamirano, para tomar aliento. De pie sobre el plan de la canoa, frente a esa cancha dilatada que traspone el horizonte, como si el río hubiera querido desplazar a la tierra para arrellanar su modorra. Un suave viento del norte encrespa el agua y arrastra el perfume agrio de las islas.

Hace calor.

El sol brilla en lo alto del cielo y abajo, hacia el poniente, se insinúan algunas nubes vaporosas, tenues, que parecen nacidas en el río.

Ha dejado el botador y engancha los remos en los toletes para cruzar la cancha rumbo a Puerto Malabrigo. Se palpa luego los bíceps doloridos y echa hacia atrás el sombrero para despejar la frente sudorosa, que seca con las puntas del pañuelo del cuello.

Pero no se decide. El sol le quema las carnes curtidas, se siente cansado y sabe que una vez iniciada la travesía, no podrá soltar los remos hasta tocar la costa opuesta. El cruce del Paraná demanda un esfuerzo que no está seguro de poder realizar.

Pierde la mirada en la lejanía. Agua y cielo estremecidos por el viento y por la luz turbia del sol.

Ahí, a pocos metros de la costa, hay un ingá que parece ofrecerle su sombra protectora y cordial; pero también lo atrae aquella costa que no distingue porque está perdida en la distancia. Sol implacable y cansancio y ese deseo de llegar nacido en la angustia de la incertidumbre y del miedo que viene sufriendo desde hace unas horas.

—Agua, Jesús.

Se estremece al oír esa voz débil, opaca, suplicante. Recostada en la proa, entre trapos y ponchos, está su mujer, pálida, las mejillas sumidas y los labios enrojecidos por la fiebre.

—Agua.

Le aproxima un tarro con agua a los labios resecos. Luego acomoda los trapos para que esté más cómoda y asegura la bolsa que la protege del sol.

La mira con expresión ansiosa. Tiene los ojos cerrados y la boca entreabierta; la respiración es agitada y le levanta el pecho acompasadamente.

—Tengo que yegar —murmura el hombre, para infundirse ánimo— antes que nos agarre la noche.

Se sienta y empuña los remos. Siente un quejido de la mujer que ha quedado oculta y afirma los músculos doloridos en el esfuerzo, para impulsar la canoa. Así ha venido desde la madrugada, siguiendo el arroyo a botador, sin detener los movimientos medidos y armoniosos del cuerpo.

Ahora la corriente lo favorece y la embarcación se desliza veloz sobre las aguas apenas encrespadas por el viento; pero cuando entre en el cauce del Paraná vigoroso tendrá que enfrentar su empuje para no dejarse arrastrar aguas abajo.

—Tengo que yegar.

Su voz apagada se pierde entre los chasquidos que producen los remos al entrar y salir del agua. Sus brazos vibran en cada movimiento y los músculos se crispan debajo de la piel oscura, haciendo resaltar las venas hinchadas. Mira hacia atrás para medir el rumbo.

Está lejos todavía del rancho de don Ramón Soria.

Las costas frondosas del Guaycurú se alejan y se dilata su lecho gris a los costados, extendiendo la perspectiva. Las aguas generosas del riacho se vuelcan en el caudal ampuloso del gran río, para fundirse en un abrazo que los llevará unidos a través de un destino inviolable. Las nubes blanquecinas, disgregadas, alcanzan el sol y atenúan sus rayos de fuego antes de esfumarse.

Otro quejido débil de la mujer lo sobresalta y se agacha para mirarla. Ahora el rebozo negro le cae sobre la cara para cubrirle los ojos.

En el rancho han quedado solos los cuatro hijos. La mayor tiene nueve años, pero posee ya la fortaleza, la seguridad y la eficacia de la mujer isleña que no conoce el miedo. Su rancho misérrimo está protegido por su propio desamparo, allá, en la costa del arroyo manso.

Sus movimientos se han hecho mecánicos y el cansancio se va postergando en el tiempo, mientras su ansiedad se agranda azuzada por los quejidos de su mujer que le llegan de a ratos para mantenerlo alerta.

Aquí bailotea un poco la canoa y se insinúa la fuerza de la corriente. Entra en el cauce del Paraná.

Respira profundamente y afirma los pies descalzos en las «costillas» de la débil embarcación. El sudor le moja las carnes pardas, mientras un gesto de decisión, de firmeza, acentúa sus rasgos.

—Aura viene lo güeno.

Le pone la proa a la corriente tomándola al sesgo y redobla el esfuerzo. Cuan-

do llegue a la costa opuesta tendrá que subir el río durante más de dos horas. Si no lo «saca» muy abajo la fuerza que ya se hace sentir. Todos los sentidos están puestos en su empeño, toda la experiencia, toda la ciencia del hombre nacido en las islas y madurado en esa lucha recia.

A medida que avanza hacia el centro del cauce, el río bravo le exige más ahínco, más firmeza. Su lomo se ha oscurecido y parece irritado por la acción del viento, mientras los chasquidos de las marejadas que se rompen contra las tablas de la canoa acentúan su balanceo acompasado. Crujen los remos en las toleteras y el cuerpo del hombre se ha hecho más flexible, sus músculos se han puesto más tensos y los movimientos son ahora más precisos, enérgicos, firmes.

—Agua, Jesús.

Se estremece. Apenas le llega esa voz que diluye el rumor del agua. Sin mirarla, contesta:

—Aguantá un poco más qu'estamos en la travesía y no puedo soltar los remos. Ya te alcanso.

Sigue empeñado en la lucha. Los puntos de referencia que tiene en el frente le confirman la exactitud del rumbo, le permiten establecer su avance; pero, simultáneamente, siente renacer su cansancio y una sensación de hormigueo doloroso le taladra los músculos del pecho, de los brazos, de las piernas.

—Si aflojo...

Aprieta los dientes.

—Agua, Jesús.

Viene forzando la marcha desde la madrugada. Primero el botador, ahora los remos. El calor, el sol, la ansiedad. El rancho de don Ramón Soria está lejos todavía. ¿Y si no lo encontrara?

—Agua.

El perfume del río le entra en los pulmones para saturarlos, el roce áspero de los rayos del sol y la caricia tibia del viento norte le excitan la sangre que corre con avidez debajo de la piel curtida. Los músculos parecen anudarse en cada contracción.

Quiere distraerse y piensa en los hijos que han quedado solos en el rancho. Son gauchos sus hijos y se han curtido en el rigor de las islas. Saben defenderse y saben aguantar. Son duros, no han aprendido a quejarse.

—Agua, Jesús.

Le golpea en el pecho esa voz apagada, suplicante.

—Ya yegamos a la costa. Tené pacencia. Entendé que no puedo soltar los remos hasta no tocar tierra.

Las palabras le salen apretadas, como si las mordiera antes de liberarlas.

Él también tiene sed y siente los labios y la lengua resecos, pero sigue respirando con la boca abierta para satisfacer a sus pulmones anhelantes. Los brazos le pesan como si estuvieran hinchados y las manos ya no perciben la empuña-

dura de los remos. Sin embargo, mantiene su empeño y lo encumbra el deseo de no dejarse arrollar por esa fuerza ciega del río.

Sabe que está cerca. Quizás a doscientos metros de la barranca. Sabe también que ha resistido bien a la corriente y que arribará al lugar que había previsto.

—Agua, Jesús.

Doscientos metros...

Se vuelve en el asiento para comprobarlo, sin interrumpir el vaivén vigoroso del cuerpo. No quiere perder la línea, no quiere concederle ventajas al río.

—Ahá.

Recoge con la lengua el sudor que cae en la comisura de los labios y lo saborea paladeándolo. Se siente congestionado, los golpeteos de la sangre lo aturden y la respiración se ha hecho acezante, dificultosa.

—Una juercita más y...

Se le anudan los músculos del estómago en un amago de calambre y un súbito mareo lo obliga a cerrar los ojos. Sacude la cabeza para recobrase. No quiere aflojar, no debe aflojar.

Vuelve a mirar hacia atrás. Ahí está la pequeña barranca.

En un esfuerzo supremo tira dos o tres veces de los remos y la canoa se vara en el barro de la costa. Abre con dificultad las manos para soltar los remos y durante un instante permanece inconsciente, doblado sobre sí mismo, con la barbilla afirmada en el pecho.

—Agua, Jesús.

II

—Ahá.

Ha acostado a la mujer sobre el catre, dentro del rancho. Las ojeras violáceas acentúan la palidez de su rostro.

Don Ramón Soria la mira fijamente, como si meditara.

—¿Qué le ha pasao?

—Perdió, don Soria. Anduvo remando.

—¿Cuándo jue?

La luz del candil parpadea haciendo bailotear las sombras en las paredes embarradas.

—Hace como cinco u saís días.

La mujer permanece inmóvil, con los ojos cerrados, respirando agitada. Desde afuera llega el ladrido insistente y desganado de un perro, junto con el rumor de las aguas que golpean en las barrancas agrietadas del río.

—Ahá.

Le pone una mano sobre la frente y cierra los ojos.

Jesús Altamirano contiene la respiración, mientras estruja el sombrero entre sus dedos endurecidos en el botador y en los remos. Siente los latidos sordos del corazón unidos a su ansiedad y a su expectativa.

Sus hijos son gauchos y han quedado solos en el rancho solitario, allá, junto al arroyo manso. Saben defenderse y no han aprendido a quejarse porque se endurecieron en el rigor de las islas. Y la Jacinta está aquí tirada en este catre ajeno, quieta, callada, como si estuviera...

—Has demorao en tráirla, m'hijo.

La sangre se le agolpa en la garganta, en las mejillas y siente su calor y siente su empuje.

—Aura es tarde. El mal está muy agarrao.

—Pero...

—Es cuestión de un rato.

Se aproxima al catre y la mira. Se han acentuado sus rasgos, la palidez se ha hecho casi transparente, la respiración no le levanta el pecho.

—Tenés que tener pacencia.

Sale al patio y se enfrenta con la noche estrellada, serena. Ahí está el río brillando en escamas de plata, imperturbable, salvaje, siguiendo con seguridad su camino de siglos. Más allá, las sombras y el misterio abarcando la soledad de las islas, exaltando su silencio receloso y arisco. Y en el rancho pobre, agazapado junto al arroyo manso, están los hijos esperando, expuestos al rigor de la vida.

Jesús Altamirano levanta la cabeza y crispa los músculos con los puños cerrados. Está frente al río macho, frente a su destino incierto. Está soportando el rigor de las islas en toda la magnitud de su dureza implacable e inmovible...

Dos lágrimas calientes le resbalan por la piel curtida de la cara.

RÍO ARRIBA

I

La canoa se arrastra un metro sobre la superficie lisa y blanda de la costa. El hombre deja los remos apoyados en la tabla del piso, estira con violencia los músculos de todo el cuerpo estremecido y salta a tierra con la cadena de proa en la mano.

Durante un momento permanece mirando atentamente el cielo y el río que se extiende como una inmensa chapa metálica, bruñida y brillante, y por último tirona la embarcación fuera de la corriente y la sujeta en la estaca que sobresale un palmo del barro. Se quita el sombrero informe y escurre con una mano el sudor que le moja la frente.

En el sur, contra el horizonte borroso de luz, el cielo lechoso parece mezclarse con un humo tenue surgido de la tierra. Una quietud apática y pesada desciende de lo alto y aprieta el paisaje con cruel tenacidad, mientras el sol derrama una niebla de luz cargada de fuego. El río majestuoso se desliza hasta confundirse con el firmamento lejano. Ni un pájaro se mueve. Solo las chicharras dejan oír su aguda voz que hiende con pereza el aire caldeado y opaco.

Un perrito de pelambre amarillenta y sucia abandona con desgano la sombra del rancho y se desliza por la barranca para aproximarse al hombre que está de pie frente al espejo deslumbrante del Paraná. Su cola golpea suavemente en las pantorrillas desnudas.

—Va'yover, Calandria. Ta'magando fiero el tiempo.

Con el sombrero estrujado en una mano, trepa la pendiente empinada de la pequeña barranca bordeada de sauces, cuyas hilachas increíblemente estiradas se sumergen con desmayo en el agua que refleja nítidamente su fresca frondosidad apaciguada en brillante verdor. Frente a la boca oscura de la puerta del rancho se detiene y se vuelve para mirar otra vez el río. La costa opuesta dibuja, sobre el cielo esfumado, una sinuosa línea oscura.

—Hay tormenta, Calandria.

Se sienta en un tronco de ceibo, a la sombra de la tusca que da abrigo al re-

fugio y afloja el cuerpo en un descanso de entrega. A su frente y casi entre los pies descalzos, se echa el perro, con la lengua colgante a un costado de la boca abierta y los ojos entornados como si lo deslumbrara la luz fulgurante del sol.

Hombre y perro se miran de frente. La mirada del hombre es incisiva, penetrante; la del perro es mansa y sumisa.

—Tendremos que buscar qué comer antes que se largue el tiempo.

Mira al sol por entre la ramazón espesa del árbol y luego agrega:

—Hay tiempo pa tomar unos mates. Tu estómago tendrá qu'esperar un poco más, Calandria.

El perro mueve la cola con desgano y se estira aún más en la tierra húmeda.

Pasan lentamente los minutos, mientras el calor húmedo aprieta con tenacidad que agobia. El hombre permanece inmóvil, dejando correr el sudor que moja sus carnes lustrosas de sol y el perro sigue jadeando negligentemente.

—No da gana'e moverse, Calandria —Y luego de un rato—: Pero no hay más rimedio.

Se pone de pie con esfuerzo y procura desentumir los músculos de todo el cuerpo, estirándose hasta hacer crujir las articulaciones. Camina luego hasta el fogón (una zanja abierta en una pequeña loma) y enciende fuego. El perro sigue atentamente sus movimientos con la mirada.

La atmósfera viscosa se pega a las carnes; la luz del sol, de tinte gríseo, pone reverberaciones sobre las aguas quietas del río.

Mientras toma mate, las voces ásperas y discordes de las chicharras se acentúan, como si cien taladros resecos se movieran para espantar el tedio.

En el sur se ha oscurecido un poco el cielo, se ha puesto más borrosa la lejanía.

El hombre deja el mate en el suelo y mira a su alrededor. Ahí están las redes extendidas secándose al sol y más allá, un mazo de «brasoladas» cuelga inmóvil de la rama de un ceibo en flor. Con un imponderable esfuerzo de su voluntad, abandona el asiento y empieza a recogerlas lentamente. Luego las carga en un hombro y entra con ellas en el rancho.

El perro se levanta vacilante. Estira el cuerpo adelantando las patas y echándose hacia atrás sin interrumpir sus jadeos, pero de inmediato da una vuelta en redondo olfateando la tierra y vuelve a echarse.

Algunas nubes blancas se mueven lentamente en el cielo turbio, extendiéndose como si fueran a desmembrarse. Las chicharras ahondan sus voces de alambre que se alejan golpeando en los árboles muertos de cansancio y de abulia.

Sale el hombre con una escopeta en las manos.

—En la laguna encontraremos algún pato pa un guiso, Calandria.

Camina hacia la costa, desciende la barranca y se detiene junto a la canoa. Toma la escopeta por la punta del caño para afirmarla en la tabla del asiento, mientras pasa una pierna por encima del taco de proa. Al dejarla en el piso gol-

pea el gatillo y escapa un tiro que retumba interminablemente en el silencio de la extensión adormecida. Un juramento apagado, que más parece un quejido, se escapa de su boca; afloja las piernas y cae en el barro amarillento de greda.

II

Cuando abre los ojos, desde el sur se levantan espesos y oscuros nubarrones de contornos blanquecinos que se revuelven y se entremezclan girando sobre sí mismos. De tiempo en tiempo, un relámpago pálido desgarrar su honda negrura; un trueno sordo y lejano asciende desde más allá del horizonte y se esparce haciendo estremecer el río sumido en un letargo de sueño.

Demora en recuperar el sentido de las cosas. Un zumbido persistente lo mantiene aturdido como si su cerebro se sacudiera con violencia inusitada, acentuando la intransparencia que cubre sus ojos.

Siente de manera imprecisa una caricia blanda y húmeda en sus mejillas, en su frente y en sus párpados. Como a través de una niebla espesa distingue a Calandria ahí, contra sus ojos, y percibe su ladrido corto, nervioso, como si le llegara de muy lejos. Una pesadez de muerte le paraliza los músculos.

Realiza un esfuerzo para despejar su cerebro, para aclarar su vista. Lentamente va adquiriendo conciencia de lo que le rodea y se aclara el panorama que lo contiene.

De pronto siente un dolor en la pierna izquierda. Un dolor extendido, como si su pierna hubiera adquirido dimensiones extraordinarias.

—Estoy herido —piensa, mientras se incorpora para comprobarlo—. El tiro. La escopeta.

Un gran charco de sangre se destaca sobre el barro amarillento de la costa, que se extiende hacia el río arrastrándose en múltiples lombrices rojas. El pantalón está deshecho a la altura de la rodilla, en una amalgama de hilachas, de carne y de coágulos negruzcos.

El hombre se deja caer otra vez sobre el barro. Un sudor frío le moja la frente pálida.

Se renuevan los cortos ladridos del perro y lo siente moverse nerviosamente desde la pierna herida hasta la cara. También siente su lengua caliente golpeándole los párpados y la frente.

—No estoy entregao, Calandria —le dice, mientras una mirada de comprensión y de cariño le ilumina el rostro—. Estoy pensando; estoy queriendo agarrar un poco e'juersa.

El perro bailotea a su alrededor moviendo sin cesar la cola.

—No me apurés, si me querés sacar güeno.

Levanta el cuerpo y se apoya en un codo. Un repentino mareo lo obliga a

cerrar los ojos, pero casi en seguida se sienta y recoge la pierna sana. Se agita y un escalofrío lo sacude. El perro salta a la canoa y vuelve a su lado ladrando.

—Va' ser difícil, pero no m'entregaré así no más.

Se arrastra hacia el agua apoyándose en las manos. Desata la cadena y desde esa posición empuja la canoa haciendo un esfuerzo extraordinario. Su respiración es entrecortada y ruidosa.

El dolor de la pierna se hace más agudo. Le llega hasta el pecho y ahí se le anida para cortarle la respiración y enturbiarle los ojos.

Un trueno cavernoso, prolongado, lo vuelve a la realidad. La tormenta asciendo con negros tumbos en el cielo polvoriento y espeso, como si una furia contenida la empujara.

—Pa mejor —dice con voz opaca—. Habrá que ganarle.

Conteniendo la respiración y apretando los labios, se toma del borde de la canoa y se levanta hasta sentarse en el taco. La pierna herida cruje con ruido de huesos rotos y deja escapar un chorro de sangre caliente que se escurre hasta el barro. Cortos gruñidos del perro le llegan desde la popa como un llamado imperioso que convocara todas sus fuerzas.

Suspira hondo. Se corre hasta la banca y entra las piernas tirando su cuerpo hacia atrás, mientras un sudor frío dibuja sinuosas líneas brillantes en su cara pálida.

—Si no me apuro, me quedaré sin juersas.

Tiene que llegar a La Paz. Dos horas de remo para cruzar el río y hacer una legua aguas arriba. Dos horas de lucha con el Paraná y con su herida que lo está «maniando», si la tormenta le da tiempo.

Empuja la embarcación hundiendo un remo en el barro y la corriente lo arrastra. El perro se ha sentado en el taco y mira la costa opuesta ladrando con fuerzas y apuntando al cielo con el hocico sucio y mojado.

Un relámpago velado entre los nubarrones espesos y un trueno detenido y tembloroso ponen un suspenso en la tarde.

El hombre se afirma en los remos, clava el talón del pie derecho en una «costilla» y crispa los músculos en esa lucha a muerte.

La canoa rompe el cristal del río y avanza abriendo las aguas en crispaciones de espejo, mientras la sangre se va extendiendo en las tablas mojadas del piso y el dolor sigue clavando con creciente tesón su acero frío en las carnes desgarradas. Una intensa palidez destaca las ojeras violáceas del hombre y su gesto firme se enfrenta con la oscuridad amenazante de la tormenta que va abarcando el cielo con sus negras alas cambiantes.

Y durante un tiempo que no puede medirse en minutos, los chasquidos de los remos golpeando en el agua quieta, una respiración anhelante y el jadeo nervioso del perro llenan el silencio del río y del aire pesado, hasta que lo interrumpe un trueno que llega arrastrándose desde el infinito.

De pronto, una ráfaga caliente se mueve indecisa, sin encontrar el rumbo. Salta y gira sobre las aguas brillantes, hasta que se desboca y se aleja silbando. El Paraná se encrespa como si se desperezara con esfuerzo y el hombre redobla su ahínco cargado de sufrimiento. Los gruñidos del perro se ahondan y sus ojos fijos en los gestos del amo transmiten el dolor de su impotencia.

Hay una sucesión de truenos y pálidos chispazos de luz que abren la oscuridad del cielo. El viento ruge y se retuerce en repentina furia, haciendo estremecer el río cuyas aguas revueltas golpean la canoa y se deshacen en infinitas gotas de cristal.

La tormenta ciega al hombre y siente que las fuerzas lo abandonan. En un esfuerzo supremo se encoge, crispera las manos sobre los remos y rechinan sus dientes, pero repentinamente se oscurece su cerebro y cae hacia adelante, golpeando con la cara en la tabla ensangrentada del piso...

La canoa sigue bailoteando sobre las marejadas turbias y el aullido del perro se confunde con el viento...

LA ISLA ENDURECE

I

Apolinario arrastra la canoa para sacarla un poco del agua y se acomoda la faja envolviéndola bien abierta alrededor de la cintura. Se calza luego las alpargatas y se vuelve para mirar el pueblo, cuyas primeras casas muestran las desgarraduras profundas del tiempo a través de los ladrillos que se van pulverizando lentamente.

A su lado están su mujer y los dos hijos, temblando de frío, expuestos al viento sur suave y persistente.

Declina la tarde desapacible y nublada y hay en el paisaje una tonalidad gris tendida que funde al cielo y al río en una amalgama infinita e indestructible. Una tristeza diluida lo envuelve todo para gravitar sobre los ánimos.

Está cansado Apolinario. Dos días botando sin más intervalos que los minutos empleados en comer galleta y pescado frío o en tomar unos mates, tiene que sentirlos el cuerpo. Es claro que está habituado a ese esfuerzo. La pala, el botador y los remos son como parte integrante de su cuerpo y se mueve casi exclusivamente por su intermedio, pero ahora ha «bajado» a marcha forzada porque la inclemencia del tiempo ha venido hostigando a la mujer y a los hijos.

Se fricciona los brazos doloridos, mientras su mirada recorre el interior de la canoa. Los remos, el botador, algunas «pilchas» y cinco bolsas de «cucharas» bien humedecidas para que «rindan».

De pronto se resuelve.

—Vi'a tener que dir —dice, mirando al suelo. Camina subiendo la cuesta suave de la costa y entra en el sendero que conduce al pueblo. La mujer toma de la mano a cada uno de los hijos y se aproxima con ellos al tronco de un enorme eucalipto para protegerse del viento frío. Ahí sienta a los chicos, se sienta ella y tiende un poncho que los cubre a todos. Así podrán esperar que el hombre regrese con el bolichero que comprará las «cucharas», no importa el tiempo que demore. Están acostumbrados a soportar el frío y el tiempo y hasta el hambre. Sin protestas inútiles, sin rebeldías. La isla sabe imponer la templanza, sabe curtir para el sufrimiento.

¡Si sabrán ellos lo que es eso! Los muchachos nacieron en la isla y ella y él se conocieron ahí y se «juntaron» para hacerle frente a las vicisitudes de la vida, a la miseria, a esa soledad que embrutece y que hace sucumbir en el campo irracional del salvajismo.

Esta noche la pasarán como quiera, es decir, como de costumbre, tirados en cualquier parte. Pero mañana podrán comprar algunas provistas y hasta ropas para seguir aguantando este invierno que se muestra implacable con los pobres.

El más chico llora y las lágrimas se le juntan con los mocos para mojarle toda la cara enrojecida por las paspaduras. Tiene tres años y tiene un frío que le tritura las carnes morenas.

—¡Gayeta, mama! —pide, gritando y sacudiéndose debajo del poncho.

—Espere que güelva su padre, m'hijo, que jué al pueblo a comprar masitas pa usté.

El niño deja de llorar. Él ya sabe que su llanto será inútil y que tendrá que seguir aguantando el frío y el hambre. No le han dado esperanzas las palabras de la madre y resuelve dormirse. Reclina la cabeza desgñada y sucia y entra en un sueño pesado que lo aísla un poco del sufrimiento.

Al rato vuelve el hombre en un carro de dos ruedas. Lo trae el comerciante que le va a comprar la mercancía. Descienden e inmediatamente descargan las bolsas apretadas y crujientes, para pesarlas.

Demoran en esta operación. Apolinario sabe que le van a robar en el peso y aunque no vislumbra la manera de evitarlo, da vueltas alrededor de la balanza y se inclina sobre la barra sin ningún provecho porque no la entiende.

—Cincuenta kilos —anuncia el bolichero.

—¡Cómo cincuenta! No sea desagerao, amigo.

—Mire, para que vea que no lo engaño. La balanza canta.

Efectivamente, ahí está el número cincuenta. ¡Cómo hubiera sido si él no les echa unos cuantos baldes de agua como le enseñó el Colorao Aguilar, que es bien baqueano!

—Vamos a colgar otra bolsa, que se viene la noche.

Total, doscientos treinta kilos, a cuatro ochenta, son... Él es «medio bruto pa las cuentas», pero calcula que han de ser como mil pesos.

—Ta güeno.

Cargan las bolsas en el carro y este parte rumbo al pueblo.

—Lo espero en el negocio pa arreglar cuentas.

—Ta güeno...

Queda un poco desorientado. Los números, el esfuerzo que ha hecho para «sacar las cuentas», para vigilar el pesaje, lo han mareado. No está acostumbrado a esto y seguramente prefiere tironear el rastrillo «cuchariando», todo el día, metido en el agua hasta la cintura, con una temperatura como esta. A eso sí está aclimatado su cuerpo. Ni el esfuerzo físico, ni los rayos de fuego del sol de

enero, ni los fríos, metido en el agua helada, le hacen mella. Para eso nació y se crió en la isla, para eso también la isla endurece.

—Ta güeno con las cucharas. Ta medio bajón el precio.

Tiene sed. La proximidad del pueblo y de los boliches le ha despertado unos deseos inaguantables de tomar caña.

—¡Qué embromar con San Javier! Siempre lo mismo este pueblo.

Tironea un poco más la canoa y clava la estaca en la tierra húmeda para sujetarla con la cadena. Luego baja los remos, el botador y la tabla del asiento, los carga sobre el hombro y camina hacia el pueblo. La mujer y los hijos lo siguen en silencio, como si fueran perros.

Seis, siete cuabras.

Entra en el boliche luego de dejar su carga contra la pared, cerca de la puerta. La mujer también entra tironeando a los chicos que se resisten, hasta que encuentra un cajón y se sienta. Los hijos se le pegan al cuerpo escondiendo la cara en su regazo.

—Deme una caña grande, dos granadinas pa los muchachos y —se vuelve y pregunta a la mujer—: ¿Qué vas a tomar, vos?

—Un anisao —contesta, mirando el techo.

Recostados en el mostrador recubierto de cinc, están cuatro indios con sendos vasos de vino tinto al alcance de la mano. Facciones recias, pero ablandadas por el alcohol; miradas perdidas en el infinito, como si estuvieran permanentemente mirando el pasado señorial y gallardo de la raza, cuando la libertad los ponía frente a todos los rumbos, sin más límite que su antojo.

Apolinario los mira con simpatía. Hay un lazo de sangre y de tradición que los une.

—Terminen y sirvasén otra güelta —los invita.

Brillan los ojos pequeños y negros, que miran como en arco, por encima del tiempo. Las sonrisas son muecas que hacen colgar un poco más el labio inferior.

Beben y vuelven a quedar esperando. Siempre están como si esperaran algo definitivo que borre esa tristeza que se les ha entrado hasta los huesos y que los mantiene callados y mustios.

Llena otra vez las copas el bolichero y siguen bebiendo en silencio porque las palabras sobran para establecer esa comunión de deseos y de sentimientos que los tiene unidos.

Ropas sucias, andrajos que gritan miseria y abandono; músculos desatados en un relajamiento de abulia; dolor desesperanzado. Las alpargatas deshilachadas muestran la piel parda y endurecida de intemperie, los ponchos raídos no evitan los pinchazos secos del frío, que se sienten hasta en las vísceras.

El alcohol sigue entrando un poco de fuego en los estómagos y lentamente los va aislando de la realidad implacable, con mano de verdugo. Mientras, la mujer les ha comprado zapatillas a los chicos y se las ha calzado. Ahora comen

caramelos y masitas y dormitan tirados en el piso de ladrillos, salpicado de escupidos.

Afuera, la noche encogida y hosca bajo los focos del alumbrado público.

II

El San Javier está encrespado. Sus aguas turbias tiemblan al sentir la caricia ruda del viento sur. El cielo se mantiene espeso, como fundido en plomo, y el verde opaco de las costas se esfuma en la atmósfera turbia.

Ahí está Apolinario, demorando los preparativos para la salida. Una pesadez dolorosa le baja desde el cerebro entorpecido por la borrachera de dos días, para dificultarle los movimientos. Ahí también están la mujer ojerosa y desvelada y los hijos acurrucados de frío y de sueño. Y sobre la canoa, una bolsa de harina, dos paquetes de fideos y algunos cartuchos.

Le sobran quince pesos, pero le han robado los remos.

—¡Cómo se va la plata! ¡Parece mentira!

Compró también un acordeón usado por cuatrocientos pesos, cuatro botellas de vino y dos de caña. En el próximo viaje comprará ropa y algún poncho, porque el invierno no perdona a los pobres.

—Ta güeno con la cordiona. Habían sabido estar altos los istrumentos. Vistosos los adornos de nácar de todos los colores, pero el fueye está medio sentido de tanto tironiarla.

Tendrá que «subir» a botador y a pala. Tres días de viaje en contra de la corriente y con este tiempo que amenaza garúa. Lo que sí, han comido asado hasta «quedar petisos» y se han desquitado de los cuatro o cinco meses sin probar carne de vaca.

—Medio aburr'el pescao y las aves... ¡Qu'embromar!

Tiene la boca amarga y la saliva espesa. Una sed persistente le muerde la garganta como si fuera a desgarrarla.

—Podés embarcarte, Juana.

La mujer recoge unos trapos del suelo y sacude a los hijos para que se des-pabilen. Cuando están sentados en el «plan» de la canoa, él la empuja y trepa apoyando una rodilla en el taco. Empuña luego el botador y desde popa lo clava en el barro para impulsar la embarcación siguiendo la costa del río. Le duelen los huesos ahora, como si lo hubieran apaleado. El estómago le pesa.

—No es pa menos.

Escupe en el agua y con el antebrazo echa hacia atrás el aludo sombrero sujeto con un barbijo.

—Loca la indiada cuando está en farra.

En sus oídos ha quedado como grabada la música del acordeón que oyó sin

interrupción durante dos días y su son monótono y agudo le golpea en las sienes como si no encontrara salida.

—Hemos comido y hemos chupao lindo. ¡Lástima que no se pueda gritar a gusto en el pueblo! Estos milicos no sirven más que pa no dejar que se divierta el pobre.

La sed lo apremia. Deja el botador y toma una botella de vino, la destapa y se la empuja para beber a grandes tragos. Reprime una arcada que le contrae el estómago hasta estrujárselo.

La mujer dormita con los hijos en el regazo, envuelta por un poncho raleado por el uso.

El hombre vuelve a empuñar el botador y en cada esfuerzo siente punzadas frías en las articulaciones y en los músculos.

—Hasta que no se me caliente la sangre... —dice desganado, y vuelve a escupir una saliva espesa y pegajosa.

La Loma de las Tortugas.

—Ahá.

Tendrá que permanecer tres días prendido del botador para llegar al rancho. Al rancho y a la vida de la isla, sin más alternativas que doblarse desde la mañana a la noche metido en el agua fría de la laguna, arrastrando y arrastrando por su lecho arenoso el rastrillo «cucharero», que le permitirá juntar fatigosamente las pocas conchas que aún quedan después de tantos rastreos.

Tres días... Y «desganao» como anda, a consecuencia de las libaciones y de los excesos.

—Es dura la güelta.

Por allá, por la boca del Pantanoso, tal vez pueda hacer noche para descansar como necesita su cuerpo. Mientras tanto, habrá que endurecerse y «meterle» al botador.

Se agacha y toma la botella. Tiene seca la garganta y lo molesta esa sensación de calor intenso en el estómago. El frío se le clava en la nuca para correrse por la espalda y estremecerlo.

Luego, esa soledad extendida y apagada que le entra por los ojos y la serenidad del paisaje apabullado y salvaje que lo rodea para contenerlo empiezan a ejercer su influencia poderosa sobre su ánimo, sacudiendo su postración y su desgano.

Tierras indias. Impulso y savia, grito en la lucha y anhelo en la distancia.

Tierra de mocovíes y de abipones, testigo del coraje inaudito de la raza madre, que puso de frente a la adversidad los pechos de bronce, palpitantes y ansiosos. Hosquedad que endurece, retraimiento que entona, silencio que afirma una parquedad equilibrada y recia. El salvajismo hirsuto de sus carrizales dominantes, la imponencia insolente de sus timbós altaneros, de sus laureles arrogantes, de sus ceibales simbólicos, ponen un sello de fe, un temblor de fuer-

za en el paisaje, que entra en la sangre para levantar las frentes. Tiembla expectante el hombre ante su extensión irremediable y desierta.

Sigue ahora Apolinario impulsando con bríos la embarcación rumbo a su destino, con movimientos medidos y firmes, con ánimo renovado. Mientras, el frío implacable aprieta a la mujer y a los hijos que se amontonan envueltos en trapos, en una modorra dolorosa y pesada. Un chajá se levanta lanzando a los cuatro vientos su grito malhumorado y áspero, para conmover el silencio tendido debajo del cielo espeso y chato.

Tres días...

Después, la vida monótona y dura. Largas excursiones de caza, siguiendo rastros, poniendo trampas, auscultando el misterio de los pajonales y de las barrancas gredosas. Perdido en esa soledad infinita, sin más ecos de vida que algún grito salvaje o un rumor perdido en las malezas.

—Ya no van quedando nutrias, ni carpinchos.

Ni «cucharas».

Tendrá que cambiar la ranchada, luego de buscar otra laguna. Siente dejar la isleta de La Tigra, pero no habrá más remedio. El lugar no se inunda porque es alto, pero ya no hay «cómo» y la vida exige sin contemplaciones.

Tal vez en la boca del San Javielito, en la boca del Biguá o por la Ranchada de los Seis Gauchos encuentre un lugar propicio para acampar una temporada. Tal vez le convenga «arrimarse» al Paraná. ¡Quién sabe!

Sigue avanzando Apolinario con su canoa y con su carga que constituyen todo su haber en el mundo, todo su apoyo y su aliento. El camino es largo y allá en la distancia, se diluye la perspectiva en una nebulosa cerrada y tenaz, donde se confunden la incertidumbre y la muerte.

Cierra los ojos y sigue afirmándose en el botador, sin mucha esperanza, resignadamente, pero con entereza macho...

EL EMBALSAO

I

Está viejo don Emiliano Camargo. Y cuando un hombre de su laya ha logrado acumular tantos años sobre su reciura de quebracho, la piel se le ha puesto dura y rugosa y se ha llenado de nudos como el tala, para dar la impresión de que defiende su cuerpo desde afuera de la posible vecindad de la muerte.

¡Linda estampa tiene ese hombre! Alto, firme y rudo, semejante a un esquinero por lo insensible a los tirones. Cuando está de pie frente al río legendario que trae en su seno el rumor misterioso de muchas leguas de aislamiento, parece un símbolo del tiempo con sus rasgos duros marcados en cobre patinado, con su melena hirsuta al viento y sus ojos achicados de tanto mirar la lejanía.

Hace unos diez años llegó a Santa Fe con su pequeña chalana cargada con naranjas y se instaló en el canal de acceso al puerto hasta que vendió su carga. Luego desapareció por quince días y volvió para remontar otra vez el río y anclar definitivamente en la pequeña isla Los Curupíes que compró y pagó al contado.

—Había sabido tener plata el'ombre y no aparentaba.

—Ahá. ¿Y de ande será crioyo?

—¡Vay'a saber, amigo! Por el habla parece paraguayo de a ratos, o correntino, o entrerriano.

—En ocasiones me sabe hacer acordar al finao Arana, qu'en pas descanse. La misma manera 'e decir las cosas qu'el brasileru aquel.

—L'único qu'él dice es que nació en el río, qu'es hijo 'el río.

Y don Emiliano Camargo construyó su rancho en esa isla y varó su chalana como si no pensara utilizarla más y solo la conservara como recuerdo de quién sabe cuántas aventuras. Ahí «se dejó estar» hasta que compró un centenar de ovejas «pa dirse aguantando».

Diez años de vida apacible le han conferido un aspecto sereno, una despreocupación casi rayana en la indiferencia. Se ha hecho patriarcal su figura imponente, porque su gesto perdió esa dureza de alerta que tenía.

Los días van sucediéndose en su vida, con agradable uniformidad. La custodia de las ovejas le da oportunidad para recorrer diariamente a pie toda la isla y para contemplar el río a distintas horas del día, sin lo cual no podría vivir mucho tiempo.

El Paraná...

De él mamó sus fuerzas, su bravura cerril e indómita; de él extrajo su hosquedad y también su blandura; con él aprendió a vivir para adentro, sin palabras, sin gestos; en sus aguas se sintió seguro, como el yacaré, como el carpintero, y nunca le temió a la muerte.

¡Cuántas veces había confiado su vida o su salvación al misterio revuelto de sus sombras!

Recuerda...

¡Bah! Hay veinte episodios en su existencia en los que se entregó al río, acosado por las circunstancias. Y siempre salió bien. Su andar azaroso le deparó muchos sobresaltos; tantos, que llegó a familiarizarse y a jugar con el peligro, solo para darse el gusto de mirar cara a cara a la muerte...

Don Emiliano Camargo no recuerda a sus padres, pero no es raro, porque había olvidado muchas cosas, como consecuencia, tal vez, de sus muchos años o de su trajinar turbulento. También es posible que él mismo se lo hubiera propuesto para independizarse más, para que nada lo piale, ni siquiera un recuerdo «d'esos que saben tironiar a veces al cristiano».

Y tiene todavía mucho que olvidar. Le pesan ahora como cosa vergonzosa los hechos de su vida pasada y desde la conciencia le llegan reproches en forma indefinida, pero que gravitan con fuerza de condena. Implacablemente.

Mientras anduvo por ese río largo y mudo, misterioso y soberbio, no tuvo más preocupación que salvar su existencia del derrumbe y custodiar su libertad de fiera. Los bosques de Misiones, de Formosa, del Paraguay y del Brasil supieron de su alerta; los rincones más oscuros ampararon su ansiedad y con su paz hermética borrarón luego la excitación de la lucha.

Pero ahora ha dejado atrás para siempre la presencia de los gendarmes de frontera. ¡Demasiado tiempo había durado su trato áspero y asiduo! Sus nervios se aflojaron en la calma y la musculatura perdió su tensión de acero.

¡Fiera, amigo, la vida 'el contrabandista!

Tiene un recuerdo candente aún del último entrevero. Ahí está su pierna izquierda soldada en la rodilla, como consecuencia de una bala de máuser recibida cuando le rodearon la ranchada que tenía un poco más abajo de Eldorado. No importa; algo debía perder en una partida que duró tantos años.

Cuando llegan esos recuerdos en sus horas de sosiego, se conmueve y le parece revivir esos pasajes salientes de su andar oscuro.

—¡Ahá!

No sabe cómo dieron con su paradero, si solo los pájaros lo conocían. Cuan-

do acordó estaba cercado y con un agujero en la rodilla por donde salían astillas del hueso y un hilo de sangre negra.

Pudo matar, pero no quiso. Nunca había tirado con ese propósito. Se metió en una zanja y los mantuvo alejados haciendo saltar a tiros pedazos de la corteza de los árboles que los protegían precariamente. Tenía esperanzas en las sombras de la noche que estaba próxima.

Vendió la herida con unos trapos y se ató a la cintura, envueltos en una tira de lona, unos miles de pesos que había podido juntar y esperó haciendo aislados disparos de advertencia a sus enemigos.

Cuando empezó a oscurecer se arrastró por la zanja hacia el río y entró en la corriente sin ruido. Un dolor sordo, que lo sentía hasta en el pecho, le paralizó la pierna.

Nadó «a lo nutria» hacia las sombras. Sin apuros, dejándose arrastrar un poco por el río crecido e impetuoso, hasta que dio con un «embalsao» y pudo meterse en él abriendo silenciosamente los camalotes enredados en apretada maraña. Con las últimas fuerzas que le quedaban, logró tenderse en ese lecho verde para que lo ayudara a mantenerse a flote y se dejó llevar por el río amigo que balanceaba suavemente su agotamiento. Luego se desmayó o se durmió, no lo sabe, pero se abrió un paréntesis de muchas horas en su expectativa. Y cuando se recobró estaba en la costa, envuelto en el camalotal y sumergido casi absolutamente en el agua...

Evocando los días que siguieron, se estremece don Emiliano Camargo. Su abandono de fiera herida, la fiebre y ese dolor lancinante y continuo lo tuvieron en una agonía infernal durante muchos días.

Se había arrastrado hasta un curupí que extendía sus ramazones protectoras a pocos metros del agua y ahí lo mantuvo su impotencia, no sabe cuánto tiempo. En uno de sus pocos momentos de lucidez hundió su cuchillo en la herida infectada, abriendo esa carne tumescente y de contornos morados.

Y volvió a la vida. Renacieron sus fuerzas y su afán de lucha, pero quedó un profundo anhelo de paz aleteando en su ansiedad...

Ahora está ahí, como si hubiera nacido a una nueva vida. Y ha podido arriar un puntal a su soledad endurecida. Algo como surgido allá, detrás de su vida, más lejos del salvajismo fortalecido en el acecho, ha venido a golpear en su corazón para despertar sentimientos dormidos. ¿Cómo encontró la huella?

Un ahijado no es más que un pequeño compromiso contraído, pero es que ese pichón de tigre ha ido ganando su cariño y metiéndose en sus cavilaciones sin que él mismo lo advirtiera.

¿Y luego?

Andando los días, ha arraigado, junto con su profundo afecto, el deseo inconsciente de hacer del muchacho lo que él hubiera querido ser, lo que no pudo ser porque la vida con su implacable impulso lo había embretado en otro rum-

bo, empujándolo con ahínco hacia las sombras. Entonces lo llevó a su lado.

Acaba de cumplir catorce años el muchacho y ya se va perfilando su personalidad fuerte, un poco rebelde, otro poco romántica. ¡Lindo material para hacer un hombre entero!

Desde que está a su lado ha ido formándose en el trabajo, adquiriendo la responsabilidad que da la vida, la serenidad y la fuerza capaz de abrirle paso en la consideración y en la estima de la gente.

—El'ombre ha'í de ser entero en toda ocasión, m'hijo. Como amigo, entero, y como enemigo, entero también, sin retasiarse en flojeras.

—Sí, padrino.

—Y sobre todo, derecho. De una sola pieza, sin güeltas, como estaca 'e sauce.

—Sí, padrino.

El muchacho se mira la punta de las alpargatas y permanece inmóvil, en actitud reservada.

No le hace buen efecto a don Emiliano ese afán de esconder los ojos. Él piensa que hacen eso solo los que temen que a través de ellos se les lea el pensamiento. Muchas veces lo ha hecho cavilar esa costumbre.

Sin embargo, la esperanza y ese deseo profundo nacido en su cariño tardío son más fuertes que sus dudas, que sus reticencias. ¡Lástima que hayan pasado tantos años sobre su «osamenta»!

Sentado bajo el alero del rancho, mientras va sorbiendo uno tras otro los mates que le alcanza el ahijado, su pensamiento recorre los senderos abruptos por donde se golpeó su existencia hecha de sobresaltos. Una aridez irremediable, desalentadora, jalona los días largos de su andar oscuro. Vida sin alientos, sin propósitos, encerrada en un mutismo amasado con resentimientos.

Y ahora que sus huesos le pesan, que sus músculos se han endurecido, que se siente al borde de la vida, le ha nacido esa esperanza que constituye un objetivo, un empuje y hasta una obligación... ¡Cuántos contrastes tiene la vida!

A medida que se ha ido afirmando el deseo de vivir, sintió disminuir las fuerzas y la confianza que lo alentaban. Lentamente, pero con la seguridad de lo inexorable.

Y un día se levantó con el propósito de dejar arregladas «sus cosas».

Oscuro aún, estaba junto al fuego tomando mate. La noche anterior no había dormido y se revolvió en el catre «como perro con sarna».

Cuando se levantó el ahijado, ya estaba listo para salir. Había metido algunos papeles en un bolsillo del tirador, junto con el dinero que tenía.

—Me vas a tener que vandiar, Crisanto. Voy pa Santa Fe y demoraré unos días. Vos cuidarás el rancho y la majada.

—Ta bien, padrino. Vaya tranquilo que todo saldrá bien.

Cruzó el río. En Santa Rosa tomó un ómnibus y poco después estaba en la ciudad que mareaba con su trajinar afiebrado.

Se sentía tranquilo a pesar del sobresalto que le producía ese ir y venir de gente y de carruajes. «¡Apuraos, los puebleros!».

Cuando terminó sus diligencias, se sintió agobiado, como si su resistencia hubiera llegado al límite. Un cansancio invencible, un desgano de muerte lo ató por los cuatro costados, apabullando su ánimo. Hubiera querido estirarse y cerrar los ojos, hasta descargar ese peso de años que soportaba con esfuerzo. Habían pasado cinco días desde que salió de su rancho.

Promediaba la tarde cuando llegó a la estación de ómnibus. Era un día destemplado y gris, empapado en una garúa fina y persistente que había calado sus ropas.

Ocupó su asiento en el colectivo y se estremeció en un escalofrío que le recorrió la médula. Una sensación de ahogo lo mantuvo congestionado y anhelante y sintió mojada de sudor la frente.

Durante todo el viaje, un sopor inflexible lo amodorró, privándole de la noción del tiempo. Le pareció estar suspendido en el espacio, como si su cuerpo no tuviera forma, ni peso, ni consistencia.

Lo «vandiaron» y llegó al rancho, tambaleante, con los ojos enrojecidos.

—Le ha hecho mal la bebida —pensó el muchacho—. Ta medio vejancón p'andar tantos días de farra.

Lo ayudó a tenderse en el catre y luego lo arropó para que «dentlara» en calor.

—Cuando haiga dormido unas horas, se le pasará la mama.

Pero amaneció muerto, don Emiliano Camargo. Una expresión de dulzura había en su rostro surcado por arrugas profundas, cuando el resplandor del amanecer entró en el rancho. Apenas había tenido tiempo para transferir sus bienes al ahijado, única luz que alumbró su vida azarosa y árida...

LA FUGA

Apresuradamente salta de la canoa robada y se interna en la arboleda de la isla. La lancha de la Prefectura, cargada con gendarmes del destacamento de fronteras, acaba de aparecer en un recodo del río y no es cuestión de perder tiempo. Sabe que no tardarán los perseguidores en descubrir la embarcación y en encontrar su rastro, pero dentro de la maleza será otra cosa; ahí podrá, por lo menos, vender cara su libertad y su vida. Además, seis o siete hombres no podrán rodearlo y no cree que se arriesguen a seguirlo, porque saben que está armado y dispuesto a no entregarse. Zacarías Troncoso no se ha entregado nunca a esos perros y es hombre de no aflojar mientras le quede un resuello.

Cae el sol detrás de la fronda de la costa opuesta y se ha encendido el cielo en una exaltación de rojos que se reflejan en las aguas quietas, para irisar el aire transparente de pureza.

Sigue avanzando apresuradamente, zigzagueando por entre los árboles, sin descubrir la orientación de sus pasos. Luego da un rodeo y vuelve a tomar rumbo caminando ahora con precaución para que no sea tan perceptible el rastro. De pronto se enfrenta con un cañaveral, que penetra sin vacilar, llevando un brazo cruzado ante sus ojos para defender la cara. No se cuida del ruido que producen sus pasos, porque sabe que no podrán oírlo sus perseguidores que aún no han alcanzado la costa. Cuando se detiene, percibe claramente las explosiones del motor de la lancha y las voces confusas de los hombres.

Desde el suelo blando se levanta un vaho pesado y húmedo con penetrante olor a moho.

Ahora camina sin apresuramiento porque ya no hay motivos para ganar distancias a costa de su fatiga y porque quiere reservar sus energías para poder hacerle frente a cualquier eventualidad. Ahí, o mil metros más adentro, es la misma cosa. Sigue pensando que no se atreverán a entrar en la maleza detrás de su rastro, pero si se animaran ya se encargará de hacerlos desistir.

Se detiene y examina el winchester. Se palpa el cinto lleno de balas y el 44 que descansa dentro de la cartuchera. Eso, junto con su instinto salvaje y con su audacia, son elementos suficientes para hacerle frente a cinco o seis «milicos»

y obligarlos a abandonar su propósito de capturarlo.

¡Cuántas veces se había visto en situación parecida, sin que lo arredrara el peligro! ¡Cuántas veces había soslayado a la muerte haciendo uso de su serenidad y de su confianza!

Ahora llega con más nitidez el ruido que produce el escape del motor. Sin duda se están aproximando al lugar en que dejó la canoa y es necesario estar atento para entender la maniobra del enemigo y disponer la defensa. Aguza el oído mientras se abre paso dificultosamente a través del cañaverol enconado. Respira con esfuerzo en esta atmósfera asfixiante.

Por el ruido que se aleja comprende que no se han atrevido a desembarcar para seguir sus pasos. Eso le da la seguridad de que saben con quién tienen que vérselas, que conocen su decisión y su arrojo.

Está oscureciendo en la espesura. Un silencio de soledad infinita lo rodea como si quisiera oprimirlo. Solo se oye, de vez en cuando, el batir de alas de algún pájaro que busca su dormitorio y el ruido seco que producen las cañas al rozar sus hojas ásperas.

De pronto se detiene el motor y la quietud se extiende abarcando el río. Zacarías Troncoso hace alto y luego se sienta en el suelo húmedo; saca un cigarrillo y lo enciende.

—Han desembarcado lejos, pero no conviene moverse porque pueden rumbar.

Las sombras de la noche van acentuando gradualmente la oscuridad que se cierra sobre la isla. En el cielo aparecen apenas insinuadas las estrellas, para dar más profundidad a su transparente pureza.

Durante un largo rato todo parece dormido. Quietud y silencio prolongados en las sombras estremecidas de misterio.

El hombre continúa fumando y con el oído alerta. De a ratos se ilumina su rostro con el fuego del cigarrillo. El gesto hosco y la mirada dura se acentúan con el reflejo rojizo y se destacan los rasgos que parecen marcados con tajos profundos. Los minutos pasan lentamente como si se arrastraran en la noche.

De pronto, otra vez las explosiones del motor llegan con su tableteo monótono. Sin esfuerzo advierte que se acercan otra vez, enfrentan el lugar en que él está, y se alejan por donde vinieron. Lógicamente hay que admitir que han dejado algunos hombres apostados en lugares estratégicos y que se vuelven para buscar más gente. Tal vez piensan rodear la isla y estrechar el círculo cuando se haga día.

—Y güeno. Si quieren baile, no les viá mesquinar.

Se tira de espalda sobre la tierra mojada y permanece sin pensar durante un momento. Luego sacude la cabeza y se incorpora hasta quedar apoyado sobre un codo. Piensa ahora que es necesario sacar toda la ventaja que sea posible, sin arriesgar mucho.

Está sereno Zacarías Troncoso. No lo conmueve el peligro que amenaza su vida. Al fin y al cabo, este hecho es una cosa corriente. Andar ocultándose en las malezas como las fieras, vivir en sobresalto aguzando los sentidos, desplegar todo su ingenio y su audacia configuran su diario andar en la lucha por la subsistencia. Es claro que ahora se han puesto sobre su rastro estos «perros» de la gendarmería provincial «que saben ser corsarios», pero él confía en su instinto montaraz y en el conocimiento que tiene de las islas y de los caprichos del río.

Se pone de pie y distiende los músculos elásticos. En seguida vuelve a moverse para avanzar silenciosamente en medio de la oscuridad impenetrable del cañaveral, orientándose con seguridad. De a ratos levanta la cabeza y mira las estrellas que ahora se destacan con nitidez en el fondo azul del cielo. Apenas un leve rumor va produciendo su paso cauteloso.

Luego de un rato sale a un limpio y se detiene para escuchar, mientras su mirada de lince escruta las sombras minuciosamente. Intenso silencio pesa sobre la isla.

Vuelve a caminar sorteando matas de paja brava. Lleva el winchester debajo del brazo derecho y el oído atento. Una tensa expectativa lo mantiene encogido y con los músculos listos para el movimiento imprevisto.

Avanza con seguridad en las sombras, sin descuidar las precauciones. Sus ojos se achican y se mueven incesantemente, como si su mirada quisiera meterse en todos los rincones para descubrir cualquier emboscada.

Ahora se enfrenta con un sauzal cerrado y vuelve a detenerse.

—Estoy a cien pasos de la costa —murmura, mientras se agacha hasta apoyar la rodilla en la tierra.

Concentra toda su atención para estudiar las posibilidades que puede aprovechar. Mide serenamente los riesgos, examina las circunstancias y sus eventuales consecuencias. En su imaginación excitada desfilan vertiginosamente todas las derivaciones lógicas con sus pequeños detalles.

—No hay güelta; si me cercan tendré que morir o entregarme por hambre. Esta es la única salida... Y cuanto antes, mejor.

Deja el arma en el suelo, se anuda la blusa en la cintura y se arremanga la bombacha hasta lo alto de los muslos.

—Vi'andar medio pesadón, pero la corriente me v'a sacar.

Recoge el winchester y se pone de pie. Camina lentamente costeano el sauzal y luego lo penetra avanzando en cuatro pies, sin hacer el más leve ruido. Todo duerme a su alrededor con la profundidad de la muerte; solo las estrellas parpadean de aburrimiento en lo alto de la comba oscura del cielo.

Ahora que va a salir a la costa tiene que extremar las precauciones. Pueden estar distribuidos los hombres y en acecho detrás de algún mogote.

Se tira boca abajo y respira profundamente durante unos minutos. Luego se arrastra con movimientos pausados como un reptil herido, hasta que llega a la barranca y se detiene agitado.

Ante sus ojos penetrantes está el río quieto que se extiende y se pierde en las sombras. El cielo profundo abre un paréntesis de serenidad en la noche, madre de esa calma adosada al infinito.

Zacarías Troncoso afloja los músculos para descansar ampliamente, apoyando la cabeza sobre un brazo. Su respiración se normaliza lentamente.

Sigue pasando el tiempo con uniformidad imperturbable, como si marchara cauteloso para no interrumpir el letargo de esta naturaleza pujante y bravía, dominadora y huraña.

El hombre permanece tranquilo como si no pesara el peligro sobre su ánimo. Esta es su vida de contrabandista, de delincuente, de rebelde, y está en su camino. Sin este excitante, sin esta lucha de fiera acorralada, no sabría cómo pasar los días, no podría quemar esas energías salvajes que lo ahogan. —¡Perros! Yo les viá enseñar...

Se desliza por la pendiente que lleva al río. Con la correa sujeta el winchester atravesándolo en la espalda y entra decidido en el agua arrastrándose. Luego nada suavemente para ganar el centro de la corriente, casi enteramente sumergido. El frío se pone en contacto con su piel para hacerlo estremecer.

Apenas perturba la quietud ensimismada del río con sus movimientos medidos y suaves, pero avanza con seguridad hacia su destino. Pronto pierde de vista la franja oscura de la isla y solo lo rodean la oscuridad y el cielo engalanado de estrellas. Se hace más inquietante su aislamiento, más intenso su desamparo. Su cabeza es un punto negro que resbala en la superficie pulida y apretada en sombras.

Quiere distraerse Zacarías Troncoso. Sabe que tendrá que nadar mucho para ganar la otra costa y que además de su empeño, tendrá que poner todas sus fuerzas en la lucha. El río es implacable con los que aflojan; desdeña a los débiles y los aplasta como a cosa despreciable.

Siente frío. Imprime más vigor a sus movimientos para evitar sus efectos. Además, tiene que impedir que la corriente lo arrastre demasiado.

Quiere imaginar el propósito de los enemigos, pero se distrae porque la correa que sujeta el winchester a su espalda lo está molestando en el hombro. Se encoge para acomodarla mejor.

Sigue nadando a pesar del peso de la ropa y de las armas. Sus brazos y sus piernas se mueven con regularidad debajo del agua, sin producir el menor ruido. Sabe que el río y la noche llevan lejos los ruidos y no quiere aventurarse a sufrir un contratiempo.

El frío del agua le produce ahora una impresión molesta, como si estuviera por acalambarse, como si se le endurecieran los músculos y perdieran la soltura habitual. Alarga más los movimientos y los afirma repechando un poco más la fuerza del agua.

—Si pudiera pitar...

Otra vez siente la correa metida en las carnes del hombro. Por detrás del cuerpo levanta el arma para apoyarla en la espalda. Cuando descuida su accionar, se sumerge enteramente para resurgir en seguida chorreando agua.

—¡Pesao el fierrerío! —exclama, con voz entrecortada.

Regulariza otra vez las brazadas y sigue avanzando en medio de las sombras, un poco acezante ahora. Siente el empuje de la corriente con firme persistencia y el rebullir de los remansos empeñados en dificultar su propósito.

Inútilmente tiende su mirada hacia adelante buscando algún punto de referencia. A pocos metros se cierra su horizonte definitivamente y sin esperanzas.

Otra vez intenta distraerse para desvincular el pensamiento del esfuerzo físico. Piensa en sus correrías, trae desde lejos hechos aislados e indiferentes, recuerda hazañas, pero no consigue abstraerse. Hay un dolor muscular en los brazos y en las piernas, un adormecimiento de sus energías, que ya no puede atribuir solamente al frío.

Le resulta imposible calcular el tiempo que lleva nadando y como consecuencia de ello, no puede establecer el lugar donde se encuentra. ¿Le falta una hora de lucha? ¿Le falta más? ¿Resistirá hasta alcanzar la costa?

El dolor del hombro se ha hecho agudo y le produce la sensación de que la correa ha cortado la carne entrando en la sangre. El frío le aprieta los huesos.

Sigue moviéndose rítmicamente. Ni el dolor ni el frío conseguirán doblegarlo porque su cuerpo y su voluntad están hechos a rigor de golpes, porque él mismo está acostumbrado a llevarse por delante todos los obstáculos para vencerlos.

Al levantar el winchester que se ha corrido, vuelve a sumergir la cabeza en el agua y cuando sale respira dificultosamente, con la boca abierta.

—M'estoy queriendo cansar —dice—. Pesa esta carga y el frío m'está mandando.

Reuniendo todas sus fuerzas consigue equilibrar los movimientos para seguir avanzando en el camino de su salvación.

Pasa el tiempo sin que le sea posible medirlo. Una desorientación inusitada lo perturba, pero su voluntad no cesa en su empeño de mantenerlo firme en la lucha. Sin embargo, se agudiza el dolor de sus músculos y sus movimientos se van haciendo cada vez más torpes y menos efectivos.

Si pudiera ver la costa, le resultaría fácil calcular las posibilidades de conservar sus armas y sus ropas que ahora le pesan extraordinariamente. ¡Son tan indispensables en su situación! Pero ya no puede haber dudas y si no se decide habrá terminado su carrera azarosa.

Desprende con una mano la correa que sujeta el winchester, luego la hebilla del cinto y deja deslizar las armas al fondo del río. Se sumerge y se ahoga con una bocanada de agua que lo hace toser convulsivamente. La respiración se hace anhelante y señala una agitación extrema.

Se mueve con más soltura ahora, aunque el dolor paralizante del hombro persiste y el cansancio se acentúa.

Avanza lentamente hacia las sombras, mientras sus energías decaen y una incertidumbre punzante va minando su voluntad.

—Más vale entregarse al río que a los hombres —piensa.

Al cabo de un rato siente que le pesan las piernas como si fueran de plomo y a pesar de su intento no consigue mantenerlas en posición horizontal. Entonces sus brazos se proyectan hacia adelante buscando un quimérico asidero que lo salve del fracaso y sus movimientos se hacen desacompañados y torpes. Se hunde de pronto y pierde un instante la noción de la realidad...

Cuando se recupera, sus pies se apoyan en el lecho fangoso del río. Camina tambaleante manoteando para no caer y consigue salir a la orilla. Ahí se afloja su cuerpo y se desploma pesadamente, oprimido el pecho de extenuación...

Y de nuevo queda Zacarías Troncoso frente al interrogante de su destino. Mañana, cuando haya recuperado las fuerzas, volverá a la lucha con el mismo ahínco, de cara a la vida. Siempre hosco, siempre rebelde, siempre dentro de la órbita fijada por su instinto de fiera. Hasta que lo mate la policía, o un accidente, o los años...

LA VOZ DEL RÍO

I

Cuando salió de la cárcel compró una canoa con los pesos que había logrado ahorrar en diez años de encierro y de trabajo, cargó en ella un poco de alambre y un paquete de anzuelos, unas mantas y algunas provisiones y puso la proa al norte sin saber adónde iba.

Durante muchos días avanzó penosamente aguas arriba, costeó islas, entró en algunos arroyos. Cuando se sentía cansado o con hambre, acampaba y encendía fuego. Luego de comer algo o de tomar unos mates, permanecía horas inmóvil, sentado o tirado de espalda sobre los pastos, sin pensar en nada, inerte, como si quisiera diluirse en su propia soledad.

Lleva consigo una carga agobiante Antenor Cigena. Ha vivido diez años solo para cumplir un propósito. En su encierro contó los días y también las horas una a una, hasta que se abrieron ante sus ojos deslumbrados los caminos del mundo. Todavía se siente cohibido frente a esa libertad que tanto ansió.

Y no es para menos. Diez años de sombras y de vejaciones apabullan al hombre, lo manejan y lo acobardan. Es poco lo que se salva bajo ese peso de años, a no ser aquello que se supo mantener escondido en lo más profundo de la desesperanza.

Mientras tanto, se ha propuesto «ir tirando», metido en cualquier rincón del mundo, solo con sus pensamientos y con su desgracia. Sabe que el tiempo realiza su obra ineludiblemente y que tendrá que «asentarse» aunque se oponga todo lo que trae de arrastre.

Sigue avanzando hacia el norte como si deseara poner distancia, mucha distancia, entre su vida y el lugar donde perdió todo lo que poseía. Así han pasado dos, tres o quizás cuatro meses y siente que se aproximan los fríos.

Sin embargo, no se detiene. Necesita moverse realizando un esfuerzo que lo sientan sus músculos, no puede prescindir de la preocupación que le proporciona ese viaje sin propósito determinado. Y es que no quiere pensar Antenor Cigena, por lo menos, hasta que consiga despojarse de esa impresión de inercia,

de ineptitud que le dejara la cárcel. Andando a su albedrío, cambiando panoramas, llevando un rumbo impreciso, se va tonificando, se va fortaleciendo, se va amoldando a esta nueva vida.

Ahora está en la costa de esta isla desconocida, asando dos amarillos que acaba de pescar. Se esmera en la tarea para distraerse. La tarde está fresca y el cielo está nublado como si fuera a garuar. Después de comer tendrá que construir un refugio por si acaso, pero cruzará a la isla que tiene al frente donde el sauzal le proporcionará material y reparo. Tal vez se detenga unos días para decidir sobre su futuro.

El rencor acumulado durante diez años parece ahora adormecido frente a esta libertad salvaje que está disfrutando. A medida que los días pasan se va acentuando la emoción de moverse a voluntad dentro de este limitado paisaje de armónica y de recia belleza. Viendo el río encrespado en la furia de sus aguas revueltas y los montes sacudidos por la fuerza del viento enfurecido, ha vuelto a sentirse fuerte, como si la naturaleza que lo envuelve le hubiera entrado en la sangre la seguridad de su destino. Y cuando las noches plácidas extienden quietud y calma en la infinita superficie de plata de la corriente dormida y en la esmeralda oscurecida de las islas que festonean el cielo, cierra los ojos y un amplio deseo de paz borra el recuerdo de ese pasado de oprobio que lo ha llenado de rabia y de recelo...

Rabia y recelo. Y deseos de venganza también, que es la única justificación de sus últimos años. La maldad y la traición lo hundieron en las sombras de una noche interminable y solo descansará cuando consiga descargar toda la fuerza de su odio para castigar la afrenta. Si lo hubiera conseguido absolutamente en aquel día lejano, habría podido morir tranquilo.

Termina de comer Antenor Gigena y pasa el dorso de una mano por la boca intentando alisar el áspero bigote. Se pone de pie lentamente y queda un momento frente al río, con la mirada perdida en la distancia.

—Viá vandiar antes que se largue a garuar.

Carga algunos enseres que tiene en tierra, empuja un poco la canoa y sube de un salto. En seguida empuña los remos y empieza a moverlos rítmicamente y con desgano.

Cuando llega a la otra costa baja un poco para alcanzar un recodo que ofrece más reparo. Ahí hay un rancho agazapándose como si buscara la protección de un curupí de ramazones extendidas. Dos perros flacos, de pelambre hirsuta, ladran con el hocico apuntando al cielo, mientras dos chiquillos harapientos se ocultan en la maleza para espiar su paso.

Un hombre está sentado frente a la puerta «empatillando» unos anzuelos.

—Güenas tardes, la gente.

—Güenas, don. Ayeguesé, si gusta.

Se pone de pie y camina hacia la costa.

—El tiempo anda con ganas y la noche ta cerca —agrega.

—Ahá. Por eso ando buscando ande hacer un reparo pa pasar la noche.

—Atraque aunque más no sea pa tomar unos mates.

Hace muchos días que no ve gente Antenor Gigena, que no habla con un semejante. Tampoco lo deseó en todo ese tiempo, pero ahora siente necesidad de conversar, de cambiar impresiones. Además, ese hombre puede darle algunos informes que seguramente le serán útiles. No tiene la menor idea del lugar en que se encuentra y está quedando sin «provistas» y hasta sin «vicios».

Un fuerte golpe de remos saca la proa de la canoa fuera del agua. Salta a tierra y extiende la mano derecha que el otro roza sin entusiasmo.

—Le viá'cetar la invitación, amigo.

Ha empezado a caer ahora una garúa fina que oscurece el cielo y acerca el horizonte. El cielo bajo y espeso parece una enorme plancha de pizarra. A la distancia se ven los árboles diluidos en un fondo gris.

Entran en la cocina. El dueño de casa le señala un tronco de ceibo.

—Sientesé.

La mujer prepara el mate de espalda a los hombres. Es magra, derecha como un junco. Un vestido oscuro que le llega hasta los tobillos le da aspecto de monje.

La conversación se arrastra pesada, con largas pausas, mientras el mate va y viene y llega la noche con su carga de sombras. Los dos chicos se han tirado en un rincón, junto a los perros. Un candil colgado en la pared irradia una luz mortecina y vacilante que tironea las sombras como si jugara con ellas.

—Sí. Pa este lao queda Empedrao y p'aquel otro, Florencia.

Ninguna pregunta, ni el menor asomo de curiosidad. A ese hombre rudo y hosco no le interesan las vidas ajenas. Su cordialidad un poco dura y su hospitalidad sin doble sentido son casi instintivas, las trae con la raza desde siempre.

Hace poco tiempo estuvo preso por albergar a un prófugo, pero esa circunstancia no lo hizo modificar su manera de ser. Tampoco entiende que pueda procederse de otra manera. Es criollo y es entrerriano; se ha templado a campo como los algarrobos. Áspero, pero noble.

Comen luego un pedazo de carpincho asado y frío. La mujer ha salido silenciosamente llevándose los hijos.

El candil sigue parpadeando con desgano. Afuera, la noche es como una cueva de negrura infinita...

II

Está lejos de Santa Fe. Tan lejos que además de la distancia, lo separan su desgracia, su pasado y su vergüenza. Lejos en el tiempo y en el olvido.

La voz del río con su mensaje de fuerza irrefutable ha puesto sosiego en

su vida, serenidad en su espíritu. Ha hecho renacer su confianza.

Una noble ambición le ha brotado en esa soledad de embrujo; lentamente, pero con la seguridad de lo definitivo. Y lo empuja hacia el futuro llenándolo de esperanzas.

Ahora conoce y entiende esa voz legendaria y firme. Está en la calma extendida en plata espejeante, está en el rugido de la furia desmelenada en marejadas, está en el arrastre impetuoso de las crecientes y en la música profunda y cristalina de su eterno lamer las barrancas.

Y sabe de qué manera ese paisaje exaltado transmite seguridad y crea suficiencia.

Sin embargo, Antenor Gigena tiene que cumplir su destino. Él entró en el río solo para evitar un rodar penoso ante los ojos incomprensivos de la gente, para no mostrar las ruinas de su naufragio definitivo. Quiso aislarse hasta recuperar sus fuerzas y volver luego para que sus manos cumplan ese deseo tan fervientemente mantenido durante diez años; matar para castigar una infamia.

Mientras va entre la maraña de la isla, camino del estero, llevando su escopeta al hombro, trae a tirones el recuerdo de su tragedia y sus detalles sangrantes, para colocarse de frente a todo su rencor y a todo su sufrimiento. Desfilan pesadamente y en escenario borroso hechos, cosas y personas que se mueven como impulsadas por una fuerza mecánica, convertidas en títeres sin alma. Se esfuerza, pero no consigue vincularse con ellas, porque están en un plano inaccesible a sus deseos.

¿Por qué no se conmueve ahora? ¿Por qué no se despierta su rabia y no se crispan sus manos? ¿Por qué está tan lejos de todo aquello que constituyó su más firme aliento?

El ruido de un roce leve surgido del pajonal lo distrae. Se detiene para escuchar con los sentidos alerta y luego continúa avanzando lentamente y con la cautela del cazador. El sol, que asoma su cresta encendida detrás de la franja verde de la arboleda, extiende una entonación dorada en la vegetación dormida y exuberante.

Se está sintiendo ganado por esta nueva actividad. Desde hace unos días se esmera por adquirir la destreza que asegure su éxito, los conocimientos que lo orienten en el misterio de esta naturaleza tan llena de sugerencias.

Ha colocado dos espineles y ha levantado un rancho, indicios de su estado de ánimo. Un continuo trajinar desde el alba hasta la caída de la tarde le proporciona la distracción y el entusiasmo suficientes para sentirse dueño de todas sus fuerzas, de todas sus esperanzas.

Cuando se aproxima a la orilla del estero, da un rodeo caminando cauteloso y agazapado. Luego se tira en el suelo y se arrastra silenciosamente apoyando los codos y manteniendo el arma a la altura de la cara. Siente los pastos mojados y la tierra blanda de humedad. La creciente ha llenado el estero hinchado

de camalotes que muestran la furia de su esplendor.

Se detiene para respirar. Está agitado. Para descansar deja la escopeta sobre la alfombra verde del suelo y simultáneamente siente un golpe en el cuello, debajo de la oreja, que lo hace incorporar alarmado. Sus ojos se agrandan de terror cuando ve deslizarse ondulante una yarará a su derecha, llevando la cabeza en alto. Instintivamente se lleva la mano al cuello y luego abre los dedos donde brillan dos pequeñas gotas de sangre a la luz indecisa del amanecer.

Se pone profundamente pálido Antenor Gigena y su respiración se hace anhelante. Se palpa el cuello y oprime la herida con movimientos torpes.

En seguida se pone de pie bruscamente empuñando la escopeta. Camina dos pasos y descarga los dos tiros casi sin intervalos sobre la serpiente que huye hacia el titoral. Luego sus pies golpean sobre el cuerpo inerte y sangrante convertido en una masa oscura y húmeda.

Lleva otra vez la mano derecha a la herida. La hinchazón se va extendiendo hacia la cara y hacia el hombro con prodigiosa rapidez. Queda perplejo durante un minuto, mirando a su alrededor, como si buscara entre los árboles una salida a su situación de angustia. Sus ojos se desencajan de ansiedad y sus músculos se contraen convulsivamente.

De pronto se vuelve y toma el camino de su rancho que está bastante lejos. Con el caño del arma se abre paso en medio de la maleza, mientras se oprime el cuello con la mano derecha. Camina vacilante, tropezando a cada paso como si estuviera borracho. Ahora, un dolor agudo le sube hasta la cabeza produciéndole una sensación de mareo y un golpeteo pertinaz en las sienas.

Sigue avanzando con la mirada puesta en la distancia, hasta que advierte que ha perdido el rumbo en el apuro. Se detiene y escruta el suelo buscando algún rastro que lo oriente. Gira sobre sí mismo, camina en cualquier sentido y luego se vuelve, fijos sus ojos en los pastos. Por último mira el sol cuyos rayos se filtran por entre las ramazones espesas y toma la dirección opuesta con pasos apresurados e irregulares.

Durante un rato, la respiración acezante va marcando su esfuerzo. Con mano temblorosa recorre la hinchazón de la cara, que ya casi le ha cerrado un ojo y se detiene en la herida donde la piel está tensa como si se fuera a rasgar. Un mareo repentino lo obliga a detenerse y cuando abre los ojos ve como a través de una niebla amarilla. Intenta volver a caminar, tropieza y cae de bruces quedando inmóvil, respirando dificultosamente. Su cerebro se enturbia y pierde por un momento la noción de las cosas.

Sin embargo, se mueve como si tanteara la tierra húmeda y haciendo un esfuerzo desmedido se pone de pie. Ahí queda la escopeta, casi cubierta por los pastos. Avanza tambaleante como si estuviera al borde de sus fuerzas. Los latidos acelerados del corazón lo ahogan y siente la garganta reseca. Se esfuerza para saber adónde está, abriendo apenas los ojos hinchados, y alcanza a ver la

costa y la canoa a cincuenta pasos. Reúne todas sus fuerzas y sigue avanzando vacilante. Una atmósfera roja hay ante sus ojos y los reflejos del río ascienden hasta confundirse con el cielo envuelto en llamas.

En la costa se detiene para mirar la canoa. En seguida da unos pasos y levanta un pie con el propósito de subir, pero cae con medio cuerpo adentro. Se contrae y un vómito de sangre lo ahoga.

Mientras, el sol pone esplendor en el paisaje magnífico del río extendido hasta el infinito...

DESAMPARO

—¿Cuándo se hizo la luna, Ramón?

—Hace seis u siete días.

Ramón está tejiendo un trasmallo debajo del sauce que da abrigo al rancho. Toda su atención está puesta en el trabajo y sus manos morenas y rudas se mueven ágiles entrecruzando y anudando piolines con sorprendente destreza. La mujer remienda unos trapos sentada en una silla baja, contra la pared de paja.

Hace mucho calor en esta siesta de enero. Un calor pesado, con presagios de tormenta. En la quietud del río, el sol reverbera poniendo temblores espejeantes en la distancia diluida en emanaciones vaporosas. Una modorra agobiante inmoviliza el paisaje, como si desde el cielo turbio y lechoso descendiera una fuerza extraña para imponer sus designios.

—Entonces, no puede ser.

La mujer sigue cosiendo y el hombre continúa tejiendo su red. De vez en cuando se interrumpe para escurrir el sudor que le moja la frente

Más allá, debajo de un curupí, jadean dos perros de ojos somnolientos y pelean a manotadas con las moscas dos chiquillos sucios y semidesnudos.

—¿Qu'es lo que no puede ser?

Es desganada la entonación de la voz del hombre.

—Los dolores qu'estoy sintiendo dende hace un rato.

Ramón se vuelve y mira a su mujer que permanece agachada, apoyando la costura sobre el vientre abultado.

—Vos tenés que saber.

—M'está pareciendo, pero si hace siete días que se hizo la luna...

El hombre reanuda su trabajo. Sus manos se mueven como si estuviera pulsando un arpa imaginaria. Suben y bajan, giran y de pronto se crispan en el aire para seguir luego arrancando arpegios que no se concretan. La voz lejana de un crespín aprieta el silencio, como si pretendiera acentuar la tristeza de desamparo que surge de la extensión abatida por el bochorno. El canto se estira, fatigado y doliente, hasta morir en el infinito del río.

—No te vas a querer confiar qu'el rancho 'e doña Úrsula queda lejos.

Un niño se pone de pie y estira sus músculos en un desperezo de gato. Luego camina hacia la costa y entra en el agua para mojar su cuerpo tostado por el sol. Regresa chorreando y vuelve a tirarse al lado del hermano menor que dormita asediado por las moscas.

—M'está pareciendo... Los dolores son juertes. Deja los trapos en el suelo y se fricciona el vientre subiendo y bajando las manos por los costados. Se ha puesto pálida y sus ojeras se han hecho más profundas.

—¿Querés que vaya en busca 'e la vieja? —pregunta el hombre sin interrumpir el trabajo, atento al movimiento ágil de sus manos.

—Pero si la luna...

Recoge los trapos y entra en el rancho caminando un poco agachada. Arregla la ropa del catre y despeja la entrada poniendo la mesa contra la pared. Luego se sienta manteniendo las manos sobre el vientre. Los dolores le congestionan ahora la cara y le impiden respirar libremente, dándole la impresión de que se le acalambraran los pulmones.

Al cabo de un rato llama al marido.

—Se me hace que m'he'quivocao.

—Y güeno. Tendré que dir a buscarla.

El hombre sale y vuelve con dos pedazos de sogá que anuda en la cumbreira, de modo que puedan servir de sostén a la mujer para mantenerse casi en cuchillas. Debajo, en el suelo, extiende unos trapos y sobre estos, un cuero de oveja.

En seguida va hacia la costa y sube a la canoa. Los hijos están todavía tirados debajo del curupí, junto a los perros. Empuja la embarcación y empuña los remos, afirmando los talones en un travesaño del piso.

—¡Y con el calor que hace! —rezonga, mientras hunde los remos en el agua quieta del río y encoge vigorosamente los brazos echando hacia atrás el cuerpo.

La isla está frente a Bajada Grande, pero tendrá que remar más de dos horas para llegar. Doña Úrsula vive un poco más arriba del puerto.

—Con tal de que aguante...

Las carnes pardas del hombre brillan al sol, mojadas de sudor. La camiseta se le pega al cuerpo, haciendo resaltar los músculos del pecho en su constante contraerse. Una quietud pesada y un silencio de espera expectante gravitan en la extensión turbia como un aviso de alerta.

Ramón levanta los ojos al cielo y luego gira la cabeza para fijarlos en el sur. Entre la bruma de la atmósfera cargada de humedad, se levanta, allá contra el horizonte, una sombra oscura medio diluida en la luz enceguedora del día. Se agranda y se eleva lentamente como si surgiera de las aguas grises.

—¡Pa mejor! —exclama el hombre—. Y no v'a demorar en venirse.

Cuando entra en el cauce del Paraná pone la proa un poco aguas arriba para no dejarse vencer por la corriente que se revuelve turbia bajo la superficie en calma. Crujen ahora los remos en el esfuerzo, mientras la respiración se le hace

acezante, como si faltara capacidad a los pulmones. Durante mucho tiempo, los chasquidos acompasados de los remos al entrar en el agua y los resoplidos del hombre van marcando el lento avanzar de la canoa a través del empuje del río que sigue impetuoso su camino de luz y de sombras, de verde y de infinito.

El desamparo de la mujer y la presencia de los hijos en esa soledad de riesgos incitan al hombre en su deseo de anticiparse a la suerte. Su voluntad está en los brazos y su deseo de vencer asoma a los ojos ensombrecidos y duros, que se fijan obstinados en el surco tembloroso y blanco abriéndose hasta perderse en la distancia.

Con el tiempo crece la ansiedad y aumenta la duda. En el horizonte se acentúa y se agranda la tormenta como una amenaza a su esperanza. El cielo se enturbia más y la luz engeguecedora del sol llega como a través de una niebla transparente y sutil.

Redobla su esfuerzo. Las manos se crispan en la madera lustrosa de los remos y las venas del cuello levantan la piel curtida como si se sintieran oprimidas. Con jadeos profundos marca cada golpe, en su lucha abierta contra el tiempo.

—Con tal que aguante...

Casi cuatro horas de remo es mucho tiempo en esa espera. Y si la tormenta se empeña puede dilatarse hasta lo imprevisible. ¿Qué pasaría, entonces? ¿Con qué contraste se encontraría a su regreso?

La mujer es gaucha y es sufrida. Su guapeza criolla la ha puesto muchas veces de frente a los peligros más desconcertantes, sin haber conseguido doblegarla. Tiene más «agayas» que muchos hombres que hacen gala de tal.

Pero...

Esta no es cuestión que se resuelve solo con presencia de ánimo, con coraje. Además, corre riesgo su vida y la de su hijo, dos cosas que él valora en mucho y que constituyen el principal motivo de su lucha, aunque no lo vean alardear ni lo demuestre.

Sus ojos vuelven a fijarse «abajo» sin que los brazos disminuyan la fuerza de empuje. No hay duda de que la tormenta crece de manera alarmante. Una masa color pizarra va ganando altura desde el horizonte y espesándose en tumbos que se revuelven en su seno. De vez en cuando, una luz amarillenta y fugaz destaca sus contornos imprecisos como si quisiera ponerla en evidencia.

La otra costa está lejos todavía y habrá que arribarla a botador durante una hora para llegar al rancho de doña Úrsula. Es claro que la vuelta es más fácil porque la corriente ayuda, pero es que ahora cuentan hasta los minutos. Todo es exceso que pesa como agravante.

La garganta del hombre está reseca, los músculos se le estremecen con espasmos debajo de la piel sudorosa, la cara está congestionada.

Y la tormenta avanza. De a ratos se oye el retumbar subterráneo de un trueno lejano, que parece recorrer la inmensidad en silencio. Sin embargo, la calma

persiste, pero agazapada, alerta, como si estuviera previendo un sacudimiento furioso. El río parece dormido en plata pulida y brillante; las islas, figuras macizas colgando del cielo.

Cuando llega a la costa, tira los remos sobre el plan de la canoa y empuña el botador. Desde el taco de popa lo afirma en el lecho pedregoso de la corriente y echa el peso del cuerpo hacia atrás para impulsar la embarcación aprovechando todas sus energías.

Le duelen los músculos del pecho y de los brazos. Los ha sometido a un esfuerzo exagerado para ganar tiempo. Pero ahora parece descansar con el cambio de ejercicio, aunque la respiración es agitada y el sudor le corre, marcando surcos, por la piel lustrosa de sol.

De pronto siente deseos de fumar. Se arrima a la costa y arma un cigarrillo que enciende con movimientos nerviosos. En seguida vuelve a la tarea de subir la corriente apoyándose en el botador.

—No me v'a dar tiempo.

Cuando mira el cielo, un relámpago encendido rasga la oscuridad revuelta de la tormenta, seguido de otro trueno. La ve subir y agrandarse en su afán de abarcarlo todo.

Con el cigarrillo entre los labios temblorosos, sigue volcando todas sus fuerzas y todos sus deseos sobre el largo palo cimbreante con que impulsa la canoa. De a ratos mira la tierra de la costa para establecer la velocidad con que marcha y frunce más el entrecejo.

—¡Corriente perra!...

Su pensamiento se vuelve a la isla y a su rancho. Ahí está la mujer con el rostro desencajado por el dolor, frente a la incertidumbre, y ahí están sus dos hijos, ajenos al drama que se cierne sobre sus padres, solos y desamparados. Y la tormenta que sube y se extiende, amenazadora e imperturbable.

Nunca ha sido tan pesado y tan largo este trayecto, nunca le ha costado tanto esfuerzo. El cansancio le está adormeciendo los músculos como si estuvieran a punto de agotarse. Solo esa voluntad firme de ganarle al tiempo los mantiene en acción.

Pero ahí está el recodo y pocos metros más allá, el rancho de doña Úrsula.

—Otro resueyo y ya estoy.

Se levanta la proa en cada envión, y los chasquidos del agua que castiga las tablas del piso producen una canción monótona en ese sopor extendido y persistente.

Cuando llega, atraca y salta a tierra. Trepa la barranca a grandes zancadas, manoteando en el aire para mantener el equilibrio del cuerpo. Jadeando alcanza el sendero que conduce a la vivienda y cuando se detiene frente a la puerta no puede hablar.

—La Isabel... la tormenta...

La vieja Úrsula lo sigue con paso inseguro y rápido, arrebujada en su manto color ratón.

—¿Nos dará tiempo ‘e crusar, Ramón? —pregunta, mientras sus ojos fruncidos por las arrugas recorren el cielo.

—Y... no sé, pero si usted se anima, vamos a probar.

—¡Qué no me via’nimar! Total, ya he vivido bastante ¿no le parece?

Su boca plegada se estira en una sonrisa que le cierra del todo los ojos.

Los truenos llegan con más nitidez ahora y los relámpagos se suceden para desgarrar los nubarrones que avanzan dando tumbos en lo alto del cielo opaco.

Cuando llegan a la costa, una brisa encrespada e indecisa se revuelve como si se despedazara o quisiera acariciar la superficie pulida del río. Luego, otra vez la calma.

Entra en la corriente que ahora lo ayudará, dispuesto a aprovecharla hasta donde sea posible. A pesar de que el río lo arrastra con marcada insistencia, sigue aferrado a los remos y con el pensamiento suspendido en el recuerdo de los suyos. Otra vez vuelven a confundirse los chasquidos del ir y venir de los remos y el jadeo del hombre que se dobla y se estira en movimientos rápidos y vigorosos.

—¡Ni en lancha que juéramos! —habla la vieja para distraerlo.

Un trueno prolongado cae desde lo alto y luego se aleja golpeando sobre el lomo apacible del río, hasta apagarse en los cuatro rumbos. Otra brisa se arremolina arrastrándose con desgano, como si temiera romper la calma que envuelve el paisaje.

Pasan los minutos lentamente y crece la expectativa. Solo está presente la lucha, mientras la canoa se desliza veloz hacia la tormenta, buscando el reparo de la isla. El viento se va insinuando con bruscas intermitencias que inquietan el sosiego brillante de la corriente y oscurecen las aguas recelosas. Las descargas eléctricas arrecian como si quisieran sacudir definitivamente el letargo.

El hombre gira la cabeza y mira hacia atrás. Está cerca la punta de la isla que tiene que rodear. Asoma una sonrisa a su rostro endurecido.

—No nos hará nada, vieja. Cuando mucho, nos mojará un poco.

—Si sos un tigre pal remo.

—Ponderan la habilidá ‘el tigre...

Gotas aisladas y gruesas picotean las aguas encrespadas y de pronto, el viento huracanado se contorsiona y se extiende hacia el norte barriendo las marejadas. La canoa se balancea y choca contra las olas para quebrarlas en fino chisperío.

—Empesó el baile.

—Sientesé en el plan, doña, no sea que...

Un trueno ahoga su voz y es como una señal para que la naturaleza descargue toda su furia. Silba el viento, braman las marejadas enloquecidas, chasquea

la lluvia y los truenos apabullan la extensión oscurecida.

La canoa se sacude, sube en la cresta de una ola, para caer luego en un abismo revuelto. Los remos se arquean y los brazos que los manejan tiemblan endurecidos.

Cuando se pone al reparo de la isla y próximo a la costa, disminuye la potencia del viento. Los sauces se desmelenan y crujen las ramazones sacudidas como látigos. La lluvia tiende una cortina gris que borra la distancia.

Media hora después, embica frente a su rancho. La tormenta ha pasado, pero sigue lloviendo con firmeza. Desde tierra ayuda apresuradamente a doña Úrsula que está empapada y temblando y en seguida sube corriendo la pequeña barranca resbaladiza. Se detiene en la puerta, mirando ansiosamente el interior del dormitorio.

—Estamos bien, Ramón.

La voz de su mujer lo tranquiliza. Se aproxima al catre. Ahí está la Isabel sonriente y a su lado, el recién nacido mostrando sus cachetes rojos. En el suelo, sobre unos trapos, los otros dos hijos, con los perros.

—Lo bañé en el río, mientras yovía.

—¿Pa qué me habrán tráido? —dice la vieja desde la puerta—. Esto es lo que se yama una mojadura al cuete.

Ramón toma una botella de caña que está sobre la mesa y bebe cuatro o cinco grandes tragos sin apartarla de los labios.

—El bautismo ‘el río lo hará bien macho —dice, con voz entrecortada, mientras sale a respirar el aire fresco de la tarde.

SE AQUIETA EL JUNCAL

I

Apolinario Traverso limpia la hoja del cuchillo haciéndolo deslizar sobre una pierna de la bombacha y luego lo envaina tanteando detrás de la cintura. En seguida pasa el dorso de una mano sobre los labios y tiende la mirada en la soledad extendida y áspera. Acaba de comer un asado de carpincho.

La bola enorme del sol se oculta detrás del horizonte y sus rayos débiles, encendidos, tiñen el cielo con reflejos purpúreos que se van diluyendo a medida que se elevan en la limpidez acuosa de la tarde. El frío acentúa la serenidad del paisaje, precursora de una helada, y las voces del bañado se alzan desde el juncal cerrado, fundidas, confusas, abigarradas, abarcando los cuatro rumbos sin referencias. Una uniformidad verde y gris hunde su chatura en las distancias despejadas hasta el infinito.

De un bolsillo de la bombacha extrae la tabaquera y arma un cigarrillo, moviéndolo entre los dedos curtidos en el trabajo. Lo enciende con movimientos lentos. Aleteos y graznidos le llegan para rodearlo, mientras aspira el humo picante y fuerte del tabaco.

Se arrebujá en el poncho y aviva el fuego, agregándole unas ramas de las que se amontonan al lado del tronco en que está sentado.

A su espalda está la choza improvisada donde se alberga. Ramas y paja brava. Una veintena de cueros de nutria, con el pelo hacia adentro, cuelgan de las paredes, junto con algunos de carpincho, abiertos, estaqueados con varas.

Con el cigarrillo entre los labios se pone de pie y estira el cuerpo como si quisiera desentumir los músculos. Es de estatura mediana, apretado en carnes, alentado por una reciedumbre elástica, suelta, desembarazada. Gesto hosco, labios finos y sombreados por un bigote ralo y duro.

Entra en el refugio e inmediatamente sale con la escopeta entre las manos. A la luz incierta del crepúsculo examina la carga de ambos caños. Cartuchos para carpinchos, con un balín de plomo ajustado al calibre del arma.

—Hum...

Cierra la escopeta y sus facciones se estiran en un gesto indefinido. Deja escapar el cigarrillo apagado, separando un poco los labios. En seguida mira a la distancia achicando los ojos aindiados.

Deja el arma recostada en una quincha y vuelve a sentarse junto al fuego. Arrima la pava a las brasas y prepara el mate.

Mientras, las sombras de la noche se han cerrado a su alrededor y han callado las voces salvajes y ásperas del estero, pero en medio de ese silencio sin ecos se percibe el latido de la soledad encrespada bajo la limpidez del cielo.

Llena el mate y lleva la bombilla a la boca, fija la mirada en las llamas temblorosas y rojas, que abren un poco las sombras que las rodean.

Hace casi un mes que está Apolinario Traverso en este refugio construido a orillas del estero. Ahí a poco más de cien metros, en el arroyo que lo bordea, está la canoa amarrada en las raíces de un ceibo, recostada en la barranca.

Se vuelve, manteniendo la bombilla entre los labios y mira hacia donde están los cueros, en las sombras de la choza.

—Hum...

Veintidós cueros de nutria, cinco de carpincho. Y tiene doce trampas.

Casi todo el día está metido en el agua, hasta la cintura, recorriendo o poniendo las trampas. Es grande el estero. Grande y «por demás» sucio. De noche recorre el arroyo en la canoa, andando silenciosamente. Atisba en los tapiales, con la escopeta lista para el disparo rápido y certero que meterá una bala entre las paletas de un carpincho. Carne para unos días y un cuero. El estampido, entonces, conmueve la soledad dormida, pero es solo un hecho propio de la época de caza, propio del lugar, un eco del mismo estero, como el grito agudo y penetrante de un chajá.

El frío se acentúa. Lo siente en las carnes y en los huesos, pero no lo conturba. Es profundamente serena la noche y el cielo está transparente y limpio en su azul brillante.

Mueve los palos del fuego y las llamas se elevan abrazando a la pava ennegrecida por el humo. Sigue tomando mate. Veintidós cueros de nutria, cinco de carpincho.

—Ahá.

Casi un mes metido en el agua, soportando el frío cortante de agosto. Durmiendo de a ratos tirado sobre trapos y bolsas, al reparo de la choza improvisada. Solo, en medio de la extensión desierta, que no tiene más voces que las nacidas en su propio seno hermético y misterioso.

Veintidós cueros de nutria.

Se mueve en el asiento y sus músculos se crispan cuando se pone de pie. Retira la pava del fuego y deja el mate recostado en un tronco. Arma otro cigarrillo y lo enciende tomando una brasa con los dedos endurecidos. Camina en cualquier sentido, moviendo con soltura las piernas fuertes. Desde la distancia

le llega el grito áspero de un chajá que vigila en la noche.

De pronto se detiene, se vuelve y entra en el abrigo de la choza. En un rincón, sobre un montón de paja brava está el camastro. Trapos, bolsas y un poncho de lana. Ahí se tira y queda boca arriba, con los ojos abiertos en la oscuridad. De vez en cuando el fuego del cigarrillo derrama un reflejo rojizo que no logra apartar las sombras para concretar las pajas del techo. Siente que le pesan los párpados, pero no quiere dormirse porque sabe que le resultará difícil despertarse dentro de dos o tres horas. Está cansado y apenas ha dormido estas noches que ha pasado acechando, atento el oído y achicados los ojos para descubrir la negrura de los juncales.

Dos, tres, cuatro noches perdidas. Frío y cansancio. Expectativa y rabia contenida.

Tira el cigarrillo por la puerta y levanta la manta hasta la barbilla. Si tuviera un poco de caña...

Irá por el arroyo, en la canoa. El botador lo ayudará a soportar el frío, le calentará la sangre para permitirle entrar luego en el agua helada sin que se le anuden los músculos. Dos horas de botador y más de una hora caminando entre camalotes y juncos, con el agua a media pierna. ¡Y quién sabe cuánto tiempo de espera!...

Se vuelve para quedar de frente al rectángulo impreciso de la puerta y con el propósito de distraerse recorre mentalmente el camino que seguirá dentro de un rato, cauto, haciendo deslizar sin ruidos la canoa, moviendo el botador con lentitud, pero con firmeza. El agua, la canoa, las islas, los esteros son sus elementos. Siempre ha sido cazador y nació como el carpincho, a orillas de un arroyo. Después, el estero y el agua, el frío y la noche, el acecho y la espera.

Pasa el tiempo sobre su desvelo y el cansancio y el sueño amagan quebrar su resistencia. Por la abertura de la puerta puede ver una fracción del cielo estrellado, de un color azul lechoso, lejano y sereno.

Siente deseos de fumar, pero no se decide a sacar las manos que se le han calentado ya debajo del poncho. Si tuviera un poco de caña...

Se hace una nebulosa en su cerebro y su pensamiento se diluye en imágenes borrosas que se superponen y que giran, pero hace un esfuerzo y se recupera. Se mueve en la cama para despejarse del todo. Abre bien los ojos.

—No me vay'a querer dormir...

El estero y el agua, el frío y la noche, el acecho y la espera. Así ha perdido cuatro noches para su descanso y para su sueño. Esta noche puede ser la quinta. Sin embargo...

Otra vez se le cierran los ojos.

Se sienta con bríos y en seguida se pone de pie. Mete la cabeza por la boca del poncho, se pone el sombrero, tantea el cuchillo que conserva en la cintura, recoge unos cartuchos, la escopeta y la linterna y sale para estirar el cuerpo en la noche fría.

Camina con desgano hacia el arroyo, mientras la sangre joven, cargada de soledad y de espera, circula con fuerzas por su cuerpo ansioso para infundirle empuje. Y cuando empuña el botador alisado por las caricias de sus manos rudas e impulsa la canoa sobre la mansedumbre dormida de las aguas, todos sus sentidos, todos sus instintos están alerta para abrirle paso en la noche.

Él y la canoa son una sola sombra que se desliza sin ruidos por la corriente brillante del arroyo. El botador entra y sale del agua y su cuerpo se balancea al compás de los movimientos. Los árboles que pasan a su lado, las matas de paja brava que inclinan su indolencia en las barrancas, van señalando el avance y midiendo su trayectoria.

Quedan atrás la primera curva, el curupí, el ceibo descuajado por el paso de las aguas y la cortada de Las Víboras. Salva la segunda curva, el tapial del árbol y luego los tres laureles.

Sigue avanzando lenta, pero seguramente. Su cuerpo se mantiene tenso y siente la sangre caliente que se escurre debajo de la piel. Otra y otra curva y el tiempo que pasa con lentitud agobiadora rozando su expectativa, azuzando su ansiedad contenida. El frío ya no se detiene en sus carnes.

De pronto un chapuzón lo hace desviar la mirada. A su derecha se aleja un carpincho abriendo las aguas serenas del arroyo, para perderse luego en las sombras. Sigue imperturbable, moviendo rítmicamente el botador, como si su accionar se hubiera desvinculado de su voluntad. La serenidad de la noche es copiosa, el silencio es adusto, cargado de sugerencias.

Ahí está el curupí, y más allá la barranca ensombrecida de carrizos.

—Ahá.

Maniobra para que la canoa se arrime a la costa y deja el botador enterrado en el barro para asegurarla. Mira el cielo estrellado.

Se arremanga la bombacha y se quita el poncho y las alpargatas, que deja sobre la canoa. Toma la escopeta y la linterna, tantea el cuchillo y luego los cartuchos que tiene en el bolsillo. Cuando sus pies se ponen en contacto con el agua fría, un estremecimiento intenso lo sacude. Endurece más el gesto y sigue avanzando hasta trepar la pequeña barranca.

A su frente se extiende ahora el carrizal enmarañado y oscuro. Tendrá que cruzarlo para alcanzar el estero y llegar a las trampas que quiere vigilar. Sabe que ahí le están robando las piezas que cobra, porque ha visto rastros que vienen del lado opuesto.

Sin vacilar entra en la espesura moviéndose como alimaña, con todos los sentidos alerta, con todos los músculos crispados. Los ruidos llegan lejos en una noche serena como esta y es necesario tomar todas las precauciones. Es pesada la marcha; pesada y lenta.

Sus pies se hunden en el piso fofo y húmedo y las hojas ásperas de los carrizos, sus cañas, rozan las carnes produciéndole un escozor molesto. Su ce-

rebros se adormece, pero se agudiza el oído y la mirada penetra las sombras escudriñando todos los resquicios que ofrece el matorral espeso. Su instinto de cazador y de isleño lo guía con seguridad en la noche, mientras en el cielo despejado y profundo se estremecen las estrellas, como si les pesara la luz que las alienta.

Transcurre el tiempo arrastrándose con pesadez sobre la tensión del hombre. La indiferencia del carrizal dormido se funde en la quietud nacida en la tierra hosca.

De pronto sale a un pequeño limpio, donde el agua brilla a la luz tenue de las estrellas. Es el estero.

Se detiene y respira profundamente para aquietar los latidos acelerados de la sangre, pero permanece oculto entre las matas de paja brava. Sus pies están adormecidos, insensibles, como si estuvieran hinchados.

Con la boca abierta y la respiración contenida, aguza el oído. Solo el rumor indefinido de esta soledad agazapada y quieta le llega desde los cuatro rumbos.

Entra sin ruidos en el agua, sorteando camalotes. En seguida gana el juncal, llevando la escopeta debajo del brazo derecho, con la mano cerrada sobre los gatillos. El frío le sube desde los pies y se le anida en los huesos para apretarlos.

Lentamente se escurre entre juncos y camalotes que le aprisionan las piernas desnudas. Lentamente avanza en la oscuridad sin referencias, abriendo con precaución el malezal que le cierra el paso, que le veda la perspectiva. El silencio pesado que lo rodea parece agrandar en la noche el rumor que produce su paso sigiloso, atenuado, vigilante.

El instinto está despierto, todo su cuerpo armoniza su alerta, mientras sus ojos buscan en las sombras para ubicarse en ese mar oscuro y crujiente.

Luego de un rato cuya extensión no puede precisar, se detiene anhelante, afloja la tensión de los músculos y respira con la boca abierta. Está cerca, quizá a cincuenta metros de la última trampa. Permanece quieto para descansar y para serenar la agitación que le levanta acompasadamente el pecho. A sus oídos finos llega un suave chapotear lejano.

—Ahá.

Hay una nutria en su trampa y está a solo treinta metros de distancia. Se mueve para dar el frente al lugar que acaba de localizar y sus ojos se achican como si quisieran penetrar la noche.

Casi de inmediato, otro ruido apagado llega a sus oídos. Más lejano, más indefinido, más extraño.

Se previene más y sus manos se crispan. Estira el cuello y abre la boca, mientras aguanta la respiración.

Pasa un minuto, dos, cinco quizá.

Aprieta la escopeta entre sus manos rudas. Espera, atentos los ojos y los oídos.

El ruido se acerca. Ruido de agua que se mueve y de roce en el juncal.

De pronto aparece una sombra borrosa, que apenas se recorta sobre el cielo claro. Avanza lentamente, moviéndose de un lado a otro. Es un hombre. Frente a la trampa se detiene y en seguida se produce un chapalear agitado en el agua. Luego un golpe sordo y un silencio espeso que se prolonga para aumentar la expectativa.

Y cuando vuelve a recortarse la sombra en todo el alto del cuerpo, Apolinario Traverso levanta lentamente el arma, firmes los brazos, seguros los movimientos, y apunta buscando el pecho. El estampido se sacude y se expande para conmover la lejanía amodorrada en sombras. Se agacha, se corre unos metros y permanece inmóvil, tenso el cuerpo.

Se restaura el silencio. Solo algún chajá grita su alerta en el estero y algunos aleteos rompen la calma.

Hace ademán de encender la linterna, pero se contiene. Prefiere aproximarse describiendo una curva, cauto, silencioso, lista la escopeta entre sus dedos serenos. La quietud se ha restablecido.

Y ahí lo encuentra. Inmóvil, tirado sobre el camalotal. Lo toca con el pie mientras le apunta.

—Ya no vas a robar en trampas ajenas.

Con los pies aparta la urdimbre apretada de los camalotes y deja hundir ese cuerpo inerte. Luego vuelve a cerrar la abertura por donde desapareció, recoge la trampa y la nutria y mira a su alrededor. Ni los juncos están quebrados.

—Que t'encuentren áura.

Se vuelve para desandar el camino. El cansancio le hormiguea en los músculos y siente hambre. Cuando llegue al refugio se tirará en el camastro y dormirá hasta saciar su necesidad desbordada.

II

El sol que entra por la abertura de la puerta y que le da en la cara lo despierta.

Se estira debajo del poncho y se restriega los ojos para despejarse. El día está en todo su esplendor y derrama en el paisaje agreste una tonalidad dorada, agresiva y brillante, que exalta su salvajismo.

Se sienta, se calza las alpargatas y se pone de pie. Extiende el poncho sobre la espalda y sale, un poco deslumbrado por la luz del sol. Mira la sombra que proyecta la choza.

—Son como las tres —se dice—. He dormido lindo.

Mientras se agacha para encender el fuego descubre una mancha de sangre en la bombacha, a la altura de la rodilla.

—¿Será de la nutria o de?...

Hace un gesto que le estira los labios y continúa amontonando ramas sobre un puñado de pajas secas. Enciende un fósforo y se lo aproxima.

—¿Tendré tiempo'e recoger las trampas?

Arrima la pava a las llamas que hacen crepitar la leña y busca el mate.

—Si no me demoro, a lo mejor.

Contra una pared de paja está la nutria, junto a la trampa que trajo anoche.

—Mientras se calienta el agua, la vi'a desoyar.

Entra en la choza en busca del cuchillo y se distrae un momento quitándole el cuero al animal. Cuando termina mete el armazón de alambre dentro del cuero para estirarlo y lo cuelga en la pared del oeste porque recibe el sol de frente. Destripa luego la nutria y también la cuelga de un gancho.

En seguida se sienta en un tronco junto al fuego y luego de limpiarse las manos en la bombacha, prepara el mate.

—No tengo que demorarme —murmura—. Es medio tarde. He dormido como doce horas. Ni que juera rico.

Sonríe y la sonrisa es una mueca que le contrae hacia un lado la boca. Esupe y lleva la bombilla a los labios para sorber la infusión caliente y amarga.

Mira el paquete de la yerba, casi vacío, que dejó en el suelo, junto a un palo.

—Ahá. Tendrá que ser hoy u mañana, a más tardar.

Sí; recogerá las trampas y luego cargará sus trapos, la olla, la escopeta y los cueros y remontará el arroyo rumbo al pueblo. Dentro de unos días tal vez vuelva.

Le brillan los ojos en las sombras de los párpados y siente un hormigueo en la piel caliente, que lo obliga a encrespase.

Unas veinte horas de botador; pero allá, después de ese esfuerzo, está San Javier con sus boliches, con su rancherío, con sus chinas.

Le tiemblan un poco las manos cuando vuelve a llenar el mate.

Se mueve nervioso en el asiento y para distraerse mira otra vez la mancha de sangre que tiene en la bombacha y estruja con la mano libre esa parte de la tela, acartonada y oscura. La otra bombacha está llena de costurones y de desgarraduras.

—Como p'andar entre la gente...

Con ademán desganado se tira hacia atrás un mechón de pelo renegrido que la cae sobre un ojo.

—Ahá.

Está casi desnudo. Necesita bombachas, alpargatas, camisetas y alguna blusa. Tiene veintitrés cueros de nutria y cinco de carpincho y esta tarde recogerá las once trampas que no ha visto ayer.

—A lo mejor...

Sí; le alcanza. También podrá comprar tabaco, cartuchos y un pañuelo para el cuello y le quedarán unos pesos para llevar un asado y unas botellas de vino a casa de algún amigo.

—Siempre que no dentre a chupar apenas agarre la plata.

Podrá volver. Le queda otro mes de invierno. Vale la pena; los cueros están a buen precio. Con ropa y una buena provista, será distinto. Eso de tener que secarse la ropa sobre el cuerpo antes de acostarse, no es nada agradable.

Se vuelve y mira el sol que brilla en lo alto del cielo. Luego fija los ojos en la quietud ensimismada del paisaje que se extiende hasta el infinito, mostrando la uniformidad de su verde sucio y enmarañado.

Sus islas, sus arroyos, su río. Es todo lo que ha visto en su vida, además de algún pueblo de la costa. Agua y cielo, carrizales y cielo, juncales y paja brava, sauces, laureles, ceibos. Soledad salvaje, asperidad extendida a los cuatro rumbos, vida recelosa y alerta.

Deja el mate en el suelo y se pone de pie.

—Es medio tarde. No vi'a tener tiempo.

Arma un cigarrillo y lo enciende. Se pone el sombrero, toma la escopeta y la linterna y camina costeando el estero, hacia el poniente. Sus ojos están puestos en la lejanía, como si buscara una referencia que lo oriente.

Sus islas.

Nació a orillas de un arroyo y se crió en el agua, como las nutrias. Se alimentó de esa soledad, de esta dureza hecha para templar a golpes. La canoa, la fija, la escopeta, el cuchillo y su instinto le permitieron luchar con este ambiente propio de alimañas y de fieras. Su sangre lleva este mismo aliento salvaje que levanta en fuerza inquebrantable esta hosquedad retraída.

Se detiene para arremangarse la bombacha y quitarse las alpargatas que mete en la cintura, debajo de la faja. Luego entra en el agua cubierta de camalotes.

El rancho en que nació, miserable y débil, se levanta sobre una pequeña barranca del Guaycurú. Paisaje ceñido y exuberante, belleza alentadora, colorido rumboso.

Hambre, abandono y miseria templaron su dureza. La intemperie, los peligros, los golpes agudizaron su instinto. Siendo un párvulo aprendió a juntar huevos en el estero, a cocinar en las llamas un pichón de gallareta o de pato cazado entre camalotes e irupés; se ingenió para descubrir y para descolgar un camuatí o una lechiguana, cuya miel dorada y trasparente sorbió luego; aprendió a refugiarse en los días de tormenta, a rumbear en esta soledad sin referencias, aparentemente uniforme. Luego templó el cuerpo y el carácter hasta ponerse a tono con todo lo que lo rodea, hasta anular el dolor, el miedo, el hambre y la miseria. Ahora se mueve con soltura en medio de esta naturaleza erizada y agresiva, con la confianza y la seguridad del gato de las pajas.

Frunce los párpados para mirar el sol que descuelga una caricia tibia sobre el juncal aquietado en una calma amodorrada y honda, mientras sus piernas se abren paso en el camalotal enredado. El cielo está turbio de luz y el paisaje dilata su monotonía expectante bajo un reflejo dorado.

La última trampa está lejos todavía y no es posible apurar el tren de marcha. De regreso tendrá que asar la nutria que tiene en la choza y desollar si encuentra otras en las trampas. No podrá salir esta noche.

—¿Por qué? —se pregunta—. He dormido como para una semana.

San Javier con sus boliches, con su rancherío, con sus chinas. Veinte horas de botador, aguas arriba.

Don Zoilo, el indio Valentín, el negro Aranda.

—Ahá.

La Clorinda, la Ramona...

Cuelga la escopeta en un hombro y saca la tabaquera para armar un cigarrillo sin detenerse. Siente un amargor espeso en el paladar y en la lengua; los labios resecos.

Hace cuatro o cinco meses que no se arrima a un rancho. Desde que entregó la «cuchara», antes de la creciente.

El corazón le golpea en el pecho, la sangre le hincha las venas del cuello y la respiración se le hace acezante, dificultosa. Una ansiedad sorda le aprieta la garganta.

La Clorinda, la Ramona... Cuatro o cinco meses sin arrimarse a un rancho. Días largos y noches cargadas de sombras y de sueños espesos. El abrigo del rancho y alguna salida en procura de un «bicho» que pueda quitarle el hambre. Y la creciente que lo circunda, que lo aísla, que alarga la espera.

Luego el estero, el frío, el acecho en las sombras del juncal.

Le quedan algunos cartuchos, sal y un poco de yerba. Está casi sin ropa.

Vuelve a mirar el sol que se acerca perezosamente al horizonte. Ahora sus rayos débiles encienden el cielo en reflejos rosados que se transmiten al estero bullicioso y alerta. Esta serenidad nacida en el hermetismo de la maraña exalta su vitalidad contenida, excita su ansiedad ahogada.

Su mirada incisiva descubre indicios que lo orientan buscando en el malezal. Las aletas de su nariz se dilatan como si olfatearan el aire liviano y frío.

De pronto se detiene y se vuelve unos pasos.

Ahí está su trampa. Se agacha y la desprende de la estaca que la sujeta. La cierra con cuidado y la cuelga luego de un hombro.

Sigue avanzando con dificultad entre el camalotal que se aferra a sus piernas desnudas. La tarde apacible que se va encerrando para retener las voces confusas y discordantes del estero, que crecen y se multiplican. Decece lentamente la intensidad de la luz y el paisaje duro se retrae, apaciguado y dócil.

Su rancho endeble en la orilla del Guaycurú. La abulia de su padre, la manse-dumbre de entrega de su madre, el mutismo arisco de sus hermanos.

La Juana vive con Almada en la isla Fierro, la María se juntó con el correntino Díaz y no tuvo más noticias de su paradero, la Honoria murió de parto y el Jacinto tiene el rancho cerca de la boca del Saladillo. Casi nunca los ve.

El mismo anda de un lugar a otro, sin «echar raíces» nunca. Caza en invierno, «cucharea» en verano y durante las crecientes grandes, hace alguna changa sacando hacienda de las islas inundadas.

El Jacinto...

—Medio corsario pa lo ajeno.

Otra trampa.

Los camalotes están abiertos aquí, y se ve el agua verdosa. Y una nutria que se debate impotente.

Le da un golpe en la cabeza con el «lomo» del cuchillo, desprende y saca la trampa. Sigue avanzando.

—Ahá.

Ha estado preso dos o tres veces por carnear ajeno. Tiene como cinco hijos y es el mayor de los hermanos.

No hace mucho tiempo que lo «largaron», luego de un año de cárcel. Desde entonces lo ha visto una sola vez.

—De cruce.

Otra y otra trampa.

Está en medio del estero y lo rodea el juncal para perderlo entre sus sombras verdes. Se agudiza el griterío y los aleteos producen un rumor sordo que va a morir en el agua quieta. Los últimos rayos del sol desgarran en sangre el azul del cielo y desde la lejanía llega el latido de esta soledad ensombrecida y arisca, para acentuar el desamparo.

—Aunque me demore...

San Javier con sus boliches, con su rancherío, con sus chinas. El rancho de don Zoilo. Asado, acordeón y vino. Gritos en la noche y la Clorinda que atisba su exaltación desbordada.

Muerde el pucho apagado que conserva entre los labios y escupe una saliva espesa y amarillenta mezclada con tabaco. Siente la sangre caliente circular a flor de piel, mientras los músculos de todo el cuerpo se contraen y se crispan, anhelantes, excedidos.

Otra trampa y otra nutria.

Sonríe cuando se agacha para recogerla.

—Si ese cartucho de anoche lo hubiera gastao antes...

Tiene los pies y las manos entumecidos por el frío, pero el cuerpo le arde bajo la escasa ropa. Su sangre es espesa, está cargada de soledad, de quietud, de silencio. Le pesa en las venas.

Esta noche saldrá rumbo al pueblo. Sus ansias empujarán el botador para que la canoa arribe la corriente, con decisión, con firmeza. Casi dos días, pero al cabo de ellos, podrá liberar sus ansias, podrá volcarse hasta caer extenuado, podrá expeler el virus de este aislamiento sin atenuantes, de esta soledad sin tregua. Asado, vino y gritos que ganarán la noche para perderse en las sombras.

Música de acordeón y de guitarras; carcajadas y camorra, mujeres y caos.

La oscuridad que lo rodea ahora lo aísla más, porque ha reducido el panorama hasta borrarlo, porque acentuó el silencio, porque ha cohibido al juncal hasta aquietarlo bajo el cielo sereno y lejano.

Sigue andando con seguridad y con firmeza, a pesar de la carga que soporta sobre los hombros. Su instinto lo guía, atentos los sentidos.

Y cuando sale del agua, con las once trampas sobre la espalda y tres nutrias en las manos, sus músculos están doloridos y la respiración agitada lo obliga a respirar con la boca abierta. Ha andado sin detenerse durante más de cinco horas. Tiene hambre, pero se siente alentado por un ímpetu que exalta todas sus fuerzas.

Tira la carga contra la pared de la choza y se sienta en un tronco para serenar la agitación que le levanta acompasadamente el pecho.

Las estrellas brillan en la noche azul y el juncal parece dormido bajo el esplendor del cielo que se propaga generoso y amparador hasta caer en el infinito con suavidad diluida y honda.

En seguida se pone de pie y enciende fuego. Prepara la nutria asegurándola en un asador hecho con dos varas y la arrima a las llamas que apenas se insinúan entre palos y ramas. Luego recoge las trampas y los cueros y los lleva a la canoa.

Un silbo suave, indefinido, se prende a sus labios finos para estirarlos y para erizar el bigote. En dos viajes carga cueros, trampas y trapos, amontonándolos en la proa. Ahora, mientras se asa la carne y toma unos mates descansará junto al fuego. No tiene sueño y las leguas de los arroyos que se entrecruzan en apretada urdimbre lo atraen y lo incitan con fuerza imperiosa y audaz. Solo andando se aplacará su sangre.

A la luz de las llamas se destaca la mancha de sangre de la bombacha. La mira y sonríe como con desgano.

—¿Ande le habrá dentrao el chumbo?

En un costado del pecho, seguramente. Él sabe meter un plomo entre las paletas de un carpincho, aún en la noche más oscura. Para eso es cazador y es isleño...

III

El sol que brilla en lo alto del cielo hace reverberar la superficie bruñida de la laguna y estremece el aire cargado de luz y de vapores. Todo el paisaje fragoso, hervoroso, se amodorra bajo el peso agobiante de los rayos de fuego que caen perpendicularmente sobre la tierra cansada, mientras la luz fulgente borra los contornos en la distancia.

Apolinario Traverso ha construido un reparo con ramas y paja brava en la orilla del agua, debajo de un curupí. Es como todos los que utilizó en su vida,

precario, endeble, apenas un refugio. En el interior se amontonan los trapos, las bolsas vacías y dos mantas sobre un colchón de juncos y de paja adosado a la tierra húmeda.

El calor intenso lo ha obligado ahora a buscar reparo en la sombra de la choza, mientras el sudor se le escurre sobre la piel lustrosa y parda de la cara y del pecho estriado en músculos ágiles y fuertes.

Tirado sobre el camastro, desprendida la camisa sucia y desgarrada, respira anhelante el aire caldeado que parece exhalar la tierra. Entre los labios se inclina un cigarrillo apagado, a medio consumir, y la mirada ausente recorre desganada las ramas que se entrecruzan en el techo.

No tiene sueño ni ánimo para levantarse. Tomaría unos mates para poder soportar mejor estas horas de forzosa quietud, pero deja transcurrir el tiempo que parece arrastrarse pesadamente sobre la angustia que se insinúa y que se agranda en su pecho, a medida que se agregan días a su soledad y a su aislamiento.

¿Cuánto tiempo hace que está «cuchariando» en esta laguna?

Un mes, tal vez dos. Muchos días iguales, muchas noches largas.

El agua, el cansancio, el sol que quema la piel expuesta, el calor no consiguen doblegarlo, pero el tiempo implacable va socavando su indiferencia para levantarlo en ansias difíciles de dominar.

En un rincón tiene tres bolsas de «cuchara» limpia y seleccionada y en la costa, dos o tres montones de valvas que tendrá que abrir y limpiar, clasificar y embolsar. Podrá completar seis bolsas, poco más de trescientos kilos.

Se sienta y enciende el cigarrillo que mantiene apretado entre los labios.

Dos o tres días de trabajo y podrá cargar sus cosas en la canoa que tiene amarrada en la costa del arroyo y tomar rumbo al pueblo para vender el producto de su trabajo.

Se pasa el dorso de una mano por la frente para escurrir el sudor que abre surcos brillantes en su piel oscura. Ve humear unos palos junto a la pava, en el fogón que está al pie del curupí y lo acucian las ganas de tomar unos mates que aplaquen su sed y que acorten las horas.

Se pone de pie y sale para enfrentarse con el resplandor que lo obliga a entornar los ojos. Aviva el fuego, pone la pava sobre los palos que abarcan las llamas y prepara el mate, sentado ahora en un tronco.

Dos o tres días de trabajo y estará en condiciones de subir la corriente rumbo al pueblo.

Se mira la bombacha raída y los pies descalzos. Sonríe y su sonrisa es una mueca que le contrae los músculos de la cara.

—¡Cuándo no!...

Vuelve la cabeza para mirar las bolsas hinchadas que se recuestan contra una quinchá.

—Tiene güen precio. Una punta 'e pesos.

Va a calcular lo que podrá comprar cuando venda la «cuchara», pero desiste porque considera inútil el esfuerzo.

—¿Pa qué?...

Retira la pava de las llamas y llena el mate. El líquido amargo y caliente lo reanima.

Cuando vendió los cueros, volvió a las islas con tres paquetes de yerba y un par de alpargatas, luego de más de veinte días de inconsciencia, de desenfrenos, de hartura. Los boliches, el rancho de don Zoilo. Asado, acordeón y vino. Gritos en la noche, amagos de pelea y la Clorinda atisbando su exaltación desbordada, chispeantes los ojos negros, esperanzada y audaz.

Las carnes de las piernas, asomadas en los rasgones de la bombacha, brillan en la luz vivísima del día. —Una punta ‘e pesos.

De pronto se queda con la mirada fija en las llamas pálidas que se elevan temblorosas para envolver los palos.

El Jacinto...

Sacude la cabeza como si quisiera tirar hacia atrás un mechón de pelo que le cae sobre la frente. Sus ojos se endurecen entre los pliegues de los párpados y cripa apenas las manos.

—Sabe ser medio macaco pa lo ajeno. Capás...

Chupa la bombilla.

Hace unos días que la imagen de su hermano gira en su memoria con obsesionante insistencia. De día, mientras arrastra el rastrillo en el lecho arenoso de la laguna, cuando asa algún «bicho» en las llamas, cuando come, durante la siesta. De noche, mientras fuma tirado sobre la tierra húmeda de la choza, cuando se despierta en la noche mordido en las entrañas por algún sueño imperioso.

Lo ve arisco, abroquelado en una hosquedad silenciosa y huraña que lo mantiene aislado; lo ve duro, encerrado, indescifrable.

Cuando venía bajando el San Javier, vacío, agotado, dejándose arrastrar por la corriente, se encontró con Nicanor Ibarra que le contó:

—El Jacinto debe haberse augao u lo mordió una víbora.

Habían encontrado su canoa encajada en un tapial abajo del estero grande. Ahí estaban sus «pilchas» y la escopeta con un cartucho vacío. Había también unos cueros de nutria y uno de carpincho todavía estaqueado.

¿Por qué se le ocurrió ahora, hace unos días, asociar ese hecho con?...

El estero grande...

No se preocupó por verle la cara antes de dejarlo hundir en el agua para cubrirlo luego con los camalotes. La noche era oscura, estaba cansado y tenía mucho sueño. El frío lo apuraba y los trapos y los ponchos parecían llamarlo desde la choza.

Llena el mate y lleva la bombilla a la boca para sorber con ansias el líquido amargo.

En dos o tres días podrá cargar sus «pilchas» y poner proa al pueblo. Tiene más de trescientos kilos de «cuchara»... ¿A cuánto estará? Tiene que haber subido en estos meses.

Está sin ropas y sin «vicios».

El estero está bastante más al sur y se insinúa la creciente. Si demora en salir de ahí, le costará subir la corriente hasta San Javier.

—Es largo el tirón —se dice.

Deja el mate en el suelo y arma un cigarrillo. El sudor le moja las carnes y la ropa se adhiere a la piel lustrosa.

Enciende el cigarrillo y se pone de pie para recostarse en el tronco del árbol. Desde ahí puede ver los pequeños montones de valvas que se exponen al sol, sobre la arena que cubre la costa de la laguna. Tendrá que abrirlas para limpiarlas. Dos o tres días de trabajo.

Encontraron la canoa más abajo del estero grande, encajada en un tapial. Seguramente la corriente la arrastró hasta ahí. Amigos y policías buscaron a su hermano por los alrededores sin dar con él. Ni noticias, ni rastros pudieron orientar la pesquisa. Tampoco habrían puesto mucho empeño.

Si él hubiera alumbrado al hombre con la linterna, antes de dejarlo hundir en el agua para cubrirlo luego con los camalotes, sabría ahora a qué atenerse. La noche, el cansancio y el frío se lo impidieron. Y sobre todo, su indiferencia.

Su mirada se pierde en la lejanía que parece arder bajo los rayos del sol. El pajonal se estremece y desde la tierra asciende un vaho espeso que enturbia el aire. El silencio más enjundioso se extiende hasta fundirse con la distancia y esa calma pesa sobre el paisaje para agobiarlo.

Tira el cigarrillo con brusco ademán y vuelve a tomar el mate y la pava. El sol está alto todavía; tendrá que esperar un rato para reanudar el trabajo. Dos o tres días...

¿Y si fuera su hermano el que sepultó debajo del camalotal, con un plomo en el pecho?

Se achican sus ojos cuando vierte el agua, con mano firme, dentro del mate.

Vuelve a recostar su cuerpo en el tronco del curupí, mientras sigue sorbiendo el mate. Sus músculos están contraídos a pesar de ese aparente abandono.

Ni siquiera tiene una visión borrosa de ese hombre, de su estatura, de su complexión. Solo se preocupó por comprobar su muerte cuando estuvo a su lado y por hacerlo desaparecer para siempre en las sombras herméticas del estero.

Sin proponérselo evoca las facciones, el aspecto de su hermano. Ve su gesto ausente, hosco, retraído; su andar desganado, con los ojos huraños fijos en la tierra. Bajo, hombros levantados, piernas arqueadas y fuertes. El sombrero echado sobre las cejas acentúa su aspereza.

—Medio corsario pa lo ajeno.

Casi nunca lo ve. Las islas son grandes y los ríos y los arroyos van lejos sin

detenerse jamás para tomar aliento; aíslan a los hombres y los separan. Pero tampoco ha sentido necesidad de verlo. El apego del rancho paterno se ha borrado, o mejor, nunca existió; sus padres, sus hermanos, son seres desvinculados, ausentes, casi extraños. En las extensiones desiertas de las islas se vive solo, encerrado en su propio aislamiento, reuniendo todas las fuerzas para no ahogarse en la lucha.

Deja el mate, se pone el sombrero informe y se ata un pañuelo alrededor del cuello mojado de sudor. Camina hacia la laguna con paso lento, como contrariado, pisando la arena ardiente con los pies desnudos y curtidos, mientras los rayos del sol caen implacables sobre sus carnes expuestas.

Frente a un montón de valvas se detiene. Las moscas vuelan en enjambre a su alrededor con zumbido profundo y un fuerte olor de podredumbre lo envuelve y le llena los pulmones hasta saturarlos.

Una quietud dolorosa oprime al paisaje.

El estero grande, el camalotal enredado, las sombras del juncal donde late la vida salvaje y alerta. Profundidad y misterio. Sí él hubiera alumbrado al hombre antes de dejarlo hundir para siempre...

Se agacha y mete las manos en el montón de valvas para empezar a separarlas. El mal olor se agudiza y las moscas grandes, verdes, brillantes, se agitan para acentuar el zumbido que producen las alas. Las hormigas se alarman y se desbandan en desorden.

La creciente se insinúa ya y dentro de unos días la corriente dificultará el arribo de la canoa rumbo al pueblo. El estero está más al sur y el sol arde en la piel desnuda.

De pronto se pone de pie y sacude las manos sucias, fétidas. Tiende la mirada hacia el infinito y su frente se contrae en un gesto duro. Levanta la cabeza.

El estero...

Mira el sol que se deshace en luz. El estero...

Se vuelve y camina hacia la choza. Toma la escopeta, los cartuchos y el «bichero» y se dirige al sendero que conduce al arroyo, donde permanece amarrada la canoa. La piel de la cara le brilla al sol, mientras los ojos se le pierden entre las arrugas de los párpados.

El estero, el cansancio, el sueño y la noche fría. El estampido que estremece la soledad en silencio. El cuerpo inerte que se pierde para siempre en las sombras inviolables del camalotal encerrado y receloso.

Desata la cadena que asegura a la canoa en la costa del arroyo y traspone la borda con movimientos bruscos. Empuña el botador para hundirlo en el agua turbia e impulsa la embarcación aguas abajo, buscando el estero grande. Tres o cuatro horas de marcha y podrá saberlo. No le costará mucho dar con el lugar preciso porque sabe orientarse, aún en los lugares más intrincados, más difíciles.

La corriente del arroyo es firme ahora que ha empezado a crecer y aprovecha

esa ventaja para ganar distancia. La canoa se desliza abriendo con ímpetu las aguas que van a golpearse en las barrancas para balancear los carrizos doblegados e indolentes. Sin atenuantes los rayos del sol hieren sus carnes mojadas y pesan en la nuca y en los ojos. El reflejo del agua lo deslumbra.

El estero...

Pasan a su lado, en rápida sucesión, matas de paja brava, arbustos, raigones descuajados por las crecientes, pasan los minutos en caravana acompasada, impostergable, pasan las barrancas agrietadas y húmedas.

Se hace el vacío en su cerebro para dar paso a la acción de los músculos ansiosos y desatados que empujan el botador en busca del estero. Una inercia imperiosa lo impulsa y su cuerpo se balancea acompasadamente en el esfuerzo, firme, preciso, impetuoso. No siente el calor, ni el tiempo, ni el cansancio; no siente los rayos del sol, ni los mosquitos.

Avanza y avanza.

Y cuando embica la canoa en la costa barrota, la agitación lo obliga a respirar con la boca abierta, sus carnes tiemblan y una palidez profunda le hunde las mejillas.

Toma la escopeta y el «bichero» y salta a tierra. Entra en el carrizal abriendo su espesura, mientras el sol, próximo al horizonte, se diluye en una nebulosa amarilla y opaca. Luego el pajonal hirsuto y casi en seguida el agua y los camalotes.

Se detiene para orientarse. Sus ojos buscan en la uniformidad del juncal encerrado, penetran sus sombras, descubren indicios.

—Ahá.

Avanza decididamente con la mirada puesta en un lugar fijo, anhelante y ansioso.

Un rato después vuelve a detenerse para mirar en derredor.

—Ahá.

Cuelga la escopeta en un hombro y empuña el «bichero» por el mango. Busca con los pies debajo de la urdimbre del camalotal, alerta todos los sentidos y de pronto aparta la maraña, se agacha, mete el «bichero» en el agua y lo encaja con un movimiento brusco. Su gesto se hace anhelante cuando tirona afirmándose en el suelo fangoso.

Aguanta la respiración.

Una masa informe sale a la superficie. Blancuzca, espumosa, desgarrada. Algunos mechones de pelo negro y lacio apenas la cubren. Luego trapos raídos y una que otra hoja amarillenta adherida a esos despojos.

Sus ojos azorados escrutan minuciosamente, buscando los detalles que lo orienten, que despejen sus dudas; pero su empeño fracasa y su ansiedad se ahoga en un profundo suspiro.

Deja escapar el «bichero» y el agua se arremolina y se revuelve. En seguida

el camalotal vuelve a cerrarse moviéndose lentamente y se restablece la calma.

El hombre aspira el aire caldeado y húmedo hasta llenar los pulmones. Mira la extensión monótona y verde que se une con el cielo, allá, en la lejanía. Se aquieta el juncal y el paisaje se retrae para entrar en la noche que se anuncia en los gritos ásperos del estero.

LABERINTO

No deseó volver a la vida de la isla, pero el hambre lo impulsó.

Cuando un hombre sale de la cárcel, no toma rumbo sino al cabo de mucho tiempo. Es necesario volver a aclimatarse a la libertad y readquirir el hábito de resolver por su propia cuenta los múltiples problemas que encierra el diario andar por el mundo. En la cárcel, la voluntad se anula y se pierde la capacidad para la lucha, porque solo se acciona por imperio de disposiciones ajenas.

Recorrió a pie gran parte del camino de la costa, hasta que un camionero se compadeció de su agotamiento y lo alzó para dejarlo cerca de Alejandra. Estaba hambriento y aterido y un profundo rencor lo mantenía con los músculos tensos, como si estuviera listo para el ataque.

Se tiró a orillas del camino sin poder dormir. Ni cigarrillos tenía y el frío lo hostigaba clavándosele en las carnes despiadadamente. Una postración expectante lo tuvo sobresaltado toda la noche.

Ahora es libre. Ha recuperado su albedrío y podrá andar a su antojo, dirigir y disponer sus actos, dar salida a sus deseos. Está en libertad, con todo el mundo por delante.

—Libertá... Libertá...

Pero no le toma sentido a esa palabra por más que se empeña. No puede establecer con precisión cuál es la diferencia que hay entre la vida de la cárcel y la de ahora o la anterior. El dolor, la miseria, los vejámenes, la intolerancia han jalonado su existencia desde que tiene uso de razón, sin alteraciones, casi sin paréntesis. Sufrir y morder los impulsos y las reacciones; mirar la tierra como si solamente ahí pudiera encontrar el imperativo de su destino.

—Libertá... Libertá...

Andar o dejar de andar, luchar o entregarse, vivir o morir. ¿Cuál es su camino? Un cansancio profundo lo aplasta con su peso enorme y a través de los años se ha ido llenando de un odio que le abulta hasta en los dedos, que le muerde los músculos para sobrecogerlo.

Ha nacido en la isla Valentín Gamarra. En una de esas islas que forma la complicada red de arroyos que festonea el Paraná. Dos días de remo saliendo de

Alejandra con rumbo al norte. Soledad sin límite y sin tregua.

Un rancho que llora, por sus rendijas y por sus hilachas de paja, la miseria angustiosa de sus moradores. Sordidez y abandono, en medio de una promiscuidad vergonzosa y desnuda. Siete seres humanos tirados en el piso de tierra, sobre trapos y bolsas que comparten con tres perros.

Ahí creció, junto con sus hermanos: tres mujeres y un varón. Ahí también lo sorprendió el despertar del instinto con sacudimiento imperioso, sin tener la defensa que lo pusiera a cubierto de las acechanzas de la vida, sin tener noción de sus actos. Miseria por los cuatro costados; miseria y sombras.

Interminable sucesión de días y de noches. Hambre, frío, soledad y abandono. El padre en largas excursiones de caza para volver al cabo de algunas semanas trayendo unos cueros y la madre arrastrando pesadamente su desgano infinito, como si fuera una carga levantada en el camino. Pescado asado y mazamorra, mate y mazamorra.

Después, la hermana mayor que tiene un hijo tirada entre las matas de paja brava. Trece años; él, quince.

Entonces huye intuyendo la culpa. Cruza a nado el arroyo y camina a través de los pajales que cortan sus carnes. Está descalzo, casi desnudo, pero el miedo lo aleja del rancho apresuradamente, como una sombra que lo empuja hacia adelante, hacia un destino desconocido. Cruza otro arroyo y otra isla y sigue caminando durante muchos días, hambriento, con las carnes sangrantes expuestas al aire y al sol.

Cuando se detiene comprueba que atrás no queda nada que él pueda sentir. Solo la visión quemante de la hermana mayor, con sus pobres carnes magras tostadas por el sol y su gesto de dolor alumbrando el desgarramiento de su propia sangre, lo perturba a veces.

Anda y anda sin encontrar el aliento que necesita. Como perro sin dueño, arisco y desconfiado. El hambre y los sufrimientos lo avasallan, los insultos y los golpes lo acobardan. Trabaja donde puede por un pedazo de pan, por un trapo con qué cubrir sus carnes, pero no deja las islas, como si solo en ese ambiente adverso y ruin pudiera conciliar sus ambiciones.

Y a medida que los años pasan, se va endureciendo más, por dentro y por fuera.

Es bajo y flaco, casi esmirriado. Los ojos huidizos y el gesto hosco, con el labio inferior colgante, le dan un aspecto de fiera acobardada esperando la oportunidad para dar el zarpazo que la libere de un dominio denigrante.

Se hace hombre y no lo parece. Solo él lo sabe terminantemente, sin lugar a dudas.

Ahora es boyero del gringo Smith. Boyero, peón de patio, ayudante de cocina y hasta mucamo de la patrona. Gana veinte pesos mensuales y sigue acumulando sombras en el pecho. Sueños borrosos, espesos, lo conmueven para

mantenerlo despierto a lo largo de noches interminables; visiones excitantes lo sobresaltan y lo crispan, los ojos abiertos y alucinados frente al silencio sin límite de la isla que se encoge debajo de la noche.

De día anda como en sueños, ausente, distraído. Su afán de aislarse, de mantenerse callado, encerrado en sí mismo, le proporciona gritos y algún empujón.

—¡Movete, haragán!

—¡Habrás que manejarlo con el arriador para que cumplas tus obligaciones!

—¡No ganás ni lo que comés, negro mugriento!

Agacha la cabeza Valentín Gamarra, para fijar la mirada torva en la tierra y las palabras le golpean en el pecho como martillazos

—¡Valentín; vení, barreme el dormitorio!

Ahí va, arrastrando las alpargatas deshilachadas y sucias. Se detiene indeciso en la puerta de la casa.

—¡Entrá y levantá la cabeza! ¿Qué andás buscando en el suelo?

—Nada, patrona.

La mira en los ojos. Son azules, grandes, brillantes.

—Ahí está la escoba.

Está vestida con un batón liviano, casi transparente, que deja al descubierto el cuello y el pecho, los brazos y las piernas hasta las rodillas. Es blanca la patrona y sus carnes son frescas. La nariz de Valentín percibe un perfume suave que le llega hasta el cerebro para oscurecerlo. La cama, con las sábanas revueltas, despide también un olor tibio que lo marea.

—¡Movete, haragán!

Los ojos turbios se abren, extiende los brazos y salta como una pantera sobre la presa. Hay una breve lucha y la mujer grita con todas las fuerzas de sus pulmones. Desde el galpón, viene corriendo el marido con el rebenque en la mano. Esa escena inaudita lo desconcierta por unos segundos, pero reacciona y empieza a descargar golpes sobre la espalda y la cabeza del infeliz, hasta que lo ve caído y sangrante.

Por la noche, en la cocina, Valentín entierra la hoja de su cuchillo en la espalda del patrón, hasta el mango, y huye corriendo a través de la isla en sombras. Otra vez el miedo lo empuja hacia adelante, como si quisiera perderlo del otro lado del mundo...

Luego, cinco años de cárcel.

No sabe si es mucho o es poco tiempo; ni le importa. Él vive a la deriva, empujado hacia el caos por una fatalidad incomprensible.

Ahora siente dolor en el estómago; el hambre implacable se lo estruja.

Se pone de pie y su mirada apagada recorre la soledad del campo, como si quisiera orientarse. El camino donde lo dejó el camión está desierto y no se ve una casa hasta donde alcanza la vista.

Tiene que cruzar a la isla, pero no sabe cómo. La mañana de agosto, apacible

y clara, reanima un poco su cuerpo debilitado por la fatiga, y camina en cualquier sentido para encontrar quien mitigue su hambre, su sed y su cansancio. Los pasos son lentos y cargados de desgano.

Sin saber por qué recuerda a su hermana mayor y a la mujer del gringo Smith. Se le mezclan y se confunden las imágenes borrosas. Algunos detalles giran vertiginosamente en torno suyo, mareándolo, y palabras sin sentido resuenan en sus oídos para excitar su ansiedad. Sigue caminando a través del campo, con el hambre prendido en el estómago y un amargor espeso en la garganta, mientras la caricia tibia del sol pone un hormigueo en su piel lustrosa, haciendo aflorar la sangre.

De a ratos mira hacia adelante y avanza casi mecánicamente, con los ojos fijos en la tierra blancuzca del camino. Su cerebro se agobia con la invasión de imágenes que llegan, lo rozan y se van.

Se detiene y mira a su alrededor. Soledad, silencio y calma.

—Libertá... Libertá...

Añora la cárcel, el camastro sucio, pero con una manta; el loco, la «tumba». Añora los gritos de los guardianes, los empujones, los golpes, las sombras palpitantes y recelosas.

Vuelve a tirarse entre los pastos y cierra los ojos con el propósito de dormirse. La luz del sol lo molesta y se pone boca abajo, con la frente apoyada sobre un brazo.

Pasan las horas sobre su cansancio y golpean su quebranto con mano firme e indiferente. Cuando se incorpora, es de noche y el frío le estremece los músculos doloridos. Siente mareos.

Camina sin propósitos ya; una fuerza instintiva lo impulsa hacia adelante, como si lo guiara a través de las sombras. Luego ve una luz a su frente y ahí dirige sus pasos. Ladra un perro, luego otro y de pronto se ve rodeado por gruñidos amenazantes, pero sigue avanzando insensible y ausente.

—¡Juira! ¡Juira, Capitán! ¡Juira, Barcino!...

Se detiene ante la puerta. Los ojos le brillan a la luz del farol.

—Tengo hambre —dice, con voz oscura—. Quiero comer.

Un hombre y una mujer están ahí. La mujer lo mira azorada desde el fondo de la cocina, estrujándose el delantal.

Se oscurece el cerebro de Valentín. Isla, cárcel, libertad. Algo le golpea en el pecho con ruido seco y acompasado. De a ratos, la luz se pone roja como una caída de sol, como la sangre. Libertad, isla, cárcel.

—Estamos haciendo un guiso. Pase, si gusta.

El hombre se vuelve para caminar hacia el fogón. Valentín ve un palo en el suelo. Es un rayo de una rueda de jardinera. La mujer sigue mirándolo desde su miedo inevitable, temblándole las manos. Se enrojece más la luz y un torbellino le achica los ojos hasta convertirlos en dos líneas oscuras bajo las cejas.

Libertad, loco, agua.

Se tira sobre el palo y lo empuña. Un grito hondo de la mujer sacude el silencio de la noche, pero él ha golpeado con fuerzas en la cabeza del hombre que cae de cara al suelo. Sigue descargando golpes hasta que siente triturados los huesos del cráneo contra el piso de tierra. La mujer ha caído desvanecida.

Respira agitado Valentín Gamarra y sonríe mirando a la presa entregada.
Cárcel, libertad, isla...

LA QUERENCIA

I

En Posadas se detuvo como si ya sus piernas se negaran a seguir andando. Necesitaba dar un «resueyo» a su cuerpo y serenarse para encauzar su vida con sentido práctico y racional.

Siempre había sido aturdido y «sin crus en el mate», según el decir de doña Mónica, su madrina. Vio el mundo con ligereza, sin darle más valor que el que podía asignar al goce que experimentaba en el instante presente. Había vivido sin sobresaltos, plácidamente, como si todo lo que lo rodeaba no hubiera tenido más finalidad que complacer a sus instintos.

Por eso, el golpe que acaba de recibir en pleno orgullo macho, luego de anadarlo, lo ha obligado a considerar la realidad, pero sin contrapeso, con toda la crudeza con que lo cacheteó para ponerlo violentamente en el lugar que le correspondía. La vergüenza no lo deja reaccionar. ¡Y menos mal que ha salvado eso del naufragio!

Hace muchos días que viene mirándose fríamente. Lo que ha quedado de Atanasio Quiroga, el ahijado de los Iturbe, es muy poca cosa. Cuando piensa en ello, una sonrisa amarga le descompone el rostro.

Ve que una cosa es inminente. Si no se afirma con todas sus fuerzas y con toda su voluntad, va a seguir cayendo hasta donde le resulte imposible recuperarse. La pendiente es resbaladiza.

Ahora se siente cansado. La impresión de que ha vivido muchos años en el desamparo le ha quitado las energías hasta el punto de agotarlo para la lucha. Le pesan los años y eso que solo tiene treinta.

Si siguiera sus impulsos o si atendiera a su estado de ánimo, se dejaría arrastrar por la vida como la hojarasca que arrea el viento, sin oponer resistencia, sin que lo preocupase el destino que le impondrá a sus días.

Un desgano de hastío y de desencanto lo posee maniatándolo como si fuera un cordero; pero, por suerte, todavía se siente unido al pasado y vinculado con días claros, sin sombras que lo avergüencen. Y hay afectos que tironean con persistencia.

Se ha detenido en Posadas para restaurar sus fuerzas y para recuperar su confianza. Quiere «asentarse» para tomar rumbo.

Y ahí está. Desorientado y dolorido, triste y decepcionado, mirando a su alrededor, como si temiera ver aparecer la mano del destino dispuesta a hundirlo hasta perderlo en las sombras. Sin un centavo, sin reservas morales. Solo y sin armas, expuesto a las acechanzas de la suerte.

—¿No se siente bien, amigo?

Lo sobresalta la voz que oye a sus espaldas y se estremece.

Está en el puerto, de frente al río de seno verdosos y encrespados en temblorosas monedas de plata. El sol pone vibraciones refulgentes en el aire, extendiéndose como caricia de luz.

Se vuelve con presteza. ¿Qué habrá pensado ese hombre al verlo en esa actitud? Su aspecto resulta un tanto extraño mostrando en su indumentaria en derrota un esplendor pasado que se empeña en manifestar su presencia dolorosa.

—Estoy bien —responde con voz apagada—. Miraba el río...

El hombre lo escruta como si dudara.

—Usted es forastero ¿no es así?

—Ahá. Ando en busca 'e trabajo.

Vuelve a mirarlo el desconocido y su mirada se detiene en la bombacha de gabardina con algunos rasgones y en las botas blanqueadas en el largo camino.

—¿No conoce a naides, aquí?

—No; ando 'e paso.

—Cuente, entonces, con un amigo, si le hace falta.

Donde quiera que uno ande, siempre encuentra un criollo. Y Atanasio Quiroga lo encontró ahí, sin buscarlo, inesperadamente. Es criollo y es pobre el hombre. Dos condiciones que lo inducen a tender la mano cuando es necesario.

—Gracias.

Se sella una promesa con un apretón de manos. Ya no está tan solo.

Esa tarde, a la sombra del rancho, saboreando el mate que ya casi había olvidado, siente la nostalgia de la querencia con dulce pesadumbre. Sus afectos abandonados en un momento de locura lo tiran suavemente con promesas de calma. ¿Por qué habría nacido tan «desorejao»? El peso de la culpa le quita el «resueyo».

—¡Ta güeno!...

Del otro lado del río descende el sol en una exaltación de rojos y de ocres que se funden en armónico deliquio, mientras la franja gris del agua se estremece con dorados reflejos. Una calma melancólica y dulce cae desde lo alto para envolver el paisaje y suavizar sus perfiles de recia imponencia.

—¡Ta güeno!...

¿Por qué se mezcla obstinado el recuerdo de Carmen en la contemplación? ¿Será porque andando al amparo de su belleza picante, había admirado tanto

aquella naturaleza exuberante y procaz? ¿O será que todavía permanece prendida a su vida con raíces de sangre?

Carmen...

Prodigio con hermosa forma de mujer, mandato imperioso con promesas de vértigo. Contraste de amor y de locura, de mansedumbre y de vorágine, de ideal y de vergüenza... Se estremece como si sus manos rozaran aquella piel hecha de pétalos y de sombras. Aún a través del recuerdo y la distancia, su perfume de selva hermética lo trastorna: ¿Qué veneno destilará ese cuerpo impetuoso, arrogante? ¿Qué misterio vigorizará su poder incontrastable?

Queda ahora en el cielo un resplandor rosado diluyéndose en las sombras que avanzan hacia el río. Llega la noche anunciándose en silencio, en quietud adosada a la distancia. Lentamente.

Su desgano se acentúa con la carga del recuerdo que golpea asiduamente en un desfilar inacabable.

Ahí está la estancia y su rancho y ahí está también Concepción del Uruguay, limpia y juvenil, recostando su romántica serenidad a la vera del río que trae el cantar de la selva y el perfume de los campos feraces. Su querencia, sus amores más puros; todo lo que nutrió su vida.

Se ve andando, despreocupado y feliz. Bien montado y rebosando optimismo. Es capataz de don Eulogio Iturbe, su padrino. Es el hombre de confianza, querido como un hijo por ese par de viejos criollos, hechos de pureza y de recicura.

Vida sin sobresaltos. Trabajo y diversiones sanas. Respeto y afectos hondos. Y sobre todo eso, su madre, con su gran caudal de ternura, de comprensión y tolerancia.

Se detiene en la evocación para saturarse ansiosamente de esa santidad sin ostentación, de esa generosidad amparadora y callada. Una ola de sangre le sube a la cara para exponer su vergüenza...

Su juventud pujante y su confianza en la vida le habían otorgado una ligereza irreflexiva, una impetuosidad irrefrenable, que le valiera su fama de «corsario». Pero él no era eso en el fondo; tenía sentido de la responsabilidad y frente a los problemas serios, era el hombre cabal y juicioso, aplomado y ecuánime, que infundía e inspiraba respeto.

Es claro que eso duró hasta que apareció Carmen con la «tropiya» de aventureros que integraban la compañía de «revistas». Recuerda que él estaba en Concepción cuando «debutaron» en un recreo. Lo que no sabe es cómo se encontró con ella, luego de su actuación, en una mesa del bar.

Evoca sus ojos luminosos e inquietos, su boca grande y carnosa, que siempre reía. Lo deslumbró ese aletear de vida, el misterio de aquel cuerpo palpitante. Y se entregó sin lucha, cerrando los ojos y el razonamiento.

Después...

Se le hace pesado traer los episodios que siguieron. La venta de su tropilla,

de su apuro y el dinero de los cien novillos de su padrino que vendió por su orden. Todo fue pasión, olvido y entrega. Entrega vergonzosa, donde fue dejando en jirones su dignidad y su hombría de bien. Se arrastró detrás de esa mujer casquivana e indomable, con la fidelidad denigrante del perro, insensible a los latigazos infligidos por su perversa coquetería. Así desfilaron en esos ocho meses de renunciamientos todas las ciudades y pueblos importantes de Entre Ríos y de Corrientes. Luego pasaron a Uruguayana y se internaron en Brasil, donde se sintió más desamparado. Gente extraña, lengua desconocida, costumbres incomprensibles. Días, semanas y meses, viviendo pendiente de las concesiones con que alimentaba su pasión, mientras sus pesos desaparecían de manera alarmante y se movía en ambientes de perversión, de delincuencia...

Por último, Carmen lo abandonó en Guarapuera, cuando no le quedaba ni un centavo y su voluntad estaba absolutamente quebrada para sobreponerse al golpe. Anduvo errando, sin tener noción del tiempo. Una abulia dominante lo mantuvo insensible a los sufrimientos físicos, para tener presente hasta los detalles de su amor desgraciado y vergonzante. ¿Cómo pudo caer tan bajo? ¿Cómo no reaccionó frente a la afrenta?

Ahora mismo no sabe si será capaz de recuperarse. Su porvenir es una nebulosa. Su vida es algo indefinido y vacío. Solo quedan allá en el pasado sus amores atándolo con lazos blandos pero firmes...

II

Una lancha lo dejó en la isla, frente a Goya, con otros cinco hombres desconocidos. Ha permanecido casi tres meses en Posadas, donde trabajó en algunas changas en el puerto.

Ahora está sereno y solo le queda de ese pasado inmediato un amargor persistente que lo ha hecho un poco retraído. Pero su afán de lucha, su deseo de recuperarse, crece con los días.

Ha llegado aquí lleno de entusiasmo. Las posibilidades son buenas y pondrá todo su empeño para sobreponerse a los sufrimientos y a las privaciones que le impondrá esta vida dura, de trabajo y de aislamiento. Viene a extraer maderas de esta isla, con un contrato promisorio. Esos cinco hombres hoscos y silenciosos están a sus órdenes.

Esa tarde solo pueden improvisar un refugio para pasar la noche y poner a resguardo las herramientas y las provisiones, pero al día siguiente iniciarán la construcción de un rancho que los pondrá a cubierto de las inclemencias del tiempo.

Y Atanasio Quiroga se pone de pie frente al porvenir, con la confianza que le da su ansioso deseo de poder arrojar al viento la vergüenza de su «aflojada». Pero una angustia firme y que no puede soslayar lo mantiene en permanente

sobresalto, como si temiera a lo imprevisto que siempre está en acecho.

La soledad que lo rodea es severa. Los mismos hombres que lo acompañan se muestran ceñudos, encerrados, ausentes. Son dos polacos, un paraguayo y dos que bien pueden ser delincuentes huyendo de la justicia. Ambiente de desconfianza, de alerta, de expectativa.

En seguida el trabajo lo absorbe, lo cansa. Cortan sauce para un aserradero. También harán carbón.

Durante todo el día, los golpes de las hachas sacuden el silencio y su ruido profundo se arrastra hasta perderse en la lejanía de las aguas del río que reflejan la serenidad límpida del cielo.

Mientras, lo alienta el recuerdo de su madre, el afecto de sus padrinos, la cordialidad de los amigos, la serenidad acogedora de la querencia. Y se dobla empuñando el mango lustroso del hacha, sabiendo que su esfuerzo lo aproxima a las cosas queridas y que propicia su reconciliación con el pasado.

El trabajo va amontonando madera, pero no junta a los hombres. Por el contrario; con el tiempo se acentúa el aislamiento de cada uno, como si la soledad los hiciera más recelosos y quisieran defender con hosquedad su desamparo. Nadie se queja, nadie se muestra, nadie habla. Todos trabajan con ahínco, pero encerrados en un mutismo empecinado; comen con la mirada puesta en la tierra. Al atardecer los polacos pescan y el paraguayo caza algunos patos con su escopeta de dos caños. Por la noche se tiran en los camastros de paja y de trapos y los pensamientos sombríos se agitan hasta que el cansancio los envuelve en la niebla oscura del sueño reparador y clemente.

Una ansiedad indefinida, una aprensión latente van fortaleciendo las raíces de esa predisposición agresiva que los separa y que les veda el camino de un entendimiento tolerante y de apoyo mutuo. La monotonía pesada de los días que se suceden gravita también sobre los ánimos pendientes de la incertidumbre.

Quizá esa misma fuerza los impele al trabajo, o tal vez el afán de defenderse de su influencia. Vuelcan sus energías como si estuvieran ansiosos de agotarlas y los golpes de las hachas llevan la fuerza de un rencor que solo se adormece con el relajamiento impuesto por la fatiga.

Por las tardes, mientras el sol se oculta, encendido, detrás de los árboles de la costa santafesina, Atanasio se sienta frente al río para dejarse envolver por los recuerdos que traen paz y que reconfortan. En desfile interminable pasan ante su imaginación excitada todos los detalles que conforman su querencia y las personas que están naturalmente en sus sentimientos. Hay un desborde de nostalgia en sus ojos que están fijos en un punto invisible del espacio.

Y cuando se ve impedido de trabajar debido a la herida que se abriera en un pie con el hacha, se hace angustia su esperanza y su aliento. Los días no pasan y las noches, con su carga de sombras y de silencio, gotean dolor sobre su desvelo.

A la soledad de su abandono se agrega la fiebre que exagera su intemperancia. Una hinchazón progresiva pone tensa la piel parda del pie y una aureola morada circunda la carne abierta para destacar los bordes amarillentos y supurantes. Se agudiza el dolor en latidos lancinantes, mientras una franja roja va subiendo por la pierna hasta perderse en la ingle.

Luego se extravía en la nebulosa de su cerebro. Fiebre y delirio. Arde su querencia y son solo llamas rojas su madre, sus padrinos, sus amigos. Bailotean ante sus ojos abiertos y alucinados y se retuercen en contorsiones, como si se hubieran propuesto desarticular sus huesos. En seguida se borran para reaparecer luego arreados por la muerte, en un campo quemado por el sol.

Los demás lo miran con indiferencia cuando pasan a su lado. Los ojos le brillan en la penumbra del rancho y la cara encendida destaca las ojeras violáceas.

El dolor ha desaparecido. La pierna también ha desaparecido. Pero queda una opresión persistente en el pecho, que lo ahoga.

Luego se produce una calma honda y el silencio se hace más espeso. Empieza a oscurecer lentamente y un desgano invencible le cierra los ojos. Se siente empujado suavemente, no sabe hacia dónde, hasta que cae de pronto en las sombras que lo envuelven transmitiéndole un frío que entra hasta los huesos.

Después, nada...

EL HIJO

I

Ramón mira a Isolina desde la sombra del sauce donde se ha sentado para trenzar unas «guascas». La mirada es fugaz, quizás proyectada a hurtadillas, pero escrutadora y aguda, destinada a descubrir detalles, a penetrar ese hermetismo hecho de todos los misterios.

Esa cara de cutis moreno está más pálida y sus ojos bordeados de sombras violáceas miran como si estuvieran puestos en un futuro impreciso y lejano, desvinculado de todo cuanto lo rodea.

—¿Qu' estará mirando? —se pregunta el hombre, mientras sus dedos rústicos y hábiles se mueven con ágil seguridad manejando los tientos sobados y blancos.

Está cosiendo unos trapos, sentada a la sombra que proyecta el rancho.

Él conoce ese género de algodón floreado que mueve entre sus dedos demorados y cautelosos. Es el que le trajo en uno de sus viajes a San Javier y con el que ella se confeccionó la pollera que estrenó en el baile de los Troncoso, hace como cinco años.

—¿Cuántas batitas habrá sacao?

La cara está manchada en las mejillas, en la frente y en los pómulos; y los ojos son más profundos ahora. La boca ancha y de labios carnosos tiene un gesto de expectativa, de ruego, tal vez de promesa, que da al rostro un aire de inquebrantable ausencia.

Ramón quiere distraerse y mira el cauce del río que pasa ahí, al pie del sauce, con oscura mansedumbre. Luego levanta la mirada y la sumerge donde el gris sucio de las aguas se confunde con el cielo en el horizonte bordeado por el festón verde de las islas de vegetación exaltada en la fuerza de la primavera. Una suave brisa del este encrespa apenas la corriente para cubrirla de escamas de plata que brillan al sol.

La canoa parece dormida en la quietud de la tarde, sumida en un infinito de

luz y de olvido. Como si quisiera despojarse de una honda fatiga que inmoviliza su estructura pintada de rojo.

Los tientos siguen entrecruzándose movidos por los dedos curtidos del hombre, mientras la mujer da una puntada tras otra, bajando y subiendo el brazo incansable, con armoniosa prestancia. El mismo hermetismo, la misma hondura, el mismo aislamiento. Y destacándose, ese vientre ostentoso y soberbio, que señala un destino.

—Ahá. Cinco años...

Y más de seis que Isolina está a su lado, que es su mujer.

Ramón entrecierra los ojos y sus brazos diligentes quedan como suspendidos en el espacio en actitud de duda, de inseguridad.

Seis años...

Ya habían perdido la esperanza de tener un hijo. Pero una dulce armonía, hecha de silencios prolongados y de aquiescencias, había alentado esa vida oscura y áspera, fortaleciendo esa unión sin exaltaciones, pero con raíces que se ahondan con el correr de los días. Él no lo extrañaba ya y había dejado de pensar en ello. Además, con la Jacinta vivió diez años sin tenerlos. Diez...

Se estremece su cuerpo vigoroso y sus manos descienden hasta posarse sobre las piernas, con los dedos crispados. Sus labios se aprietan y un gesto hosco le marca las facciones con señales profundas.

—¿Haberá tenido, después?

Sabe que la Jacinta vive con Zoilo Gómez, en la costa del Guaycurú; pero no ha vuelto a verla, ni conoce pormenores de su vida.

Su mirada se agudiza cuando vuelve a fijar los ojos en su mujer.

El mismo hermetismo, la misma hondura, el mismo aislamiento. Ella vive en su mundo íntimo y ha tendido una cortina que la preserva. Pero ¿qué hay en ese mundo? ¿Qué la rodea, qué la sustrae?

Tira al pie del sauce la cabezada que está trenzando y endereza el cuerpo. Ella levanta la cabeza y lo mira como desde el sueño.

—¿Querés unos mates, Ramón?

—¿Cuánto carculás que te falta, Isolina?

—Y... será como un mes, me parece.

La ve distraerse otra vez en su ocupación y su impaciencia lo desborda.

—¿Cuándo vas a terminar con esos trapos?

—Tengo que hacerle alguna ropita, aunque sea con trapos viejos, Ramón. No lo podemos criar desnudo.

Hay sorpresa y dolor en su voz.

—Mi hijo, nuestro hijo...

—Ahá.

Se interna en la isla sin ningún motivo. Las matas de paja brava lo rozan con ruido áspero mientras camina con paso apresurado.

Su vida es eso, siempre ha sido eso. Andar días y días lejos del rancho, poniendo trampas para las nutrias, siguiendo rastros de carpinchos, acechando lobitos. O acampando a orillas de alguna laguna para recoger «cuchara», o haciendo una changa de a caballo durante las crecientes. Y la mujer sola en el rancho esperando su regreso.

Sola... Seis años, diez años...

—¿Y si la Jacinta hubiera tenido hijos, áura?

Quiebra una rama de ceibo al paso y estruja las hojas entre sus dedos curtidos en los remos.

—En la costa del Guaycurú. Un día de botador.

Se detiene y se vuelve de pronto para desandar el camino.

—Un día de botador.

Ahí está la mujer, ensimismada y absorta. Sus ojos bordeados de sombras violáceas miran como si estuvieran puestos en un futuro impreciso y lejano, desvinculado de todo cuanto la rodea.

Toma el botador y empuja la canoa hacia la corriente, con una rodilla apoyada en el taco. Mientras, el sol se ha deshecho en reflejos purpúreos, allá, contra el horizonte.

II

Hace casi una hora que espera en el patio, moviéndose impaciente y nervioso, sin encontrar sosiego. Desde el interior del rancho le llegan quejidos ahogados y palabras entrecortadas, que mantienen su expectativa. Mientras, aviva el fuego, donde una olla con agua despide una tenue nube de vapor que se diluye en el aire.

Esa angustia que no puede dominar le oprime el pecho y lo obliga a encender un cigarrillo tras otro.

De pronto, se asoma a la puerta del rancho y ve a Isolina en el catre, pálida y con la mirada fija en el techo de paja. Más allá, sentada en una silla rústica, está la vieja Flora fumando un cigarro de hoja, mientras sus ojos fruncidos vigilan los gestos de la mujer.

Se vuelve para sentarse debajo del sauce, junto al perro jadeante. Enciende otro cigarrillo.

—Seis años...

—Ha demorado, pero áura yega.

La Jacinta sigue sin tener hijos. Él lo ha comprobado. Nunca tendrá hijos. En cambio, la Isolina...

Se estremece porque una sensación de frío le recorre el espinazo. En seguida sonrío y una expresión de placidez le aclara la mirada que fija en el infinito del río adormecido en la profundidad de la tarde quieta. Ahora también sus ojos parecen

puestos en un futuro impreciso y lejano, desvinculado de todo cuanto lo rodea.

Isolina y su hombría templada en el rigor del río y de las islas. Isolina, él y el hijo, como símbolos de una fuerza nacida de la tierra para proyectarse en el tiempo.

El hijo...

Ahora se siente más entero, más hombre. Ahora posee el impulso que agranda, el estímulo que lo convertirá en apoyo y en guía.

Se pone de pie Ramón Mendoza, y tira el cigarrillo entre los pastos. Respira profundamente el aire cargado de humedad que le llega desde el río y su sangre impetuosa le hincha las venas del cuello y de las sienas.

Su amor ha madurado y la vida se afirma a su empuje. El hijo es el estallido de esta misma vida que lo rodea, pertenece a la exaltación de esa naturaleza custodiada por el río. Isolina y él son hijos de las islas y ahí nació esa fuerza que los une.

Seis años...

—Ha demorao, pero áura yega.

Es más amplio el panorama que lo circunda, es más vigoroso el latido de la soledad que ha venido moldeando su parquedad y su silencio. Río y cielo, islas y cielo, vida alerta y lejanía.

Un grito lo sobresalta. Demora en recobrase.

Corre hacia el rancho y entra atropelladamente en la penumbra acogedora de su amparo.

El grito se repite, más agudo, más profundo.

Ve a la vieja Flora moviéndose al lado del catre revuelto, con el pucho a un costado de la boca. Está nerviosa, agitada y sus manos sarmentosas y oscuras palpan con impaciencia.

—Esto s'está poniendo fiero.

Se agrandan los ojos de Isolina y la cara enrojecida refleja su dolor intenso. La respiración agitada le levanta el pecho acompasadamente, mientras la cabeza se mueve de un lugar a otro sobre la almohada.

El tiempo transcurre pesadamente, como si se arrastrara sobre la angustia del hombre. Los minutos golpean, implacables, su miedo terrible...

—Esto s'está poniendo fiero.

Las palabras brotan en medio del silencio, se alzan y se dilatan para llenar la estrechez oscura del rancho. Luego, la respiración de Isolina, cada vez más suave, empieza a diluirse hasta que se funde con la quietud nacida en la isla y en el río...

NIEBLA

I

La canoa avanza pesadamente, costeano el río que semeja una inmensa lombriz metálica, brillando a la luz fulgurante del sol del mediodía. A su paso va dejando una estela blancuzca que se abre en abanico para ir a morir contra la pequeña barranca en breves estremecimientos brillantes, erizados de resplandores ígneos. El cielo se enturbia en una claridad lechosa, vibrante y tensa.

La calma pesa sobre la corriente y se proyecta hacia las islas que muestran sus carrizales cargados de un agobio inevitable y tenaz. Enero vacía toda su inquietud sobre el paisaje acobardado y hosco.

Sin embargo, el hombre sigue balanceando el cuerpo en movimientos mecánicos y rítmicos y descargando su peso sobre la cimbreada y larga vara del botador que empuja la embarcación corriente arriba. A pesar del calor, del sol y de su desgano; a pesar de la niebla espesa que le embota el pensamiento y que le comprime la voluntad quebrada. Por debajo del ala del sombrero informe, se proyecta su mirada turbia y opaca, que se pierde en los reflejos del agua, mientras las aletas de su nariz se mueven anhelantes para dar paso al aire caldeado y húmedo que emana del río en calma.

Silencio y distancias desiertas empinándose sobre el infinito; desgano y salvajismo apuntalando el paisaje duro.

Hace días que Agenor Gamarra vendió la «cuchara» en San Javier: cinco bolsas, con cuatrocientos treinta kilos. Mil quinientos cinco pesos.

—Medio bajón el precio.

Sobre el «plan» de la canoa lleva cinco kilos de harina, dos de yerba y uno de grasa. Más allá, tres botellas de vino, un par de alpargatas número seis y una caja de cartuchos.

Eso es todo. Días interminables expuesto al sol, metido en la laguna para arrastrar y arrastrar el rastrillo, soportando el asedio de los mosquitos, el hambre, la intemperie, la soledad implacable. Días y noches sin la voz de un aliento, sin el estremecimiento de una esperanza y con esa carga de sombras que ha ido

acumulando inexorablemente sobre la aridez de su destino.

Eso es todo. Y además, ese relajamiento de todos los músculos que marca un desgano de entrega, esa opresión que atenaceaba su cabeza, esa sensación de vacío en el estómago que lo obliga a tragar saliva.

Tres días de inconsciencia. Vino y caña y música de acordeón. Gritos ásperos y desafiantes y carcajadas que sobrepasan el bullicio para ganar la calle. Tres días de ansiedad desbordada, de arrebato incontrolado, para compensar tanto silencio y tanto aislamiento transcurridos sobre su abandono.

Agenor Gamarra mira la «provista» y luego el río que se extiende hasta el horizonte borroso, viboreando entre el malezal de sus costas. Largo camino bordeado de carrizos y de paja brava, con algún curupí y algún ceibo levantando apenas su humildad desmedida sobre la aspereza de la maraña.

Le arden los ojos y siente la garganta reseca. Sus manos se deslizan a lo largo del botador como si lo acariciaran; su cuerpo sigue balanceándose en el esfuerzo y el sudor le marca surcos brillantes en la cara.

—¡Qu'embromar con la cuchara!...

Vuelve a mirar los paquetes y las botellas y sus facciones aindiadas se estiran en una mueca que quiso ser sonrisa.

—¡Cómo pa salir de apuros!...

Lo distrae el aleteo de una gallineta que grita su alarma mientras corre por la costa buscando refugio en el pajonal hirsuto.

—¡Cómo se va la plata!...

La mujer tendrá alpargatas, los hijos comerán torta asada durante unos días y habrá yerba para el mate.

Pero el río está creciendo. Dentro de poco no se podrá entrar en las lagunas para extraer «cuchara». Esos cartuchos proporcionarán carne para un mes.

Después...

—Ahá.

Los latidos de las sienas lo aturden y siente que los músculos de los brazos se le acalambran. El calor lo ahoga.

—En los tres curupices...

Levanta la cabeza y achica los ojos para mirar a la distancia.

Allá, contra el horizonte, se levantan tres arbolitos que parecen agrupados para defenderse de esa soledad extendida y hosca.

El botador se afirma con más fuerza en el barro de la costa y la canoa alza la proa gallardamente, como si de pronto sacudiera su hondo letargo. El río se abre con pereza a su paso impetuoso, mientras el agua chasquea en las tablas pintadas de verde.

—En los tres curupises vi'acampar.

La sed le muerde la garganta. Mira las botellas de vino que brillan al sol con reflejos morados y mueve la lengua en la saliva espesa, como si quisiera borrar

esa impresión quemante. Las fuerzas nacen a impulsos intermitentes de su cuerpo embotado, para seguir empujando la embarcación hacia la sombra entrevista por su profundo desgano.

Tres días de inconsciencia, de gritos, de música de acordeón han agotado sus ansias acumuladas, lo han despojado de la angustia sorda recogida en la soledad endurecida de las islas. Está vacío y sin ánimos para moverse.

Un esfuerzo más y está frente a los tres árboles. Maniobra y embica la canoa en el barro de la costa, deja el botador apoyado en la borda y salta a tierra con las botellas en las manos.

Se tira en seguida en la sombra protectora de los árboles, cara al cielo, y cierra los ojos enrojecidos. De todo su cuerpo fluye un cansancio aislante que lo mantiene inmóvil y con el cerebro vacío, mientras el sudor le corre por la cara brillante y por el pecho, que deja ver la camisa entreabierta.

Todo el paisaje está en letargo. El sol y esa quietud de muerte pesan sobre la chatura salvaje, erizada de pajonales abigarrados de misterio, que va a fundirse con el cielo, allá en el horizonte lejano.

Indiferencia y silencio; hondo latir de la soledad hecha de sombras. Islas. Solo el canto triste de un crespín llega de a ratos para perderse en el infinito sin ecos y sin voces...

II

Agenor Gamarra abre los ojos y estira el cuerpo para desentumir los músculos doloridos. Una oscuridad espesa lo rodea. Solo el cielo muestra la serenidad brillante y abismada que le permite destacar su transparencia.

Se pasa una mano por los ojos y por la frente para despejarse y su mirada va y viene por las sombras. Ahí está la cinta plateada del río, imperturbable en su quietud de sueño.

—Ahá. Los tres curupises.

La «cuchara», los tres días de inconsciencia y esa pesadez que le pone plomo en el cuerpo y brumas en el cerebro. La «provista».

Está a más de diez horas de botador de su rancho y persiste su desgano y esa sed que lo viene martirizando desde que salió de San Javier, hace dos días.

—¿Dos? ¿Cuántas horas habré dormido?

Cinco kilos de harina, dos de yerba... Y el río está creciendo firmemente. Un kilo de grasa, un par de alpargatas para su mujer y una caja de cartuchos. Mil quinientos pesos.

Se apoya en un codo y luego se sienta. A su lado ve brillar las botellas. Toma una y la destapa utilizando el cuchillo que extrae de la cintura. En seguida la apoya en los labios y la empuja para dejar escurrir por su garganta ardiente el líquido fresco y áspero.

Vuelve a tirarse en el suelo húmedo, mientras una náusea le contrae el estómago. Mira el cielo estrellado, a través de las ramazones que se extienden como si quisieran protegerlo.

—Han de ser como las dos.

Diez horas de botador aguas arriba y está sin comer.

—No le hace. Es mejor viajar con la fresca.

Se sienta, toma la botella y bebe hasta agotar el contenido. Casi inmediatamente siente la sangre correr a flor de piel para dejarle una sensación de hormigueo excitante.

Se pone de pie estirando todos los músculos doloridos y torpes. La cabeza le pesa y se pierde en un rápido mareo.

Ahí está el río y ahí está la canoa como soportando el cansancio de muchas horas de marcha. Más allá, los carrizales herméticos perdiéndose en las sombras de la noche, del otro lado de la corriente en calma. El río y las islas, los arroyos que se abren paso entre los pajonales ásperos y la soledad sin límites son el marco de su vida, el eco de su propia dureza.

Sacude su desgano. Toma las botellas y empuja la embarcación para trepar apoyando una rodilla en el taco. Empuña el botador y sus fuerzas dispersas se amoldan a ese movimiento que lo llevará rumbo a su rancho. Los chasquidos del agua le llegan para mantenerlo alerta.

El río y las islas. Su cuna, su apego y el camino de toda su vida. Sus ojos se achican buscando en las sombras, su nariz se abre aspirando el perfume agrio de las aguas. Hasta sus latidos más íntimos están ligados a ese salvajismo que lo levantó en fuerzas y que lo moldeó a influjo de una fuerza implacable, exaltada por un aislamiento sin tregua.

Cruza la corriente y entra en la cortada del Salado. La canoa se desliza por el arroyo dormido, rozando las pajas crujientes que se inclinan sobre las aguas en actitud de abandono. Una sensación de fuerza nacida de la sangre lo mantiene firme sobre las piernas endurecidas y con las manos crispadas sobre el palo lustroso del botador.

Tiene hambre, pero le han renacido las fuerzas y se ha retemplado su ánimo. La sangre ardorosa le golpea en el pecho y pone ardor en la piel de todo el cuerpo, tenso en el esfuerzo. Los músculos desbordan todas las ansias, mientras el sudor se escurre en gotas por la cara y por el pecho.

Agenor Gamarra se alza como una expresión emocionada sobre sus propias fuerzas. La canoa, el arroyo, y esa soledad dilatada, que palpita en medio de un silencio dolorido y hondo, apuntalan su dureza y su impavidez y marcan su camino en las sombras.

La «cuchara», la «provista», el vino y la música áspera de un acordeón. La creciente que se insinúa como una amenaza. La mujer, los hijos endureciéndose en la intemperie, en el hambre y en la indiferencia...

Siente que el cerebro se va oscureciendo y que la sed se agudiza. Los movimientos uniformes y vigorosos se han hecho mecánicos.

En seguida deja el botador y destapa otra botella. Vuelve a beber con ansias un trago tras otro. Los ojos se le nublan cuando se agacha para dejar la botella en el piso de tablas y se sienta quedando con la cabeza inclinada sobre un hombro, los ojos cerrados.

Una claridad rosada viene recorriendo las sombras desde el este y en el lecho del arroyo nace una niebla tenue y transparente que se extiende luego sobre la aspereza de las islas, rozando los pajonales para tender una caricia que atenúa su ensimismada dureza. El cielo va trocando en gris su azul profundo y desde todos los rumbos llegan voces que hacen vibrar el aire quieto, abriendo en tajos el silencio.

La canoa se desliza aguas abajo ahora que ha quedado libre de la fuerza del hombre, impulsada por la corriente que se esconde en la serenidad del arroyo sumido en una calma de sueño.

El hombre se estremece y se yergue como si quisiera oponerse a la modorra. La sed persiste y la sangre sigue golpeando en el pecho y en las sienas.

Recoge la botella y la empina hasta que la vacía, apoyada en los labios. A su alrededor solo hay agua y cielo y una niebla que lo envuelve y que lo levanta para perderlo en el espacio sin límites. La «cuchara», la «provista», los hijos endureciéndose en la intemperie, en el hambre, en la indiferencia...

Cae boca abajo sobre el «plan» de la canoa y queda inmóvil. Mientras, el alba florece en púrpura y engalana con su luz exaltada el despertar de las islas...

LA MESMA SANGRE

I

Hace casi treinta años que está don Isauro Vargas en esa isla recostada al San Javelito. Son poco más de dos mil hectáreas que compró a seis pesos cuando nadie se interesaba por poblar esas soledades, cuando no se creía posible utilizar esas tierras cubiertas de paja brava y de carrizales, para algo útil. Es claro que esa decisión suya le costó preocupaciones y sacrificios. Aunque ya de por sí, naturalmente, era sobrio y necesitaba muy poco para satisfacer sus necesidades, los compromisos contraídos lo obligaron a extremar sus economías, hasta privarse de mucho de lo indispensable.

Pero está satisfecho. Ahora es propietario del «campito» y posee unas cuatrocientas vacas. Es decir, tiene un «pasar» y puede vivir tranquilo los años que «le quedan».

Sesenta años de edad no son muchos para un hombre como don Isauro

De poca estatura, de cuerpo enjuto, apretado en músculos de acero. Viéndolo sobre el caballo o prendido del lazo en el precario corral, se diría que solo tiene treinta. Tal es su fuerza y su agilidad, tal su prestancia y su confianza en la propia suficiencia.

Ahí está el puesto, como él llama modestamente a su pequeño establecimiento de campo. Tres ranchos de paja, bien contruidos y limpios, proporcionan albergue a su familia y al peón; y un galpón del mismo material protege las escasas herramientas que posee y los arneses y aperos de uso diario. Más allá, un corral y al lado el «chiquero» para los terneros de las lecheras. Después, soledad y silencio en todos los rumbos, hasta muchas leguas de distancia.

Vive feliz don Isauro Vargas. Todo eso es producto de su trabajo y de su honestidad criolla. Sus ambiciones están cumplidas. No necesita nada más, ni quiere otra cosa.

—Con esto tienen pa seguir trabajando los muchachos cuando yo pase a ser un ricuerdo.

Porque, indudablemente, los muchachos han de seguir apegados a este pedazo de tierra salvaje que los vio nacer y que los templó al rigor de su dureza ensimismada e inquebrantable.

Son tres los hijos. Todos machos, derechos, de un solo corte, bien plantados y parejos en el proceder.

—La misma sangre.

No podía ser de otra manera. Los Vargas no tuvieron tacha y los Altamirano «supieron ser respetaos pal lao de San Javier», donde nacieron y se criaron. Además, esa educación encuadrada en las más puras tradiciones gauchas, de preceptos inflexibles, tenía que dar sus frutos, máxime cuando se predica con el ejemplo.

¿Qué más puede ambicionar un criollo? Por eso es feliz don Isauro, son felices los hijos y la mujer.

Doña Natividad es la única mujer en la casa, la única en muchas leguas a la redonda, pero no lo siente, ni siquiera lo nota. Sin embargo, por esa circunstancia o quizá por influencia de ese ambiente endurecido de salvajismo, encrespado de soledad, ha adquirido con el correr de los años un aspecto hombruno y tiene desplantes que, por su vigor y por su energía, desentonan ostensiblemente con su condición de representante del sexo débil. Se cuenta que una tarde en que estaba sola con el peón, este, aprovechando esa oportunidad que había esperado durante mucho tiempo, le hizo una proposición ofensiva e intentó abrazarla. De un salto se puso fuera de su alcance y lo miró serenamente.

—¡Ahá! ¿Ansí que te querés aprovechar de una pobre mujer indefensa?

Y en un arranque colérico, descolgó un arreador que pendía de una rama del curupí que protege el rancho y haciendo alarde de una energía desconcertante, azotó con la lonja trenzada al atrevido, hasta sentir dolor en los músculos del brazo.

—Agarrá tu cabayo y andate antes que yegue Isauro, porque te v'a degoyar a l'oveja cuando s'entere.

Nunca se supo el rumbo que había tomado el peón.

Pero detrás de esa apariencia dura y despiadada, había un corazón rebosante de amor y de ternura. Sus manos anchas y rudas supieron de caricias tiernas y su voz áspera y seca ordinariamente tiene inflexiones de emocionada suavidad para curar una herida, para entonar el ánimo abatido por algún contraste. Fue y sigue siendo un puntal en su hogar. A ella acuden los hijos y aún don Isauro con su maciza reciedumbre, cada vez que necesitan un consejo orientador o un aliento en la lucha diaria.

Sí; da gusto ver la armonía y la solidez de esa familia, a pesar del aspecto hosco y reservado de cada uno. Aunque solo se cruzan las palabras indispensables para entenderse, están unidos por el fuerte lazo del cariño, por el respeto, la consideración y el entendimiento. Y hay fuerza imponderable en esa unión,

proyección solidaria y firme.

El rigor del ambiente los ha endurecido por fuera y la soledad los ha hecho parcos y un poco reconcentrados, pero llevan adentro un caudal de bondad y de honestidad sin ostentación, que les ha dado jerarquía y les ha valido la consideración de cuantos los conocen.

Indudablemente, se destaca dentro de ese conjunto vigoroso y templado, la personalidad bien definida de don Isauro, que ha sido el molde donde se fundieron las características salientes y las cualidades típicas de cada uno.

Y ahí, en ese ambiente donde se refugian, quién sabe por qué imperativo de la especie, hombres con profundas taras que desnaturalizan su condición humana, con raras desviaciones morales que conspiran hasta contra las leyes del instinto, don Isauro Vargas, sereno y recio, ha sabido mantener y sustentar un amplio sentido de la vida, donde imperan luminosas las más puras tradiciones de la raza y su inmovible entereza. El tiempo le ha ido afirmando ese prestigio, para igualarlo a su fama de hombre guapo, cimentada en todas las circunstancias en que necesitó esa condición criolla.

—¡Lindo hombre, don Isauro Vargas!

Entero y gaucho.

—Pero que no vayan a querer hacerle una mala jugada, porque ahí dentro a desconocer hasta a los amigos.

—Ahá. Y tiene razón, porqué él nunca usa de malas mañas pa tratar con la gente.

—Dicen que anda por estas inmediateces, el tape Insaurralde.

—¡No me diga!

—Ansí me lo han asegurado.

—Malo que se yegue a encontrar con don Isauro.

—Eso he pensao.

Hay una historia vieja y trágica, en que los apellidos Insaurralde y Vargas andan unidos en boca de la gente del pago y de todos los alrededores. Una historia que ha adquirido, con el correr de los días, contornos de leyenda y que ha puesto emoción en todos los fogones y en todas las ranchadas, desde hace muchos años.

—¿Y cómo ha caído por acá?

—A trabajar en las tropas que hay que sacar por la creciente.

—Ahá.

Tres Insaurralde y dos Vargas han muerto ya en pelea en los últimos cuarenta años. En la más reciente, hace como quince, quedaron los dos contendientes muertos, uno al lado del otro, acribillados a puñaladas. Todavía, cuando la gente refiere ese hecho, se ve la emoción pintada en los ojos y no es para menos. Tanto odio, tanta saña habían puesto los dos en eliminarse, que no se cuidaron

de la defensa. Tomados de las ropas con la mano izquierda, se los vio entrar y sacar el cuchillo del cuerpo enemigo, hasta que quedaron sin fuerzas por haberse desangrado. Ahí nomás se doblaron las piernas y cayeron, prendidos como estaban, en un gran charco de sangre confundida inseparablemente para entrar en la tierra voraz y reseca.

—Siempre que s'encontró un Vargas con un Insaurralde, hubo por lo menos un muerto.

—Ahá. Parecen destinaos a'cabarse peliando las dos familias. Ya van cinco.

II

Esta última creciente dejó rastros dolorosos en los pobladores de las islas. Como siempre.

La gente no quiso creer en ella hasta que la avalancha los cercó de tal manera, que les hizo casi imposible y riesgosa la salvación de los animales que guardaron. Hacía más de veinte años que no se veía otra igual, pero ni esa circunstancia justificaba la falta de decisión que originó el desastre. El hombre es excesivamente confiado en la providencia, máxime cuando una medida preventiva importa gastos y esfuerzos estimables. Siempre encuentra pretextos para seguir esperando.

—Esta isla es alta pa que l'alcance cualesquier creciente.

—Pero es qu'esta no es cualesquier creciente, por lo que se ve.

—Hace dos días qu'están estancadas las aguas. Aura empearán a bajar.

—Dios l'oiga, don.

Y el nivel de esa enorme masa turbia volvía a subir. Lentamente ganaba las barrancas y se volcaba extendiéndose en los campos bajos. Los arroyos insignificantes y mansos se convirtieron en torrentes que descuajaban árboles y que rugían y se revolvían en borbollones oscuros.

Ahí empezó el apuro. Se juntaban apresuradamente las haciendas para llevarlas a los lugares altos y las canoas se cargaban con los terneros que no podían seguir moviéndose en ese barro pantanoso que se había formado debajo del agua. Los hombres andaban todo el día y gran parte de la noche, con las ropas mojadas y con los caballos deshechos en el esfuerzo.

Por el cauce rumoroso de los arroyos se veían pasar boyando algunos animales muertos, confundidos con los camalotes y con los árboles que arrastraba la corriente impetuosa. Era impresionante ver cómo se extendía el agua hasta convertir las islas en un mar donde solo emergían las ramazones deshilachadas de resaca.

Pero se mantenía todavía la esperanza de que se detuvieran ahí las aguas. Los lugares altos y las lomas podían contener a todos los animales para esperar

la bajante. Los más prudentes sacaron con algunas pérdidas sus animales hacia San Javier, Alejandra y Romang, donde los campos estaban ya sobrecargados de hacienda que se volcaba hambrienta hasta en los callejones. Los demás siguieron esperando.

—No es posible que siga creciendo. Mire que la del treinta fue brava, pero...

Seguían subiendo las aguas. Las marcas hechas en los troncos de los árboles, quedaban veinte o treinta centímetros debajo de su nivel al día siguiente.

El gringo Albinatti andaba con su radio a batería sobre la canoa para tener las últimas informaciones de la creciente.

—Hoy bajó quince en Puerto Aguirre. En Posadas bajó ocho.

—Dentro ‘e poco empesará a bajar acá.

Las noticias desalentadoras iban y venían sin que pudiera establecerse de qué medios se valía la gente para hacerlas circular con tanta celeridad.

—A Testoni le yevó un rodeo como de cien vacas, anoche. No pudieron salvar ni una.

—Esta mañana se augó el guaso Benjamín, crusando unos noviyos pal lao’e la loma’e La Carpincha.

—A don Emeterio le yevó el rancho.

Se había establecido una estrecha colaboración entre los hombres y ahí andaban multiplicándose en su esfuerzo para contrarrestar el impulso devastador de la creciente. Casi sin comer, durmiendo poco y sin poderse cambiar las ropas embarradas y húmedas, soportando el frío intenso.

Luego, una garúa pulverizada y persistente acentuó más la desolación del paisaje, mientras la creciente seguía con paso firme su avance hacia las pequeñas lomas que aún asomaban sobre ese mar turbio y amenazador. Los animales morían ahora de frío y de hambre y una podredumbre nauseabunda hacía casi irrespirable el aire cargado de emanaciones.

—Viene bajando pal norte. Hace días que baja.

—Pero aquí crece tuavía.

—Habrà que tener un poco más de pacencia.

—Hast’aura el que ha sufrido menos es don Isauro.

—En su campo están las lomadas más altas de por aquí.

—Y tiene algunas isletas que resguardan el vacaje d’esta garúa fría.

Ahí anda don Isauro, con el peón y los tres hijos, metido en el agua y en los lodazales, ayudando a los vecinos aún a despecho de sus intereses. Hasta doña Natividad está metida en la lucha como cualquiera de los hombres de la casa. Con la bombacha arremangada hasta las rodillas, descalza, embarrada, anda de un lado a otro con la canoa, alzando terneros y arreando vacas hacia las lomas.

No aflojan a pesar de que el golpe es duro y de que no se sabe hasta donde los llevará el desastre.

—No hay qu’entregarse. Mientras queden juersas, hay que darle el frente a

la desgracia. Todo no ha de ser lindura en la vida.

Son curtidos en el sufrimiento y en las privaciones, están endurecidos en el rigor del trabajo y aunque la soledad los ha vuelto hacia adentro, conservan el sentido de la convivencia y un respeto profundo por los semejantes. Por eso están donde hace falta una ayuda, un consejo o simplemente, un aliento.

Esta tarde salió don Isauro costeano el San Javielito en su rosillo patas blancas, el caballo más islero de su tropilla. Los muchachos andan en el fondo del campo donde existe peligro de que el agua aisle algunas vacas. Desde la lonja alta que bordea el arroyo, solo se ve cielo y agua a los cuatro rumbos. Por el cauce oscuro de la corriente, desbordada en la otra banda, bajan vacas y terneros mostrando el vientre hinchado, como si el cuero fuera a ceder a su empuje, y con alguna pata tiesa porfiándole al destino.

—¡Lástima de animales!

Sus ojos casi perdidos en los pliegues de los párpados escudriñan esa desolación que deprime dolorosamente. Al llegar a la isleta de Los Loros, se detiene para mirar las vacas que se resguardan de la garúa fría debajo de los árboles. Están flacas y abatidas como si presintieran la desgracia.

Desmonta lentamente para acomodar el apero liviano y apretar la cincha. En seguida vuelve a montar y dirige el caballo a la costa.

—Este es el mejor lugar pa vandiar —dice, azuzando con los talones al animal que entra sin titubeos en la corriente.

Se descuelga por la izquierda y se mantiene tomado de las crines cuando el caballo empieza a nadar. La fuerza del agua los arrastra, pero el esfuerzo de la bestia los saca al albardón que asoma su lomo pardo por encima del agua. Ahí vuelve a detenerse unos minutos. El frío le aprieta las carnes.

—Necesitaré más de una hora para yegar al puesto 'e Testoni.

Monta y palmea el cogote de su rosillo.

—No hay más rimedio. El gringo anda en apuros con su hacienda y no es posible dejarlo solo. Pa eso somos cristianos.

Pacientemente va buscando los pasos y avanza con seguridad a través de esas tierras inundadas y conocidas hasta en los detalles. Los años no pasan sin provecho para la experiencia de un islero. Allá, en la media luna, deben estar los hombres de Testoni sacando la tropa que le rodeó el agua.

—Va ser fiero pa crusar el arroyo con est' haciend'acobardada y flaca.

Un rato después distingue a lo lejos algunos hombres a caballo y otros en canoas. Sigue avanzando lentamente, mientras el agua le llega a las caronas y el frío lo paraliza. Luego oye las voces y puede precisar los detalles del movimiento. Los animales que caen en el lecho del arroyo, dirigidos por los hombres, son arrastrados por la corriente hervorosa, girando y golpeándose en lucha desesperada e inútil. Algunos logran salir a la otra costa, pero los más pasan frente a don Isauro, ya entregados a la muerte, confundidos en un rebullir de patas y

de guampas que surgen y se pierden en la superficie turbia. El esfuerzo de los hombres se hace anhelante y el riesgo, temerario. La garúa espesa tiende un velo gris que borra el horizonte.

—¡Vaca! ¡Vaca!...

—¡Uaj! ¡Uaj!...

—¡Dentre, manera!...

Los chasquidos de las lonjas mojadas se confunden con los gritos y con los largos silbidos. Los caballos se tambalean resbalando en el suelo fangoso.

—¡Vaca! ¡Vaca!...

En su empeñoso afán, desprecian el peligro, se ríen de la muerte.

De pronto, un grito cortante conmueve a los hombres.

—¡Insaurralde se áuga!

Don Isauro tironea las riendas en un impulso incontrolado.

—Lo golpió un noviyó...

Ahí, cincuenta metros «arriba», un caballo se da vuelta sobre sí mismo y un hombre agita los brazos y se pierde en las aguas revueltas.

—¡Se áuga Insaurralde!...

El grito le golpea rudamente el pecho y lo crispa como si estuviera por saltar. El cuchillo le quema las carnes en la cintura, sus manos se cierran y se aprietan sus dientes mientras se le achican los ojos en un gesto incontentido.

—Insaurralde...

Asoma brevemente una cabeza abatida detrás de un borbollón espeso.

—Insaurralde...

Salta del caballo a la corriente. Se hunde y resurge braceando vigorosamente. En el centro del cauce espera ansioso. Pasa una vaca, pasa el caballo y otra vaca. La fuerza de empuje los arrastra a pesar de su esfuerzo y sigue esperando. Manotea una sombra en el agua y se aferra con rabia a los cabellos. Tira y lo arrastra firmemente como si llevara una bolsa. No siente el peso de la ropa, ni la fuerza empecinada de esa masa revuelta en furia, ni el frío que atenaceaba los músculos.

Cuando «hace pie», lo levanta para sacarlo del agua y mientras respira agitado, mira el cielo opaco y turbio.

Los hombres se aproximan y lo rodean. Hay asombro en los ojos.

—¡Don Isauro!...

—Sí; esperamos otra ocasión. Seguiremos esperando. Este no es el momento de arreglar cuentas viejas...

Índice

Prólogo	6
Se agitaron las sombras	11
El rigor de las islas	19
Río arriba	24
La isla endurece	29
El embalsao	35
La fuga	40
La voz del río	46
Desamparo	52
Se aquieta el juncal	58
Laberinto	75
La querencia	80
El hijo	86
Niebla	90
La misma sangre	95

Oxley, Diego

Las aguas turbias. 1a ed. Santa Fe : Espacio Santafesino Ediciones, 2015.
E-Book. - (Relatos clásicos santafesinos)

ISBN 978-987-3962-04-2

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Fecha de catalogación: 13/07/2015

Edición general del Proyecto Territorio y de esta biblioteca digital:
Secretaría de Producciones, Industrias y Espacios Culturales,
Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe.

© Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe, 2016.

Selección de autores: Jorge Isaías

Coordinación y textos: Agustín Alzari

Investigación bibliográfica: Ernesto Inouye

Diseño: Verónica Franco y Martín Bochicchio

Corrección: María Laura Tubino, Diego Giordano y Carina Zanelli

Ministerio de Innovación y Cultura de la Provincia de Santa Fe
San Martín 1642. Santa Fe (S3000FRJ)

ISBN: 978-987-3962-04-2

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina

Proyecto Territorio / Biblioteca Digital

La colección *Ciudades, campos, pueblos, islas. Relatos Clásicos Santafesinos* está compuesta por una antología homónima en papel y una biblioteca digital con once libros fundamentales, que incluye, además de *Las aguas turbias*, de Diego Oxley, los siguientes títulos: *Cuentos del comité*, de Alcides Greca; *Santa Fe, mi país*, de Mateo Booz; *Abalorios*, de Eduardo Carranza; *Aquerenciada soledad*, de Luis Gudiño Kramer; *Las 9 muertes del Padre Metri*, de Leonardo Castellani; *La barranca y el río*, de Abel Rodríguez; *El camino de las nutrias*, de Gastón Gori; *Don Frutos Gómez, el comisario*, de Velmiro Ayala Gauna; *El taco de ébano*, de Jorge Riestra y *Los días siguientes y otros relatos*, de Lermo Balbi.

Un minucioso trabajo de cotejo con las primeras ediciones permite reencontrarse con los textos de estos autores clásicos tal como salieron a la luz originalmente. La colección traza, de esta manera, un inédito panorama de más de cuarenta años de narrativa santafesina con el foco puesto en las historias y los paisajes propios.

